

—Mis reuniones no tienen fines políticos, señor Marqués; enseñe el Catecismo a pobres muchachos y esto lo hago con permiso del Arzobispo.

—¿Está enterado el Arzobispo de estas cosas?

—Bien enterado; nunca he dado un paso sin su consentimiento.

—Y si el Arzobispo le dijese que desistiera de esta ridícula empresa, ¿no opondría usted dificultad?

—Absolutamente ninguna; he comenzado y hasta ahora he continuado con la bendición de mi Superior eclesiástico, y a una simple señal suya lo dejaría todo...

Cuando llegó a casa encontró Don Bosco una carta en la que los hermanos Filippi ¡lo desahuciaban del prado, alquilado, sin embargo, por todo el año! Parecía una conjuración premeditadamente urdida; pero bien examinado todo, eran pruebas que el Señor enviaba a su Siervo para hacer resaltar más su intervención en la obra que había puesto en sus manos.

* * *

El Vicario, aunque tuvo una entrevista con Monseñor Fransoni, del todo favorable a Don Bosco, se mantuvo firme en no permitir la continuación del Oratorio, sino con ciertas condiciones, que Don Bosco juzgó inaceptables. Quería limitar el número de los chicos, prohibir los paseos y la entrada en la ciudad formando cuerpo y excluir completamente a los mayorcitos como políticamente peligrosos (;!).

La Jefatura de Policía, según órdenes recibidas, continuaba vigilando a Don Bosco. Él sonreía al verse acompañado, como un soberano, por aquella escolta de honor, y solía decir que, por esta y otras aventuras, el tiempo más romántico del Oratorio fue el de las reuniones en el prado.

Durante el sueño continuaban sonriéndole luminosas visiones, que refirió desde los primeros tiempos a Don Rúa y a otros. Ora contemplaba una vasta casa con una iglesia del

todo semejante a la actual dedicada a San Francisco de Sales, que ostentaba en el frontón este rótulo: HAEC EST DOMUS MEA; INDE GLORIA MEA!, y por cuya puerta veía entrar y salir jóvenes, clérigos y sacerdotes; ora, a este espectáculo, allí mismo, sucedía otro, en el que aparecía la pequeña casa Pinardi, y en torno de ella, en los pórticos y en la iglesia, jovencitos y eclesiásticos en grandísimo número.

* * *

En realidad, el sueño del Colegio en la noche que antecedió al segundo domingo de octubre de 1844, se acercaba a su cumplimiento. Tres debían ser las paradas o estaciones del Oratorio antes de conseguir una morada estable: la primera en el "Refugio", la segunda en los "Molassi"; la casa de Moretta y el prado contiguo era la tercera. Estaban ya para llegar a la meta.

Al esparcirse la voz de las graves dificultades que se oponían a la obra de Don Bosco, varios amigos, en vez de alentarle a perseverar, le aconsejaron que abandonase la empresa; y aun llegaron a sospechar si estaría atacado de monomanía.

El mismo incomparable teólogo Borel, que, a pesar de todo, participaba de sus ideas, en presencia de Don Pacchiotti le dio el consejo de suspender por entonces el Oratorio. El Siervo de Dios le respondió que Dios le ayudaría y que ya veía una iglesia, una casa y un recinto para las diversiones.

Al oír tales palabras el teólogo Borel, como él mismo confesaba refiriendo este hecho a varios de sus hijos, se sintió profundamente apenado. Le pareció que aquélla era una prueba bastante cierta de locura del incomparable amigo, y no pudiendo dominar la inmensa pena que experimentaba su corazón, se le acercó, le dio un beso y se alejó llorando. También Don Pacchiotti lo miró compasivamente, repitiendo: "¡Pobre Don Bosco!". Y se retiró también apenado.

* * *

Pero Don Bosco hablaba así porque estaba convencido de lo futuro. Había narrado a Don Cafasso cuando le pidió consejo, los sueños que había tenido; y el santo sacerdote le había respondido:

—¡Siga adelante, *tuta conscientia*, dando importancia a esos sueños, porque entiendo que ello redundará a mayor gloria de Dios y bien de las almas!

* * *

La convicción de que el amigo de tantos jóvenes fuese un loco, o estuviese para volverse loco, cada vez se divulgaba más en Turín. Los verdaderos amigos se mostraban apenados, los indiferentes o envidiosos se burlaban; y casi todos, aun los más amigos, se alejaban de él.

Finalmente, algunos respetables eclesiásticos, movidos de verdadera caridad, pensaron en un tratamiento psiquiátrico, recluyéndolo en la casa de salud. De acuerdo con el Director de ésta, se obtuvo un puesto para él. El teólogo Ponzati, cura de San Agustín, y el joven teólogo Vicente Nasi, muy afectos a Don Bosco, recibieron el encargo de cumplir este piadoso designio.

Alquilaron un coche y amaestraron al auriga. Se dirigieron al Hospitalito y subieron a la habitación de Don Bosco, donde, después de los primeros cumplidos, encaminaron la conversación sobre el porvenir del Oratorio. Don Bosco repitió lo que ya había dicho a otros, y con tanta seguridad como si tuviese aquellas cosas delante de los ojos. Los visitantes se miraron.

De aquella inesperada visita, de las insistentes preguntas y de cierto impulso misterioso dedujo Don Bosco que también ellos lo tenían por loco. Rio para sus adentros, y esperaba a ver en qué paraba aquello. Por fin sus interlocutores

lo invitaron a dar un paseo en coche. Al punto adivinó la jugada que le preparaban. Sin darse por entendido, aceptó la invitación y bajó con ellos hasta el carruaje; le invitaron a subir el primero.

—No —respondió—, sería una falta de respeto por parte mía; sírvanse pasar delante.

Subieron sin ningún recelo; cuando los vio dentro, cerró apresuradamente la portezuela del coche y ordenó al cochero:

—¡Pronto, al manicomio!

El cochero azuzó a los caballos y veloz como el pensamiento, sin cuidarse de los gritos de los de adentro, llegó a su destino, que no distaba mucho, y como encontrara abierta la cancela, entró por ella a carrera tendida. El portero cerró al punto, mientras los enfermeros, que estaban aguardando, rodearon el carruaje y abrieron las portezuelas. Pero, ¡oh sorpresa! Habían tenido aviso de que llegaría un sacerdote loco y venían dos, que por la manera en que protestaban parecían furiosos.

Como no se descifraba el enigma, cortésmente, pero con energía, los enfermeros recluyeron a ambos en el piso alto. No valieron razones ni protestas. Los cuitados pidieron ver al médico, pero éste no se encontraba en casa; preguntaron por el director espiritual y les dijeron que en aquel momento estaba comiendo. Ellos también debían ir a comer, y ciertamente se reprochaban el haberse metido en semejante aventura. Finalmente vino el director espiritual y visto el equívoco, se rio con toda el alma y los hizo poner en libertad. Parece que desde aquel día no volvieron a hablar de la locura de Don Bosco.

¿Qué hacía entretanto éste? Sin dar oídos a chismes ni a críticas y en la esperanza de que sus detractores se cansarían, continuaba su apostolado solo, sin perder un punto su acostumbrada paz.

Hacia ya varios domingos que sus colaboradores sacerdotes, al ver que no quería acceder a sus consejos y mudar de método en el Oratorio, lo habían abandonado, ¡a él, que ape-

nas podía tenerse en pie, con el germen de una terrible enfermedad, y con él a cuatrocientos muchachos!

Pero, en honor de la verdad, debemos decir que no todos los eclesiásticos le dejaron solo en aquellos días de durísima prueba. Monseñor Fransoní no cesó de sostenerlo y de aconsejarle que continuase resueltamente su obra.

El teólogo Borel estaba siempre dispuesto a ayudarle; aunque entonces observaba y callaba, compadeciéndose del amigo, gastado más que nunca por los padecimientos y las prolongadas vigiliias, mientras éste, para aliviarle las penas, le revelaba en secreto que más de una vez había tenido cierta visión de Dios y de la Santísima Virgen, en que se le había comunicado que *"en los prados de Valdocco tendría su cuna el Oratorio y una nueva Sociedad religiosa que proyectaba fundar"*.

Entre la gente se hablaba mucho de él. Unos lo tenían por un gran santo y otros por un monomaniaco; pero cuatrocientos jóvenes obedecían a la menor orden suya y lo amaban con inmenso afecto.

Don Cafasso lo socorría con limosnas y decía a sus contrarios, eclesiásticos o seculares:

"¡Dejadle hacer!, ¡dejadle hacer! Su obra es del Cielo."

* * *

Era el 5 de abril de 1846, Domingo de Ramos y último día que podía Don Bosco utilizar el prado. ¡Fue aquél uno de los días más tristes del Siervo de Dios! Debía anunciar en qué sitio podrían reunirse el domingo siguiente; y a pesar de todas sus gestiones no había podido encontrarlo. ¿Qué hacer? Pensó poner a prueba las oraciones de los mismos chicos, algunos de los cuales eran ángeles de virtud. Aquella mañana, cuando los tuvo en el prado y hubo confesado a buen número de ellos, los reunió y les dijo que deberían ir a Misa a la iglesia de los Padres Capuchinos de la Virgen del Campo, que distaba de allí cerca de dos kilómetros. Sería una devota

peregrinación para obtener de la Santísima Virgen la gracia suspirada.

La propuesta fue recibida con gozo: al fin, era un paseo. Durante el camino se rezó el Rosario, se cantaron las Letanías y varios himnos, y cuando estuvieron en la umbrosa avenida que de la carretera conduce al convento, con gran maravilla de todos, las campanas de la iglesia empezaron a repicar echadas al vuelo. En ninguna de las excursiones anteriores al Santuario se había festejado su llegada de aquel modo. Pronto se extendió la voz de que las campanas repicaban por sí solas. El hecho es que el Padre Fulgencio de Carmagnola, Guardián del convento, y entonces confesor del rey Carlos Alberto, aseguró que ni él ni los demás de la comunidad habían ordenado que se tocasen las campanas en aquella ocasión, y que a pesar de las indagaciones hechas para saber quién las volteó, no consiguió descubrirlo. Era, sin duda, una sonrisa o una florecilla que desde el Cielo les mandaba San Francisco, a quien Don Bosco tenía tanta devoción y que le era y le es correspondida por el cariño de los Padres franciscanos.

Después de la Misa, mientras el Guardián hacía preparar el desayuno en el jardín del convento, el Siervo de Dios habló a los jóvenes comparándolos a pobres avecillas cuyo nido había sido destruído, y animándolos a pedir a la Virgen que les preparase otro más estable.

Rezaron ellos con él, de todo corazón, y no en vano, como veremos.

Dirigiéronse a sus respectivas casas para almorzar, y hacia las dos de la tarde volvieron a reunirse en el prado. A la hora acostumbrada, se enseñó el Catecismo, se cantó y se predicó como las otras veces y después se entregaron los jóvenes a sus predilectas diversiones. Pero aquél que era el alma de aquellos recreos y que, nuevo San Felipe Neri, se hacía pequeño con los pequeños, cantando, jugando y corriendo con ellos, deambulaba ahora solo en un extremo del prado, pensativo y melancólico.

* * *

“En la tarde de aquel día —narra el mismo Don Bosco— contemplaba aquella multitud de niños que se divertían; consideraba la abundante mies que se estaba preparando para el sagrado ministerio y me sentí verdaderamente conmovido. Me encontraba falto de operarios, acabado de fuerzas, con salud bastante precaria y sin saber dónde podría en lo por venir reunir a mis muchachos. Por tanto, me retiré aparte, me puse a pasear solo y quizás por vez primera me sentí entristecido hasta derramar lágrimas. Paseaba y levantaba los ojos al cielo.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Por qué no me hacéis ver el lugar en que he de recoger a estos niños? Hacédmelo conocer o decidme lo que debo hacer.

Apenas había proferido estas palabras, cuando entró en el prado un tal Pancracio Soave, balbuciendo de tal modo, que con dificultad se hacía entender, y acercándose, dijo:

—¿Es verdad que busca usted un sitio para un laboratorio?

—Para un laboratorio, no; para un oratorio, sí.

—Lo mismo da un oratorio que un laboratorio; pero hay un sitio; venga a verlo. Es propiedad del señor Francisco Pinardi, una persona honrada, que desea ayudarle. Venga, que hará un buen contrato.

El cielo se esclarecía. Al mismo tiempo llegó un buen discípulo, el sacerdote Don Pedro Merla, que otras veces se había prestado a ayudar al amigo.

—Llegas oportunamente —le dije—; cuídate un momento de la asistencia del recreo; yo tengo que ausentarme un momento y vuelvo pronto.

Acompañado de Pancracio llegué a una casucha de un solo piso y planta baja, con la escalera y un balcón de madera carcomida; era ni más ni menos la que había ido a ver después de las indicaciones del sueño.”

Don Bosco se dirigió al piso superior, pero el propietario y Pancracio le dijeron:

—No, el local para usted está aquí dentro.

Y lo condujeron a un largo cobertizo, que por un lado tendría algo más de un metro de altura, con el techo en mal estado y sin pavimento; a lo más podía servir de leñera.

—Es muy bajo, no me sirve —dijo Don Bosco.

—Yo lo arreglaré —añadió con gracia Pinardi—; cavaré,



La Basilica de Maria Auxiliadora en Turin, hoy uno de los más célebres santuarios del mundo. Fue el sueño dorado de la juventud de Don Bosco. La miraba como el centro de irradiación y de convergencia de su Obra. Fue consagrada por Monseñor Riccardi, Arzobispo de Turin, el 9 de junio de 1868. De ella se ha dicho que cada piedra y cada ladrillo representa un milagro.

pondré escalones, haré el pavimento, todo como usted quiera, porque deseo que se instale aquí su laboratorio.

—Laboratorio, no, mi querido amigo, sino oratorio, esto es, una pequeña iglesia en donde pueda reunir a unos jóvenes.

—Tanto mejor, con más gusto todavía. Yo también soy cantor; pondré ahí dos sillas, una para mí y otra para mi mujer. Además, en casa tengo una lámpara y la pondré aquí como adorno. Muy bien, muy bien, un oratorio.

—Le agradezco —respondió el Siervo de Dios— la buena voluntad y los ofrecimientos que me hace; si puede usted ahondar por lo menos cincuenta centímetros, acepto; pero, ¿cuánto pide?

—Trescientas liras al año; me dan más, ¿sabe usted?, pero lo prefiero a usted, porque quiero destinar este local a un fin religioso y al bien público.

—Le doy trescientas veinte, con tal que me arriende también esta faja de terreno para los recreos y me prometa que el domingo próximo podrá traer aquí a mis jovencitos.

—Conforme; trato hecho. Venga el domingo; estará todo a punto.

Don Bosco no quiso buscar más. Con ánimo alegre reunióse con sus chicos y dijo en alta voz:

—¡Alegraos, hijos míos! ¡Hemos encontrado el Oratorio; tendremos iglesia, sacristía, clases, sitio para correr y jugar! El domingo, el domingo próximo podremos estrenarlo. Es allí, en casa de Pinardi.—Y esto diciendo, señaló el lugar que, como estaba cerca, se veía desde el prado.

La alegría no tuvo límites, como nos lo aseguraron los supervivientes. Don Merla reía; Don Bosco lloraba de consuelo. Fue un momento de entusiasmo indescriptible.

Después de aquella expansión de alegría, Don Bosco los aquietó, les dijo algunas palabras sobre el buen éxito de la peregrinación realizada por la mañana y los invitó a rezar el Santo Rosario en acción de gracias a la celestial Bienhechora, que en el mismo día tan amorosamente los había escuchado.

CAPÍTULO XVII

El Oratorio Festivo. Su desarrollo

El señor Pinardi había dado palabra de hacer las necesarias reparaciones para el domingo siguiente y las hizo. Puede decirse que en una semana se hizo el trabajo de un mes. Don Bosco, después de haber obtenido licencia del Arzobispo, por decreto de 10 de abril, en la mañana del domingo de Pascua, 12 de abril de 1846, hallándose el local preparado, hizo trasladar desde el Refugio los objetos de la iglesia, y de la barraca del prado, el material de los juegos. Los jóvenes mismos se prestaron a ello; dos señoras bienhechoras pusieron sobre el altar una finísima pieza de lino, regalada por el teólogo Carpano, que ellas habían convertido en mantel, y el teólogo, que hacía algunas semanas no se dejaba ver, regaló los candeleros, la cruz, la lámpara y un cuadro de San Francisco de Sales. Arreglado todo lo necesario, aquella misma mañana el Siervo de Dios bendijo y dedicó al culto divino en honor de San Francisco de Sales el humilde edificio y celebró la Santa Misa, que oyeron muchos jóvenes, algunos vecinos y otras personas de la ciudad. El Arzobispo, para mostrarle su satisfacción y darle una señal de benevolencia, le renovó la facultad, que ya le tenía conferida para el Oratorio, de celebrar Misa, dar la Bendición, administrar los Sacramentos, predicar, hacer triduos, novenas, Ejercicios Espirituales y preparar para la Confirmación y la Comunión pascual, como en las parroquias.

La nueva capilla, aun después de las reparaciones hechas,

era un pobre local de quince a dieciséis metros de largo por cinco a seis de ancho, y bastante bajo; basta decir que cuando Monseñor Fransoni iba allí para administrar la Confirmación o para desempeñar alguna otra función, cuando subía a la tarima, ¡debía tener la cabeza baja para no tropezar en la bóveda con el extremo de la mitra! Por lo cual decía salerosamente que "a los muchachos de Don Bosco había que hablarles con gran respeto". Detrás del altar, otras dos pobres habitaciones servían de sacristía y de depósito.

Fue ésta la segunda capilla del Oratorio ¡que sirvió para el culto divino por seis años! Pero los sueños empezaban a realizarse: después de la tercera estación, el Santo se había establecido en el lugar que le había reservado la bondad de la Santísima Virgen.

* * *

Poco tiempo después pasaban de setecientos los jóvenes, de modo que daba trabajo colocarlos. Varios sacerdotes que se habían alejado del Oratorio, volvieron; entre ellos merece especial mención el teólogo Ignacio Vola, turinés, modelo de vida sacerdotal, calificado por Monseñor Chiaveroti de "ángel en la tierra", que contrajo con Don Bosco estrecha amistad.

Tampoco faltaron desde entonces bienhechores: un tal Gagliardi, quincallero, el señor Montuardi y el generoso y rico banquero Comendador Cotta. Éste y algunos otros señores se interesaron en proporcionar buenos empleos a los muchachos: eran la simiente de los Cooperadores Salesianos.

Así, en poco tiempo, el Oratorio adquirió un desarrollo muy importante. El método que se practicaba entonces es casi el mismo que se sigue hoy.

En los días de fiesta, por la mañana temprano, abierta la iglesia, comenzaban las confesiones, que duraban hasta la hora de la Misa. Ésta celebrábase a las ocho; mas para comodidad de los que deseaban acercarse a los Santos Sacramentos, no pocas veces se retrasaba una hora, y aún más,

porque al pobre Don Bosco le tocaba, como se dice vulgarmente, cantar y llevar la cruz, ya que, por la mañana, los sacerdotes cooperadores suyos estaban ocupados en varias iglesias.

Durante la Misa, varios de los jóvenes más formales asistían a sus compañeros, y uno dirigía las oraciones y la preparación a la Sagrada Comunión. Por necesidad o por principio, la Pedagogía de Don Bosco es esencialmente colaboracionista, y esto explica, en parte, por qué con poco personal especializado hace tanto.

Celebrado el Divino Sacrificio y guardados los paramentos sagrados, el Siervo de Dios predicaba un poco. Al principio se limitaba a explicar el Evangelio; después continuó con la narración de la Historia Sagrada y de la Eclesiástica, y así siguió por más de veinte años.

Finalmente salían de la iglesia, y después de un poco de recreo, entraban en la clase de lectura y de canto, que duraban hasta mediodía.

A la una se reanudaban los recreos con bolas, zancos, fusiles y espadas de madera y otros juegos de destreza y gimnasia.

A las dos y media se volvía a la capilla para el Catecismo y después se rezaba la tercera parte del Rosario. Más tarde se empezó a cantar el "Ave maris stella", después el "Magnificat" y también el "Dixit", y, finalmente, otros salmos con las antifonas. En el espacio de un año, los jóvenes ya pudieron cantar las Vísperas de la Virgen. A estas prácticas seguía un sermoncito. El canto de las Letanías y la Bendición con el Santísimo Sacramento cerraban la función.

Inmediatamente después, los que todavía no sabían rezar y que eran adultos y no habían recibido la Primera Comunión, asistían a una lección especial de Catecismo; otros, dotados de hermosa voz, se dedicaban al canto y a la música; los analfabetos se aplicaban a la lectura, mientras la mayor parte lo pasaban alegremente saltando, corriendo y jugando.

No hay que creer, con todo, que el recreo fuese para Don

Bosco tiempo de reposo; por el contrario, eran los momentos de sus mayores solicitudes. Además de vigilar para que nadie se hiciese daño, trataba de conocerlos a fondo; se acercaba a unos y a otros, dirigiendo a todos buenas palabras con las que se ganaba el corazón, de modo que el sábado y el domingo una multitud de jovencitos corría a rodear su confesonario con una devoción edificante. Por eso dirá más tarde que "la mejor sala de experimentación es el patio de recreo".

* * *

Una escena singular se desarrollaba al hacerse de noche, cuando se cerraba el Oratorio. Parecía que un imán poderoso mantenía a los chicos junto a Don Bosco; le daban y volvían a darle las buenas noches, pero no se decidían a marchar. Él les contestaba con la amistosa frase:

—¡Marchaos, hijos míos, marchaos, porque se hace de noche y vuestros padres os esperan!

Todo era inútil. Muchas veces se recogían en la capilla o bien en el patio, si el tiempo se prestaba a ello, y rezadas las oraciones y el *Ángelus Dómini*, se apretujaban en torno de él y mientras algunos de los más robustos, formando con sus brazos un alto sitio, obligaban al Siervo de Dios a sentarse en él, otros le daban escolta, y así lo llevaban cantando hasta la rotonda, vulgarmente llamada el *Rondó*. Allí Don Bosco bajaba del trono y se cantaba en tono solemne la jaculatoria:

Alabe el alma mía

los nombre de Jesús y de María.

Sea siempre alabado

el nombre de Jesús, Verbo encarnado.

Después, en medio de un profundo silencio, les deseaba a todos una buena noche y una buena semana; a lo que ellos, a voz en grito, contestaban:

—¡Buenas noches! ¡Viva Don Bosco!...

Y todavía, mientras unos se iban a sus casas, otros de

los mayores se quedaban para acompañar al Siervo de Dios, que, de ordinario, estaba más muerto que vivo.

Uno de aquellos domingos de 1846 ocurrió un hecho, del cual fue testigo José Buzzetti con otros compañeros. El señor Pinardi, para convertir en capilla el cobertizo, había tenido que sacar mucha tierra, y amontonándola a pocos pasos de aquélla, había formado un montículo que servía de diversión a los chicos.

Al principio del verano hallábase Don Bosco en aquella prominencia, y rodeado de muchos jóvenes, hacía cantar con aire solemne los versos referidos, cuando de pronto impuso silencio y exclamó:

—Queridos hijos míos, oíd una idea que se me ocurre ahora: *Un día u otro aquí, donde nos encontramos en este momento, estará el altar mayor de nuestra iglesia, junto al cual vendréis a recibir la Sagrada Comunión y a cantar las alabanzas del Señor.*

Cinco años después se comenzaba a edificar la iglesia, y el altar mayor se levantaba precisamente en el lugar señalado por Don Bosco, sin que el arquitecto que había hecho el plano hubiese tenido conocimiento de aquella previsión.

* * *

Pero no habían acabado aún las pruebas. No obstante el orden, la disciplina y la tranquilidad que reinaba en el Oratorio, el Marqués de Cavour persistía en creer peligrosa aquella reunión de jóvenes y en desear su disolución; por eso mandó llamar otra vez a Don Bosco. Pero tampoco esta vez consiguió doblegar su decorosa firmeza. Convocó entonces a los ediles en sesión extraordinaria en presencia del mismo Arzobispo, esperando atraerlo a su partido. Pero Dios velaba por su obra; y si había permitido que algunos la contrariasen, no había dejado de suscitarle poderosos amigos.

“Formaba parte del Consejo —escribe Don Bosco en sus Memorias— el conde José Provana di Collegno, insigne bienhechor nuestro, en aquellos días Ministro del “Control” general, esto es, de Hacienda, del rey Carlos Alberto. Varias veces me favoreció con subsidios propios o de parte del soberano.

Este príncipe sentía mucha complacencia en oír hablar del Oratorio... Cuando supo que el Concejo de la ciudad intentaba la disolución de nuestras reuniones, dio encargo al mencionado conde de comunicar sus deseos con estas palabras: “Es mi intención que se promuevan y protejan estas reuniones festivas; y si hay peligro de algún desorden, véase el modo de prevenirlo e impedirlo.”

El conde de Collegno, que había asistido silencioso a toda aquella viva discusión, cuando vio que se iba a dar la orden de disolver el Oratorio y concluir con él, se levantó, pidió la palabra y comunicó a los reunidos los deseos del soberano y la protección que el rey otorgaba a la microscópica institución. A estas palabras callaron todos y no hubo más que decir.”

* * *

Desde aquel momento algunos de los concejales se hicieron amigos y bienhechores de Don Bosco; pero no el Marqués Benzo de Cavour, que continuó mostrándose enojado y amenazador. Y así, durante el corto tiempo que todavía desempeñó el cargo, enviaba todos los domingos algunos guardias urbanos a pasar el día en el Oratorio.

—¡Oh! —decía Don Bosco—, ¡qué bien me servían de asistentes para los jóvenes, aunque los habían enviado para asistirme únicamente a mí! ¡Hubiera sido muy interesante retratar a aquellos guardias cuando con el dorso de la mano se enjugaban las lágrimas o con el pañuelo se cubrían la cara para que no viesen su emoción, o bien, cuando arrodillados entre los chicos, rodeando ellos también mi confesonario, esperaban su turno! ¡Mis sermones más bien eran para ellos que para los chicos!...

Fácil es comprender por esto los relatos que semejantes enviados hacían al Marqués. Movidó por ello, pero más que todo por su gran caridad y su no menor prudencia, adivinando lo amargo que es una impresión de derrota, Don Bosco

se propuso quitársela. Logró que le recibiera en su casa y la entrevista fue tan cordial, que el Marqués se declaró más que satisfecho. Pero aún le quedaba un punto oscuro: ¿De dónde sacaba dinero Don Bosco para sostener los gastos que necesariamente debían imponerle tantas obras?

—Confío en la Providencia, señor Marqués, y Ella no me abandona jamás.

Y debió de decírselo con tanta persuasión, que el Marqués, conmovido, le regaló doscientas liras para sus chicos, y desde ese día se hizo su amigo y cooperador.

Después del Marqués de Cavour no hubo por muchos años nadie más en el Municipio o en el Gobierno que molestase al Oratorio; porque Don Bosco fue siempre modelo de obediencia a las autoridades civiles. Siempre que se elegía un nuevo ministro, prefecto o alcalde, Don Bosco iba a visitarlo y les decía:

—¡Vengo a recomendarles a mis jovencitos!

Y continuando la narración de todo lo que había hecho por los hijos del pueblo, concluía diciendo:

—Si no puede hacernos algún bien, le ruego que no permita que se nos haga mal. Pongo a mis jovencitos bajo su protección; ¡haga de padre con ellos!

* * *

Poco después de haberse posesionado del cobertizo de Pinaridi, la salud de Don Bosco, de suyo delicada, se desmejoró tanto, que los médicos le aconsejaron desistir de todo trabajo, si quería evitar una irreparable desgracia en la flor de la edad. El teólogo Borel, que lo amaba como a un hermano, cuando lo vio en aquel peligro hizo que pasara algún tiempo en casa del excelente teólogo Pedro Abbondioli, cura de Sassi, al pie de la colina de Superga. El Santo permanecía allí los días laborables, pero el sábado por la tarde volvía a la ciudad para pasar el domingo entre los jóvenes.

No obstante las caritativas atenciones del buen cura y la

salubridad del aire, aquella estancia no le proporcionaba todo el provecho que le era necesario; porque como no podía permanecer inactivo un momento, se ocupaba en los oficios de coadjutor, y aun los jóvenes del Oratorio que se dirigían allí para visitarlo, junto con los del pueblo, acababan por darle no poco que hacer.

Mas no solamente los del Oratorio que, ya en grupos, ya individualmente, iban a Sassi de cuando en cuando, sino también los alumnos de los Hermanos de las Escuelas Cristianas —cuyos planteles admiraba, visitaba y ayudaba—, los cuales una vez, después de una tanda de Ejercicios Espirituales, lo pusieron en un grave compromiso, pues se presentaron en número de cerca de trescientos para confesarse con él, cansados y mojados por haber caminado mucho tiempo bajo la lluvia. El buen párroco de Sassi, conmovido ante aquel entusiasmo y aquella piedad juvenil, sacó pan, polenta, judías, arroz, patatas, fruta, queso, en suma, todos los comestibles que tenía; y como no bastasen sus provisiones, las pidió prestadas a los vecinos.

* * *

El 6 de mayo, después de cerca de ocho meses de estancia en Roma, volvió a Turín la noble marquesa Barolo. Así como antes había consentido que Don Bosco atendiese al Oratorio, ahora, temiendo inconvenientes de la aglomeración de los jóvenes a la puerta del Refugio o del Hospitalito, había decidido que Don Bosco se ocupase únicamente en los trabajos de sus institutos. Preocupada exclusivamente con sus obras, no había comprendido el espíritu de Don Bosco, como tampoco el de San José Benito Cottolengo.

Por eso, como era firme en sus decisiones, fue a verlo para obligarle a dejar el Oratorio o el Pequeño Hospital. Como lo encontrara irreductible, lo despidió.

—Yo no puedo consentir que se mate usted; tantas y tan variadas ocupaciones, quiera o no quiera, van a perjudicar su salud y mis obras. Además, las voces que corren me obligan a aconsejarle...

—¿Qué, señora Marquesa?

—O dejar su Oratorio o mi Pequeño Hospital... Piense en ello y después me responderá.

—Ya lo tengo pensado y se lo puedo decir ahora mismo. Su Señoría tiene dinero y otros muchos medios y encontrará fácilmente cuantos sacerdotes desee para dirigir sus institutos. Pero no los pobres niños, y por eso yo no debo ni puedo abandonarlos. Si así lo hiciese, se perdería el fruto de muchos años. Por tanto, continuaré con gusto haciendo por el Refugio cuanto pueda; pero, si es preciso, cesaré en este estable empleo para dedicarme más a los jóvenes.

—¿De modo que prefiere sus vagabundos a mis institutos? —exclamó la Marquesa—. Si es así, usted queda despedido desde este instante; hoy mismo buscaré a su sustituto.

El Santo le hizo notar que una despedida tan precipitada podría ocasionar sospechas poco honrosas, y así obtuvo tres meses de tiempo, durante los cuales la Marquesa insistió varias veces, directa o indirectamente, pero siempre en vano.

Le dolía mucho ver que se venía a tierra su proyecto de formar bajo su dependencia una especie de Congregación de sacerdotes a la que deseaba confiar sus instituciones para que mejor se mantuviese el espíritu de la fundación, y había adivinado en Don Bosco las dotes necesarias para realizar, como Director, este deseo. Con todo eso, mujer de insigne piedad, y, en el fondo, sinceramente humilde, no obstante su índole vivaz, cuando recibía una visita de Don Bosco, antes que éste se marchase, se arrodillaba y le pedía su bendición. Tal es el testimonio de Don Giacomelli, el cual añadía con la sencillez de las almas buenas:

—¡Eso no lo hacía conmigo!

El Santo estaba decidido a dejar, al cabo de los tres meses, el Hospitalito. Pero, ¿a dónde iría a vivir?

Desde que alquiló el cobertizo concibió el propósito de instalarse al lado, librándose así de peligrosos vecinos, porque la casa de Pinardi era lugar de infamia y de desórdenes. Así, pues, entró en tratos con Soave, que era el arrendador, y a medida que a los inquilinos les vencía el plazo del alquiler o se marchaban, los sustituía él pagando aún más del

doble por el arrendamiento. Pero se contentó con poseer las llaves de las habitaciones, y no se decidió a ocuparlas hasta que no hubiese alquilado toda la casa, para no vivir con personas de mala fama y no exponer a murmuraciones la dignidad sacerdotal.

* * *

El 1 de junio de 1846 moría el Papa Gregorio XVI, que el año anterior, por rescripto de 18 de abril de 1845, se había dignado conceder una Indulgencia Plenaria especial para la hora de la muerte y en favor de las cincuenta personas que a juicio de Don Bosco mismo, que la había solicitado, fuesen más celosas en ayudar temporal y materialmente a los jóvenes del Oratorio.

Don Bosco lo recomendó a las oraciones de sus jóvenes y los exhortó al mismo tiempo a pedir al Espíritu Santo que iluminase y dirigiese a los Cardenales para elegir pronto un nuevo Pontífice; y he aquí que el 16 del mismo mes resultó elegido el Cardenal Juan María Mastai Ferretti, Arzobispo-Obispo de Imola, quien tomó el nombre de Pío IX, y que debía ser el mayor bienhechor de Don Bosco, del Oratorio y de la Sociedad Salesiana.

Fue coronado el domingo, 21 de junio, fiesta de San Luis Gonzaga; también en la pobre capilla de San Francisco de Sales resonó un himno de acción de gracias por este acontecimiento.

Una grata sorpresa les estaba reservada en aquel día a todos los chicos. No obstante las increíbles molestias que hubo de soportar aquel año, Don Bosco había encontrado tiempo, en su maravillosa actividad, para componer y publicar otras obritas. Era tiempo de congresos, especialmente agrarios. Hijo de una región eminentemente vinícola, y oportuno como siempre, compuso un librito muy apreciado sobre "la vid y el vino": *El Enólogo italiano*, dedicado al pueblo; y luego otro: *El Sistema Métrico Decimal*, escrito especial-

mente para sus queridos alumnos, y los *Seis domingos y la novena en honor de San Luis Gonzaga, con un bosquejo de la vida del mismo Santo*.

Con este último librito obsequió a todos los jóvenes del Oratorio. Por el teólogo Borel hemos sabido que se repartieron seiscientos cincuenta ejemplares, y que quedaron contentísimos cuantos lo leyeron.

Después de la fiesta de San Luis vino la de San Juan Bautista. El Siervo de Dios había recibido en el Bautismo el nombre de San Juan Evangelista y Apóstol; pero como en Turín era popularísima la fiesta del Precursor de Jesucristo, por estar dedicada a él la Catedral, los muchachos comenzaron a festejar a Don Bosco en dicho día, en la creencia de que era su onomástico. Él dejó hacer, y así se continuó por toda su vida.

* * *

Al mismo tiempo que era todo caridad para los jóvenes, continuaba trabajando sin descanso en el sagrado ministerio, en el púlpito, en el confesonario, en las cárceles y junto a los mismos condenados al patíbulo.

Apenas se sabía que era inminente una sentencia capital contra alguno, Don Bosco, a una señal de Don Cafasso, en sus visitas semanales a las cárceles, se acercaba al desgraciado y poco a poco lo iba preparando para hacer una buena confesión.

Determinado el día de la ejecución, si había escuchado la confesión del condenado, pasaba a su lado la primera mitad de la noche antecedente, en la capilla llamada el "Confortatorio". Sus palabras eran de una eficacia extraordinaria para consolar al paciente; ejercitaba este oficio con ánimo sereno, afectuoso y tranquilo; pero su calma era aparente y obtenida a fuerza de voluntad; pues era mucha la compasión que sentía por el reo. Después, hacia la medianoche llegaba Don Cafasso, y alguna vez el teólogo Borel, y él, después de dar

el último adiós al condenado, volvía a casa postrado y febricitante.

Don Bosco no prolongó nunca esta velada hasta la mañana porque a pesar de su voluntad se impresionaba tanto, que no podía soportarlo, como tampoco podía acompañar al condenado al patíbulo. Una vez se vio obligado a hacerlo, pero recibió una impresión tan tremenda, que al ver al condenado subir al funesto escabel, perdió el sentido.

Desde aquel día, Don Cafasso no se atrevió a invitarlo más a asistir a actos de esta clase. A pesar de ello, Don Bosco continuó durante varios años consolando y confesando, como antes, en las cárceles a los condenados a muerte, pero sin acompañarlos al patíbulo.

Tantas pruebas, luchas y ocupaciones tenían ciertamente mucho de heroicas; pero las fuerzas del hombre reconocen un límite. Un domingo, después de la agotadora labor del Oratorio y de vuelta en el Pequeño Hospital, fue acometido de un desvanecimiento y tuvo que acostarse. La enfermedad se resolvió muy pronto en bronquitis, con tos violenta y grave inflamación, hasta el punto de que en ocho días se encontró reducido al último extremo. Se confesó, y como era día festivo, el teólogo Borel fue al Oratorio a llamar a algunos jóvenes para que acompañaran al Santo Viático, que le llevaron de la capilla del Pequeño Hospital. Aquellos pobres niños, llevando la antorcha, lloraban tanto que daban compasión, mientras el Siervo de Dios, resignado y sereno, no esperaba otra cosa sino su última hora. Mamá Margarita corrió a Turín con su hijo José para asistirlo. El caso parecía desesperado. Le administraron la Extremaunción. El teólogo Borel, que le asistía asidua y amorosamente, creyendo que se moría, lloraba sin consuelo; mas procuró que se rezara mucho por él, no sólo en el Oratorio, sino también en los institutos de la Marquesa Barolo y en otros de la ciudad.

Apenas se esparció la dolorosa noticia, una consternación indescriptible se apoderó de los chicos. Algunos de los mayo-

res, admitidos como enfermeros, se turnaban en la asistencia del enfermo, dándole con ello una prueba extraordinaria de afecto. A todas horas, grupos de muchachos se presentaban en el Pequeño Hospital en busca de noticias; pero no satisfechos con las palabras, muchos querían verlo, y como el médico había prohibido las visitas de las personas extrañas, insistían en querer entrar, con súplicas tan conmovedoras que arrancaban lágrimas.

* * *

Viendo todos que los remedios humanos no daban esperanza alguna, recurrieron a los del Cielo con un fervor admirable... Divididos en grupos, se turnaban desde la mañana hasta la noche en el Santuario de la Consolación pidiendo a la Virgen que les conservase la vida de su amigo y amadísimo padre. Encendían luces delante de la venerada imagen; muchos, cuando volvían de noche a su casa, invitaban a sus padres a unírseles en las plegarias. Varios hicieron determinados votos, otros se impusieron rigurosos ayunos y otros velaban rezando buena parte de la noche.

Tanto fervor y tantas buenas obras no podían menos de ser atendidas; pero el segundo sábado se agravó tanto que, llamados los médicos a consulta, opinaron que no pasaría de aquella noche. Él, por su parte, aunque se sentía completamente privado de fuerzas y continuaba perdiendo sangre, alentaba a todos con aire tranquilo y aun echaba sus chistes. Aquella noche, que parecía había de ser la última, el teólogo Borel, que lo asistía, le sugirió la idea de que hiciese él mismo por su curación una plegaria.

Él callaba.

Después de breves instantes, el teólogo replicó:

—Ya sabe lo que nos enseña la Sagrada Escritura: *In tua infirmitate... ora Dominum, et ipse curabit te.*

Don Bosco respondió:

—Dejemos que Dios haga su voluntad.

—Diga al menos: “¡Señor, si es de vuestro agrado, curadme!”

Don Bosco callaba.

—Complázcame, mi querido Don Bosco —añadió el tierno amigo—; se lo pido en nombre de nuestros jovencitos; repita sólo estas palabras, pero de corazón.

Entonces, el enfermo, para consolarlo, con débil voz, dijo:

—Sí, Señor, si es de vuestro agrado, curadme.

Al mismo tiempo, según él mismo nos refirió, mentalmente hacía la petición en este sentido:

—*Non recuso laborem*; si puedo prestar algún servicio a las almas, dignaos, Señor, por intercesión de vuestra Santísima Madre, devolverme la parte de mi salud que sea suficiente para no perjudicar el bien de mi alma...

El buen teólogo, después de oír la invocación de Don Bosco, se enjugó las lágrimas y exclamó:

—¡Basta; ahora estoy seguro de que usted curará!

Parecía que sabía que a las comunes plegarias sólo faltaba la de Don Bosco para que fueran atendidas. Y no se equivocó. Poco después, el Siervo de Dios se quedó dormido; cuando se despertó estaba fuera de peligro, parecía que había renacido a nueva vida. Los doctores Botta y Cafasso, que lo visitaron a la mañana siguiente temiendo encontrarlo muerto, después de tomarle el pulso, le dijeron:

—Querido Don Bosco, vaya a dar gracias a la Virgen de la Consolación, que bien se lo merece.

Ocurría esto en la primera quincena de julio.

Fácil es imaginar el consuelo que inundó el corazón de todos cuando se supo que Don Bosco estaba fuera de peligro. Pero el gozo y los vítores se renovaron con más entusiasmo cuando, apoyado en un bastón, se encaminó un domingo, después de mediodía, al Oratorio. Noticiosos de este propósito, corrieron los chicos a recibirlo al Pequeño Hospital. Algunos de los más fuertes quisieron que se acomodase en un sillón, en el cual delicadamente lo levantaron, mientras los otros

formaban su cortejo en torno de él. La conmoción era tan grande que todos lloraban, y Don Bosco con ellos. Aquella tarde habló el teólogo Borel de la gracia obtenida, excitando a todos a poner siempre toda su confianza en María. Don Bosco quiso añadir unas palabras y, entre otras cosas, dijo:

—Os agradezco las pruebas de amor que me habéis dado durante mi enfermedad, como también las oraciones que habéis ofrecido por mi curación. Convencido estoy de que Dios me ha concedido la vida por vuestras plegarias; por eso la gratitud me obliga a dedicarla toda a vosotros. Así prometo hacerlo mientras el Señor me tenga en la tierra; pero ayúdame también vosotros.

Se expuso el Santísimo Sacramento y se cantó el *Tedéum* en acción de gracias con una efusión inexpresable. Cuando conoció después Don Bosco los votos bastante graves que algunos con poca reflexión habían hecho, se apresuró, como prudente director de espíritu, a conmutarlos con cosas posibles y de mayor utilidad espiritual.

La segunda semana de agosto, después de alquilar una cuarta habitación en el piso superior de la casa de Pinardi, Don Bosco, montado en un borriquito, se fue a Castelnuovo.

No por ello quedó sin dirección el Oratorio, porque el mismo teólogo Borel se encargó de ella apenas Don Bosco cayó enfermo. El 15 de agosto, fiesta de la Asunción de María Santísima, hicieron los jóvenes una devota procesión siguiendo los senderos y callejones vecinos. Era la primera vez que el Oratorio desplegabá el estandarte de la Virgen en pleno día, y lo hacía en una fiesta que habría de renovarse en los años siguientes, y para recordar también el fausto aniversario del nacimiento de Don Bosco.

CAPÍTULO XVIII

Consolidación del Oratorio. Mamá Margarita

Durante los tres meses que el Siervo de Dios estuvo ausente el pensamiento de todos estaba en Castelnuovo. Enviaba él buenas noticias desde allí; pero muy pronto los jóvenes, impacientes por verlo, comenzaron a visitarlo en pequeños grupos, recorriendo entre ida y vuelta no menos de sesenta kilómetros. Le pedían con grande insistencia que volviese a Turín, temiendo que no lo dejaran salir de allí, por el gran bien que hacía a los jóvenes del lugar. Sus colegas, por el contrario, le aconsejaban que se tomase un año de descanso para no correr el peligro de una recaída. Del mismo parecer eran el Arzobispo y Don Cafasso, que le habían escrito recomendándole se quedara tranquilo en Becchi, pues el Oratorio estaba en buenas manos.

Pero un poderoso imán impulsaba a Don Bosco a encargarse de nuevo de sus jóvenes, en quienes pensaba siempre, aun en el sueño. Al ver esta decidida disposición y considerándola como un mandato del Cielo, Don Cafasso y Monseñor Fransoni consintieron en su vuelta al Oratorio, pero recomendándole encarecidamente que se limitase por algún tiempo a dejarse ver por sus muchachos y a economizar toda clase de trabajo.

Al volver a Turín debía establecerse de asiento en casa de Pinardi; pero sabiendo que era peligrosa aquella morada, comprendía la necesidad de no estar solo. ¿A quién habría de llevar consigo?

—¡Llévate a tu madre! —le indicó el párroco de Castelnuovo, Don Cinzano.

Don Bosco dudaba, pensando en el sacrificio que esto significaba para ella. Becchi no era un palacio, pero sí un hogar y un nido de recuerdos... y había un prado y una viña... Después de pensarlo mucho y de repetidas oraciones, viendo que no había otro partido que tomar, se decidió:

—¡Mi madre es una santa; así, pues, puedo hacerle la propuesta!

Margarita permaneció un tanto pensativa; después respondió:

—¡Querido hijo mío, ya puedes imaginarte cuánto cuesta a mi corazón tener que dejar esta casa, dejar a tu hermano, a sus hijitos, dejar a todos nuestros seres queridos; pero si te parece que esto puede agrandar al Señor, dispuesta estoy a seguirte!

Apenas se supo que Don Bosco se disponía a volver a Turín con su madre Margarita, la gente del lugar, y especialmente las madres, hicieron todo lo posible para disuadirlo, convencidas del gran bien que habrían proporcionado a sus hijos.

Mucho lloraron los nietecitos de Margarita cuando la vieron dejar el humilde hogar; pero la animosa mujer los consoló con la idea de volver a verlos; y junto con su hijo se puso en camino para Turín.

Llevaba ella un cesto de ropa blanca con algunos objetos domésticos, los más indispensables; él, sólo algunos cuadernos, un misal y el Breviario. Ambos viajaban a la apostólica, es decir, a pie, discurriendo sobre Dios y sus cosas. En Chieri descansaron un poco en casa del procurador Valimberti, cuya familia estaba en íntimas relaciones con la del Siervo de Dios; y después de reponerse un poco, reanudaron la marcha hacia Turín.

El arte ha inmortalizado esta escena en un cuadro lleno de verismo.

* * *

Cuando llegaron al llamado "Rondó", cruce de la actual avenida de Valdocco con la avenida de la Reina Margarita, se encontraron al teólogo Juan Vola, "Junior", quien al ver a Don Bosco con aquel aspecto, cansado y polvoriento, enterado de dónde venía y a dónde iba, lleno de admiración y no llevando encima dinero, sacó del bolsillo el reloj y se lo dio, diciéndole:

—Véndelo y compra lo que más necesites.

—¿Y tú?

—Yo tengo otro.

—¡He aquí —dijo el Siervo de Dios a su madre—, he aquí una hermosa prueba de que la Divina Providencia pensará en nosotros! Tengamos confianza.

Poco después, traídos por el teólogo Borel, llegaron a la nueva morada los escasos objetos que Don Bosco había dejado en el Refugio, y algunos muebles que, por encargo de él, había adquirido. Varios jóvenes que acudieron a ver a Don Bosco, oyeron su voz acompañada de la de su madre cantando el himno "Angelito de mi Dios", cuya letra él había encargado a Silvio Péllico y cuya música se la puso él, tomándola de un cántico popular. El canto continuó hasta que el pobre menaje de la casa quedó en su sitio. Era el 3 de noviembre de 1846. El apóstol destinado a realizar tantos prodigios de caridad, a mayor gloria de Dios y salvación de tantas almas, quedaba ya en libertad de desenvolver punto por punto el admirable programa que al espíritu humano parecía audaz y aun imposible.

"Al vernos en aquellas habitaciones desprovistas de todo —escribe—, mi madre, bromeando, decía:

—En casa estaba llena de preocupaciones para administrar y mandar; aquí me encuentro bastante más tranquila, porque no tengo nada que manejar ni nadie a quien dar órdenes.

Pero, ¿cómo vivir, qué comer, cómo pagar los alquileres y atender

a muchos niños, que a cada momento pedían pan, calzado, vestidos o camisas, sin lo cual no podían ir al trabajo? Habíamos hecho traer de casa un poco de vino, trigo, alubias, grano y otras cosas semejantes. Para hacer frente a los primeros gastos había vendido un pedazo de terreno y una viña. Mi madre había traído consigo el equipo nupcial que, hasta entonces, había celosamente conservado intacto. Algunos de sus vestidos sirvieron para hacer casullas; con la ropa blanca se hicieron amitos, purificadores, roquetes, albas y manteles. Todo pasó por las manos de la señora Margarita Gastaldi, que desde entonces tomaba parte en los quehaceres del Oratorio. Mi misma madre poseía unos anillos, un pequeño collar de oro, que pronto vendió para comprar galones y guarniciones para los sagrados ornamentos. Una tarde, mi madre, *que estaba siempre de buen humor*, me cantaba riendo:

(1) *Guai al mondo se ci sente
forestieri e senza niente!*"

(Era un cantar popular.)

Hasta aquí Don Bosco.

"*Se ricco, non mi vedrai!*" "¡Si llegas a ser rico, no me verás!", le había dicho Margarita; pero cuando lo vio sacrificarse por jóvenes pobrísimo, piadosa y llena de generosidad, le siguió. El holocausto de hijo y madre era completo.

* * *

El domingo, 8 de noviembre de 1846, fue día de indescriptible regocijo para los jovencitos del Oratorio; aun los que no conocían al Siervo de Dios, como habían aprendido a amarlo por lo que de él referían sus compañeros, estaban fuera de sí de gozo; y todos juntos, después de las funciones de la tarde, tributáronle una gran manifestación pública de afecto, sencilla, pero solemne. Le invitaron a sentarse frente a los chicos, mientras el coro de los cantores ejecutaba un himno con palabras del teólogo Carpano, que expresaba la

(1) ¡Ay de nosotros si la gente se da cuenta de que somos forasteros y no tenemos nada!

ansiedad sufrida durante la ausencia del festejado y celebraba el día en que habían vuelto a poseer "*al hombre sabio, —al hombre piadoso,—al hombre modelo de virtud*". Un obrero, que de algún tiempo atrás seguía a Don Bosco casi como la sombra al cuerpo, José Buzzetti, nos ha conservado esa ingenua poesía.

Semejante al entusiasmo de los hijos, fue la caridad del padre. "Me consintieron volver al Oratorio —escribe— con la obligación de no confesar ni predicar durante dos años. Pero, ¿qué hacer? Al volver al Oratorio continué trabajando como antes."

La Marquesa Barolo, apenas supo que había vuelto, compadeciéndose de su extrema pobreza, renovó la tentativa de hacerlo desistir, con la amenaza, en caso contrario, "de darle con la puerta en las narices".

Don Bosco, que conocía bien a la caritativa dama, sonrió ante una amenaza que sabía no llegaría a vías de hecho. En efecto, continuaba visitando a la Marquesa, que le recibía con muestras del mayor respeto; pero nada le pedía, nada recibía, sin dejar por ello de ir de cuando en cuando a confesar y predicar y ayudar cuanto podía en el Refugio y en los otros institutos. En cambio, deseando la Marquesa propagar una devoción encaminada a implorar la Misericordia Divina, que se practicaba ya en sus comunidades de Santa Ana y Santa María Magdalena, y enriquecida ahora con especiales indulgencias, apresuróse Don Bosco a escribir un interesante librito, lo hizo publicar haciendo una tirada de miles de ejemplares, sin poner su nombre por delicadeza, y lo envió como donativo a la Superiora del Refugio.

La Marquesa leyó la obrita y la alabó, pero nunca permitió que en su presencia se dijese que la había compuesto Don Bosco, y aun mantuvo la palabra de no entregar (directamente) a Don Bosco ningún donativo, si bien no dejaba de enviarle limosnas por medio de otras personas. Había que mantener el rango. El mundo es así.

* * *

Don Bosco, mientras tanto, lleno de confianza en la Divina Providencia, se dedicaba a perfeccionar su obra. Hasta entonces las circunstancias mandaban. Ahora había llegado el momento de dar a la Obra estabilidad. Para ello se necesitaban tres cosas: domicilio fijo, reglamento, personal. Para asegurarle un domicilio permanente, el 1 de diciembre de 1846 alquiló a Soave toda la finca Pinardi, es decir, la casa y el pajar que había a la derecha del cobertizo y todo el terreno colindante, e inmediatamente hizo reparar y completar el muro que cerraba la propiedad. Pero, debido a contratos anteriores hechos por Soave, no pudo conseguir la posesión inmediata de la finca; y no fue éste el único inconveniente.

Por la parte de Levante alzabase una casa de los hermanos Filippi, con un largo cobertizo, alquilado al contratista Visca, donde se recogían los carros del Municipio. Allí, además de los carreteros y sus mozos, iba a refugiarse una multitud de pobres de toda clase, borrachos y blasfemos, que de cuando en cuando proferían chistes y palabras poco reverentes.

Por la parte de Poniente, a cinco o seis metros del muro exterior y con las ventanas mirando a la entrada de la capilla, se alzaba otra casa, propiedad de la señora Belleza, con la famosa taberna "La Jardinera", verdadero foco de inmoralidad y desórdenes. A veces algún bribón se atrevía a pasar el cancel y situándose frente a la puerta de la capilla, escandalizaba durante la predicación y el Catecismo; tampoco eran raros los disturbios que promovían en el Oratorio muchos mozalbetes que, únicamente por el gusto de molestar, se daban cita en los terrenos incultos circunvecinos.

A estos graves desórdenes opuso Don Bosco muchos santos remedios con heroica paciencia y valor apostólico.

"Después de establecer en Valdocco una morada en regla, me puse —escribe él— con toda decisión a disponer las cosas

que podían contribuir a conservar la unidad de espíritu, de disciplina y de administración. En primer lugar hice un Reglamento." Reglamento que es un modelo de Pedagogía: primero fue vivido; luego lo escribí.

Al mismo tiempo se dedicó a organizar los catecismos y las clases, perfeccionando el personal. Contaba con algunos sacerdotes y tenía esa cantera que hoy llamaríamos Acción Católica Activa. Gracias a la bondad de algunos directores y jefes de institutos escolares, en donde continuaba dando lecciones de Religión, pudo obtener que algunos jóvenes de las clases superiores fuesen a hacer de catequistas a Valdocco. De ellos pueden recordarse algunos que lograron fama, como Valerio Anzino, después monseñor y capellán mayor de la Corte. Él cuidó de amaestrarlos debidamente. Con esta ayuda pudo volver a abrir las escuelas nocturnas diarias; de modo que, en los días laborables, especialmente los jueves, el Oratorio se convirtió en lugar de reunión de muchos estudiantes que iban allí a entretenerse y entrenarse hasta bien entrada la noche; porque Don Bosco, con la misma habilidad con que atraía a la virtud y a la práctica de la Religión a los hijos del pueblo, conducía al Señor a muchos jóvenes de distinguidas familias, haciendo que hicieran apostolado.

Los jueves reunía también en breve y animada conferencia a los catequistas y a otros jóvenes empleados en el Oratorio Festivo. Después de leer algún capítulo del Reglamento, los exhortaba a practicar los artículos relativos a su oficio, ponía de manifiesto este o aquel inconveniente, indicando el oportuno remedio; les recomendaba que fueran muy ejemplares y celosos en las prácticas de piedad, que narrasen ejemplos edificantes en tiempos de recreo, y, sobre todo, que tuviesen mucha reverencia a los sacerdotes que le ayudaban en el Oratorio, y le refiriesen todo lo que en aquel santo lugar hubiesen notado menos conveniente.

* * *

Entre los más grandecitos que frecuentaban el Oratorio había algunos de mucho talento, que deseaban una instrucción más amplia, a fin de lograr una posición. Él hizo una selección, y dándoles gratuitamente lecciones de italiano, latín y francés, se procuró maestros que lo ayudasen en las escuelas dominicales y nocturnas y en las catequesis cotidianas de la Cuaresma. Como se ve, formaba *selectos*, y con ellos por jefes, constituía grupos o *equipos de trabajo*, multiplicando así actividades y potenciando valores.

A principios de 1847, después de unos pocos meses de clase en los días festivos, ya hacían los alumnos un pequeño examen sobre Catecismo, Historia Sagrada y Geografía, en presencia de ilustres y enterados personajes, entre ellos el abate Aporti, el diputado Boncompagni, el teólogo Baricco y el profesor de Pedagogía José Rayneri, quienes, muy satisfechos, alabaron la prueba, dando premios y recuerdos a los mejores.

También las escuelas nocturnas tuvieron poco después sus exámenes; de manera que se extendió su fama de tal modo por la ciudad, que el Municipio envió una comisión, presidida por el comendador José Dupré, para ver si eran ciertas las alabanzas que corrían en boca de todos; y como le dieron un entusiasta informe, consignó en el presupuesto municipal una subvención anual de trescientas liras "para el alumbrado de las clases de los pobres hijos del pueblo", que le fue entregada a Don Bosco hasta el año de 1878, en que se la retiraron sin que se supiera la causa.

El caballero Gonella, director de la "Mendicidad instruída", supo las maravillas que se obraban en aquellas escuelas nocturnas y quiso visitarlas. Se informó muy bien del método que en ellas se seguía, y quedó tan complacido, que comunicándose a los administradores de aquella obra pía, obtuvo un premio de mil liras para Don Bosco, en beneficio de las

escuelas y para estímulo de los alumnos; después, el año siguiente las implantaba con el mismo método en el instituto a él confiado. Finalmente, el Municipio siguió este ejemplo.

Además de la parte científica, se cultivaban en aquellas clases también el canto llano y la música figurada. No hallando composiciones que respondieran a sus deseos, se dio él mismo a componer y armonizar misas, tantum ergos, cánticos varios, que los muchachos aprendían y ejecutaban con facilidad y gusto. Los famosos maestros de armonía Luis Rossi, José Bianchi, José Cerrutti y otros asistieron a ellas durante algunas semanas, casi todas las noches, para observar el nuevo método, que podríamos llamar "simultáneo", que es el mismo que se practica hoy en las casas salesianas y que se imitó en todas partes.

Aquella escuela incipiente llegó a dar músicos de notable habilidad, no pocos organistas de mérito y fue cuna de otras escuelas que conquistaron envidiable fama, mientras por otra parte, la autoridad municipal de Turín asignaba a Don Bosco un premio de mil liras por el ardor con que fomentaba la música.

* * *

En medio de tantos cuidados, era siempre maramilloso su celo por la enseñanza de la Doctrina Cristiana, que es el fin principal de su obra. Él acostumbraba ir en busca de jóvenes por las calles y las plazas, entraba en las fondas, en los cafés, en las tiendas, subía a los andamios de las casas en construcción para pedir a los contratistas y maestros de obras que le enviasen al Catecismo a sus muchachos.

Estas industrias las redoblaba en la Cuaresma. En aquellos días, poco después de mediodía, un niño con una campanilla grande daba una vuelta por los alrededores del Oratorio tocando sin descanso; y después de algunos minutos, era hermoso ver grupos de niños, que salían de todas partes, rodear al pequeño campanillero, acompañarlo, y añadiendo

al repique su propio ejemplo, invitar a otros a unírseles, y, juntos, bajar alegremente al Oratorio.

Aquella concurrencia extraordinaria de niños y jóvenes suscitó nuevas quejas por parte de algunos párrocos. Don Bosco consiguió también esta vez tranquilizarlos a todos, excepto al teólogo Ponzati, cura de San Agustín, quien se mostró inflexible en sostener su derecho exclusivo a enseñar el Catecismo y dar la Comunión pascual en su parroquia. Así las cosas, llegó la Semana de Pasión, y los jóvenes oratorianos de la parroquia de San Agustín, que eran cerca de un centenar, fueron enviados a su párroco.

Este, al ver aquella turba y la causa de su comparecencia, les dijo que volviesen otra vez al Oratorio, porque entonces no tenía tiempo.

Los jóvenes obedecieron; pero se encontraron con un agregado a la iglesia, el cual, enterado de lo que se trataba, mirándolos de pies a cabeza, manifestó su asombro porque a aquella edad no habían hecho todavía la Primera Comunión.

Precisamente esto demostraba lo necesario que era el Oratorio, y confirmaba lo que tantas veces había dicho Don Bosco sobre la imposibilidad de que las parroquias pudieran cuidarse de los forasteros y trashumantes.

Los pobrecillos, humillados y confusos, se volvieron al Oratorio protestando que no querían saber nada de examen de Catecismo en la parroquia.

* * *

Don Bosco comunicó entonces estas cosas al Arzobispo Monseñor Fransoni, quien con fecha 30 de marzo de 1847 lo autorizó para que admitiera a la Primera Comunión y a la Confirmación a todos los jóvenes que asistían al Oratorio, ordenándole solamente que diese sus nombres a los respectivos párrocos. Estos se sometieron sin vacilar. Don Bosco, repitiendo una frase del Arzobispo, complacíase en llamar al Oratorio la parroquia de los niños que no tienen ninguna.

Arreglado este asunto y "establecidas las bases orgánicas para la disciplina y administración del Oratorio", era preciso estimular la piedad con alguna práctica estable y uniforme. Así se hizo con la Misa diaria, las oraciones de la mañana y de la noche y hermosas funciones dominicales. Es de notar que desde que Gioberti publicó su *El jesuita moderno*, estaba de moda despreciar a San Luis Gonzaga. Don Bosco, en lugar de perderse en lamentaciones, revalorizó la estima y devoción al Santo, escribiendo y practicando en su Oratorio *Los seis domingos de San Luis* y celebrando su fiesta con gran esplendor.

Celosísimo como era de la gloria de Dios y del esplendor de su culto, Don Bosco ya había puesto por obra muchos medios para infundir en el alma de los jóvenes el amor a las prácticas de piedad; había colocado en lo más alto del tejado de la casa de Pinardi una campana; había obtenido el privilegio de administrar la Sagrada Comunión la noche de Navidad y había erigido un "Vía crucis".

Pero no le bastaba todo eso; el Siervo de Dios quería que los jóvenes se sintiesen atraídos suavemente y con fuerza al bien por el buen ejemplo vivo y hablado de los compañeros. Con este fin instituyó la "Compañía de San Luis". El Arzobispo la aprobó por rescripto de 12 de abril de 1847, quiso ser inscrito el primero y concedió a todos los congregantes cuarenta días de indulgencia todas las veces que dijese la jaculatoria: *Jesús mío, misericordia*. No cuidaba sólo de la masa; entre ella veía y distinguía, los que podían ser jefes, y les dedicaba cuidados especiales, inscribiéndolos en la Compañía, facilitándoles los Ejercicios Espirituales cerrados, entusiasmándolos por el apostolado en su ambiente.

Hacía falta además un libro de devoción adaptado a aquellos tiempos. Tal fue *El Joven Cristiano* (1), manual de piedad

(1) En italiano *Il Giovane provveduto* (provisto), porque efectivamente los provee de todo lo necesario para el ejercicio de la piedad

dad fácil y breve, que en el mismo año en que salió alcanzó tres ediciones con un total de veinte mil ejemplares y penetró en todos los centros de educación, talleres y familias cristianas, cooperando eficazmente a promover la piedad y a conservar la fe entre la juventud y el pueblo.

* * *

Pero el bien que hacía Don Bosco no era del agrado del demonio, el cual, permitiéndoselo Dios, comenzó a manifestar su mal humor produciendo todas las noches fuertes ruidos en el suelo de la habitación donde Don Bosco dormía. Supuso al principio el Siervo de Dios que fueran ratones; pero después de una vigilancia cuidadosa, se convenció bien de quién era el autor de aquellas pesadas bromas. Tomó entonces un cuadrito de la Virgen y lo colocó en la pared, rogando a la Madre de Dios que lo librara de aquella molestia. Desde aquel instante no se oyó nada. El cuadrito estuvo colgado allí durante seis años, hasta que fue derribada la casa. Al alejarse el demonio, parece que desde entonces los ángeles del Señor se acercaron más a él. La habitación del Padre siempre la consideraron todos los jóvenes como un santuario, en donde la Virgen se complacía en hacer conocer su voluntad, como un vestíbulo que ponía en comunicación el Oratorio con las regiones celestiales; todos cuantos allí entraban no podían menos de experimentar un sentimiento de profunda reverencia, del cual también participaba Margarita.

Pero el hecho más sorprendente lo refirió Don Bosco mismo por vez primera en 1864 a los miembros de la Sociedad Salesiana, diecisiete años después de haberse realizado.

cristiana: meditaciones, oraciones, lecturas, cánticos e himnos sagrados y hasta unas lecciones de Apología. Y esto en un manual de muy fácil manejo y nada voluminoso. Hoy alcanza centenares de ediciones, en casi todas las lenguas, y millones de ejemplares.

“Ya os he referido diversas cosas vistas en forma de sueño, de las cuales podemos deducir cuánto nos ama y ayuda la Virgen; pero puesto que nos encontramos solos, y para que todos estemos seguros de que es la Virgen María la que desea nuestra Sociedad, y a fin de que nos animemos a trabajar para la mayor gloria de Dios, os relataré, no ya la descripción de un sueño, sino lo que la misma Santísima Madre se complació en mostrarme. Quiere que pongamos nuestra confianza en Ella. Os hablo con toda sinceridad; pero deseo que todo cuanto voy a deciros no se propague más allá de casa o fuera del Oratorio, a fin de no dar pretexto a las críticas maliciosas.

Un día del año de 1847 en que meditaba yo profundamente sobre el modo de hacer el bien, en especial en provecho de la juventud, se me apareció la Reina del Cielo y me condujo a un jardín muy ameno. Había allí un rústico, pero bellissimo y grande pórtico en forma de vestíbulo. Adornaban y rodeaban las pilastras plantas trepadoras que, con ramos riquísimos de hojas y flores, y buscándose las unas a las otras, y entretejiéndose, se extendían formando como un gracioso toldo. Este pórtico conducía a una hermosa avenida, sobre la cual y en cuanto alcanzaba la vista, se prolongaba un emparrado digno de verse, flanqueado y cubierto de maravillosos rosales en plena florecencia. El suelo también estaba todo cubierto de rosas. Para no ajar las flores me descalcé. Ella me dijo:

—¡Marcha hacia adelante por ese emparrado; es el camino que debes seguir!

Quedé bastante contento de haberme descalzado, porque me habría disgustado pisar aquellas rosas, ¡tan hermosas eran! Empecé a andar, pero de pronto sentí que aquellas flores ocultaban espinas agudísimas, hasta el punto de que mis pies sangraban. Después de haber dado apenas unos cuantos pasos, me vi obligado a detenerme y tuve que retroceder.

—Aquí es necesario calzarse —dije entonces a mi guía.

—Ciertamente —me respondió—; se necesitan buenos zapatos.

Me calcé y anduve otra vez por aquel camino con cierto número de compañeros, que en aquel momento aparecieron, solicitando caminar conmigo.

Mientras tanto todos aquellos, y eran muchísimos, que observaban cómo caminaba por aquel emparrado, decían:

—¡Oh!, ¡qué bien marcha Don Bosco, siempre sobre rosas! ¡Qué tranquilo continúa! ¡Todo le sale bien!

Ellos no veían las espinas que desgarraban mis pobres miembros. Muchos clérigos, sacerdotes y legos, a quienes había invitado, me seguían gustosos, atraídos por la belleza de aquellas flores; pero cuando advirtieron que se debía caminar entre punzantes espinas, se volvieron

atrás, dejándome solo. A pesar de ello, me consolé con la llegada de un nuevo grupo de animosos secuaces, los cuales, habiendo recorrido conmigo todo el emparrado, llegaron por fin a otro amenísimo jardín. Todos estaban flacos, desgredados y ensangrentados. Se levantó un fresco vientecillo, a cuyo soplo todos curaron; sopló un nuevo viento, y, como por encanto, me encontré rodeado de un buen número de jóvenes y clérigos, de coadjutores legos y aun de sacerdotes, que se pusieron a trabajar conmigo guiando a toda aquella juventud. Reconocí a algunos, pero a otros muchos no los reconocí.

Mientras tanto —prosigue— llegué a un lugar elevado del jardín y me encontré delante de un edificio monumental, sorprendente por su magnificencia artística, y cuando atravesé el umbral, entré en una espaciosísima sala, de tal riqueza, que ninguna del mundo podría comparársele. Toda ella estaba cubierta y adornada de fresquísimas rosas sin espinas, que exhalaban una fragancia suavísima. Entonces la Santísima Virgen, que había sido mi guía, me preguntó:

—¿Sabes qué significa lo que ves y lo que viste antes?

—No respondí—, os ruego que me lo expliquéis.

Entonces me dijo:

—Has de saber que el camino que has recorrido entre rosas y espinas significa el cuidado que has de tomarte de la juventud; debes marchar con el calzado de la mortificación. Las espinas sobre el suelo representan los afectos sensibles, las simpatías y antipatías humanas, que desvían al educador del verdadero fin, lo hieren, lo detienen en su misión y le impiden avanzar y recoger coronas para la vida eterna. Las rosas son el símbolo de la caridad ardiente que debe distinguirse a ti y a tus colaboradores. Las otras espinas significan los obstáculos, padecimientos y disgustos que os esperan. Pero no perdáis el ánimo. ¡Con la caridad y la mortificación os sobrepondréis a todo y tendréis las rosas sin las espinas!

Apenas hubo acabado de hablar la Madre de Dios, volví en mí y me encontré en mi habitación."

El Siervo de Dios concluyó afirmando que desde entonces veía perfectamente el camino que debía recorrer; que la oposición y los manejos con que se trataba de detenerlo le eran conocidos; y que si bien eran muchas las espinas entre las que debía caminar, estaba seguro de la voluntad de Dios y del éxito de la gran empresa que se le había confiado.

CAPÍTULO XIX

Principios del Internado y segundo Oratorio Festivo

Muchos jovencitos del Oratorio estaban llenos de buena voluntad para entregarse a una vida moral y laboriosa; pero cuando se les hablaba de emprenderla, solían responder que no tenían pan, vestido, ni casa donde recogerse.

—¡Me dan tanta pena estos pobres jóvenes —exclamaba Don Bosco—, que si me fuese posible, les daría hasta el corazón!

Mamá Margarita les remendaba los trajes y les daba pan y sopa; pero hacía falta habitación. Habló con el teólogo Borel para comprar al señor Pinardi su finca, pero éste pedía ochenta mil liras.

Era una exorbitante petición, y allí acabó el trato. Don Bosco hizo comprar un poco de paja, la extendió sobre el granero y esperó.

Una tarde de abril de 1847 volvía a hora avanzada del lecho de un enfermo, y cuando llegó junto a la calle de Dora Grossa, hoy de Garibaldi, al principio del corso Valdocco, encontré con una veintena de mozalbetes que al divisar al joven sacerdote empezaron a hacer chistes poco correctos y lo invitaron a pagarles una pinta (1). Don Bosco los llevó a la cercana "Posada de los Alpes", hizo que sacaran unas

(1) La *pinta* era una medida piamontesa que contenía poco más de un litro.

botellas y cuando los vio alegres, más mansos y benévolo, les hizo prometer que en adelante no blasfemarían, y añadió que los esperaba el domingo siguiente en el Oratorio, y los exhortó a retirarse a sus casas.

Ninguno la tenía; sino que iban a dormir unos en una cuadra junto con los caballos, otros al dormitorio común, donde se dormía por cuatro sueldos, o bien en casa de algún amigo o conocido.

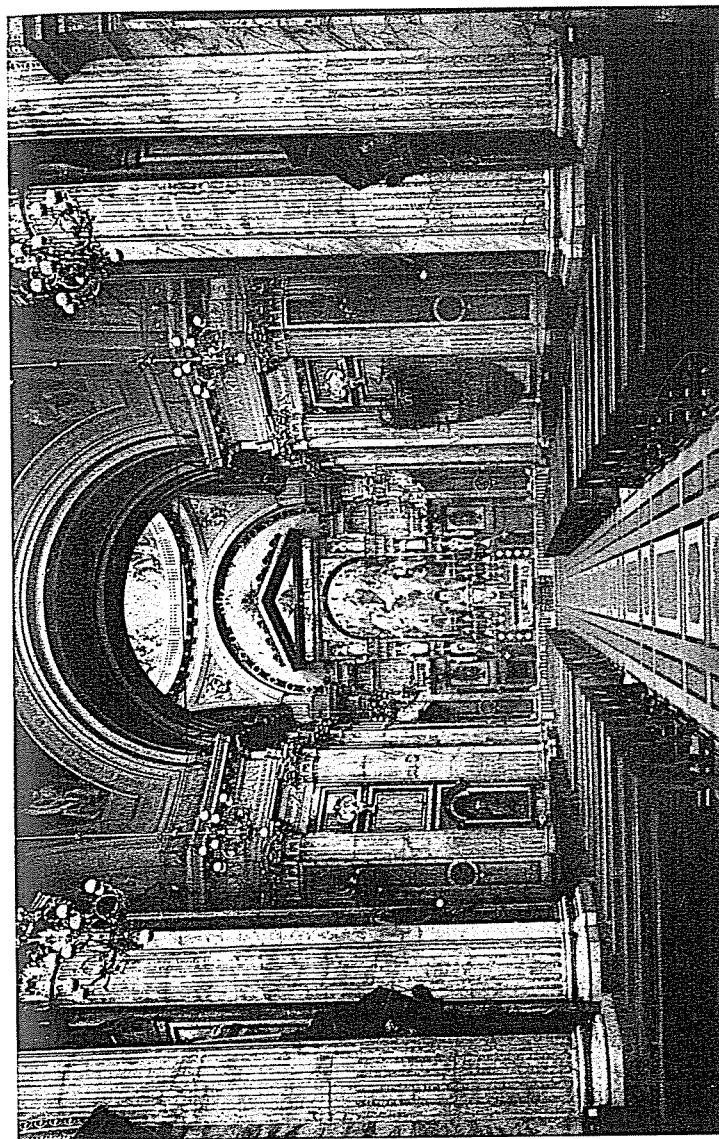
Viendo Don Bosco el peligro de inmoralidad a que se exponían aquellos vagabundos, los condujo a su casa. Allí les hizo rezar el "Padrenuestro" y el "Ave María", que casi habían olvidado; después, por una escala de mano, los llevó al pajar, dio a cada uno una sábana y una manta para taparse, les recomendó el silencio y el buen orden y después de desearles una feliz noche, bajó contento, porque decía que así había dado principio al proyectado asilo.

La Divina Providencia no quería servirse de esta clase de gente. Cuando se hizo de día, el Siervo de Dios salió de su habitación para dirigir algunas buenas palabras a sus huéspedes; pero cuando llegó al patio, se extrañó de no oír ruido alguno. Creyó que todavía dormían; subió para despertarlos y vio que habían tomado las de Villadiego llevándose mantas y sábanas.

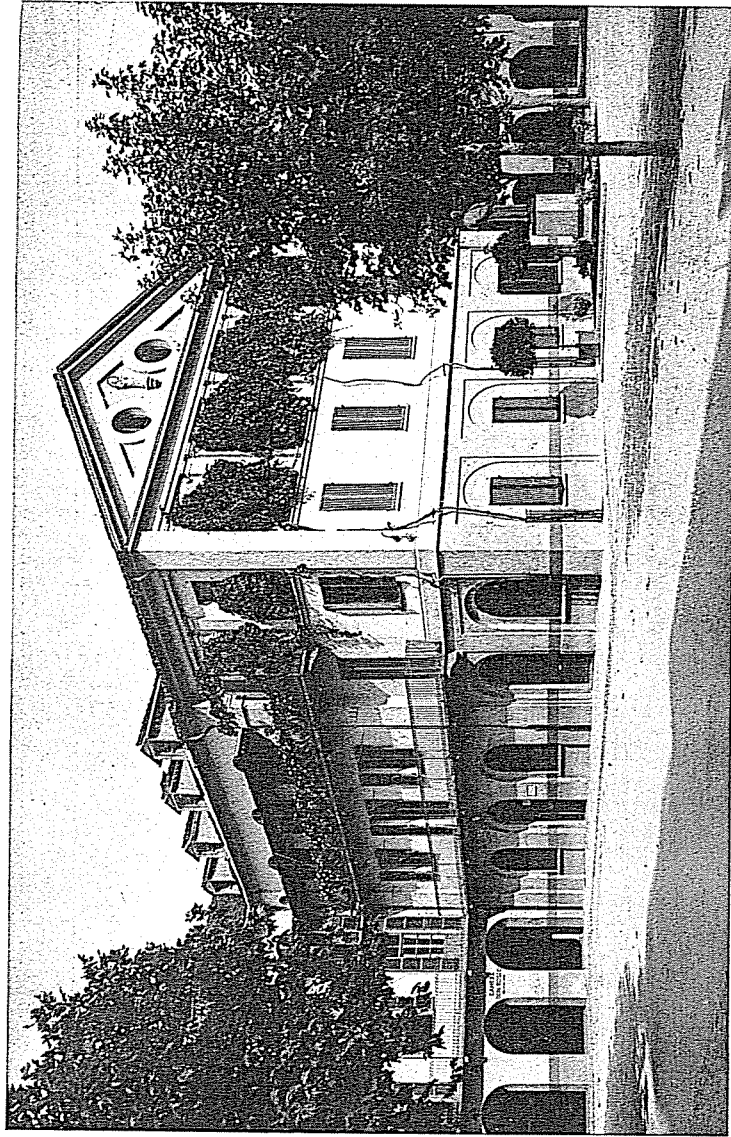
* * *

La tentativa de comenzar el asilo se repitió varias veces, y siempre con el mismo resultado. Pero llegó el momento señalado por el Señor. Una larga y lluviosa tarde de mayo, Don Bosco había acabado de cenar, cuando se presentó a la puerta un joven de quince años, empapado de pies a cabeza, pidiendo pan y asilo.

Mamá Margarita lo acogió amablemente, lo llevó junto al fuego y después que se hubo calentado y enjugado, le ofreció sopa y pan. Cuando Don Bosco lo vio repuesto, le preguntó de dónde venía, si tenía padres y cuál era su oficio.



Interior de la Basílica de María Auxiliadora, rico en mármoles y bronce.



Habitaciones de Don Bosco: parte exterior.

Era un pobre huérfano que poco antes había venido de Valsesia en busca de trabajo como albañil. No tenía dinero, ni amigo alguno, ni sabía a dónde ir. La piadosa Margarita, que tenía un tierno corazón de madre, no pudo contener las lágrimas; Don Bosco se conmovió profundamente. Madre e hijo salieron fuera y ayudados por el huerfanito recogieron algunos trozos de ladrillos y con ellos hicieron cuatro pilas-tritas en medio de la cocina, en donde acomodaron algunas tablas, y encima colocaron un colchón, que sacaron del lecho de Don Bosco, y además dos sábanas y una manta. ¡Esta fue la primera cama y el primer dormitorio del Colegio Salesiano de Turín, que había de llegar a contener más de mil asilados!

Preparado el lecho, mamá Margarita hizo al muchacho un sermoncito sobre la necesidad del trabajo, de la fidelidad y de la Religión, inaugurando, sin saberlo, una utilísima práctica que se conserva en el Oratorio y se practica en todas las casas salesianas antes de que los niños se retiren al descanso: las "Buenas noches". Finalmente, Margarita invitó al joven a rezar, pero éste no sabía. Por lo cual, puestos los tres de rodillas, le hicieron decir las oraciones, palabra por palabra.

Al día siguiente, el Santo le buscó una colocación para trabajar. El bueno del muchacho continuó yendo al Oratorio hasta el invierno para comer y dormir; después, cuando se acabó el trabajo, regresó a su pueblo. Desde entonces no se volvió a saber de él.

* * *

Pronto se agregó el segundo. A principios de junio volvía Don Bosco al Oratorio con el crepúsculo de la tarde, cuando llamó su atención un niño de doce años que, apoyado contra un árbol, lloraba a lágrima viva.

—¿Qué tienes, hijo mío? ¿Por qué lloras?

—¡Estoy abandonado de todos! Mi padre murió antes de que yo llegara a conocerlo. Mi madre, mi buena madre, que tanto me quería, murió ayer y acaban de enterrarla.

Y el llanto ahogaba sus palabras.

Profundamente conmovido, el Santo prosiguió:

—¿Y dónde has dormido esta noche?

—Todavía en la pensión. Pero esta mañana el amo me ha echado. Como se le debía algún mes de pensión, se apoderó de los pocos trastos y enseres que había y me puso en la calle.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—No lo sé...

El Santo lo llevó a su casa, se lo entregó a Mamá Margarita, lo acomodaron lo mejor que pudieron y como era de familia honesta y tenía buenas disposiciones, a los pocos días lo colocaron de dependiente en una tienda, donde con su buen ingenio y acrisolada fidelidad, consiguió pronto una posición honrosa y lucrativa y se conservó siempre digno del que lo había recogido, instruído y educado.

* * *

Ya en otoño, cierto domingo uno de los capitanes de las pandillas de vagabundos que merodeaban por la ciudad notó la falta de uno de sus "subordinados" y pregunta por él.

—Se ha ido al Oratorio de Don Bosco —le respondieron.

—¿Y qué es eso?

—Pues la casa de un cura a donde se reúnen muchos niños... Juegan, se divierten; pero también ¡rezan!

—Pues, ¡a verla!

Y allá se encaminó seguido de no pocos gandules.

Los chicos estaban en la iglesia. El patio estaba desierto y cerrada la puerta del recinto. El capitán no se arredra por tan poco. Encaramándose sobre los hombros de dos camaradas, escala la pared y salta al patio, poniéndose a explorarlo. Visto por uno de los ayudantes del Oratorio, se lo llevan a Don Bosco. Éste lo recibe bondadoso, lo invita a la iglesia. Estaba predicando el teólogo Borel: explicaba una parábola de lobos y corderos, aplicándola a los niños buenos y malos.

Al muchacho, que tenía quince años, le interesó la cosa, y como tenía buena voz, cantó también las letanías y el Tantum ergo.

Desde ese momento fue un oratoriano asiduo.

Pero su padre era un furibundo anticlerical. Un día despotricaba contra los sacerdotes y contra el mismo Don Bosco. El muchacho tomó la defensa de ellos. Irritado el hombre, se lanzó sobre él y le abofeteó. Huyó el mozuelo y el padre lo persiguió con un cuchillo, en dirección del Oratorio. Avanzaba ya la noche, y como el chico viera cerrada la puerta, se subió a un frondoso moral que estaba enfrente y se resguardó entre sus ramas.

Llegó el hombre furioso a casa de Don Bosco, amenazando rayos y centellas, y con dar parte a la policía. Con ésta le amenazó también Don Bosco.

Mamá Margarita había presenciado la escena. Apenas ido el hombre, salió con Don Bosco a buscar al chico. Lo llamaron repetidamente y no respondió. Llevaron una escalera. Subió Don Bosco con gran precaución. El chico está como inanimado. Lo llama y no responde; lo toca, y creyéndose en manos del padre, grita como un desesperado. Trabajo le costó al Santo persuadirlo. Lo llevaron a la casa; Mamá Margarita lo refocila.

El muchacho llamó al moral "el árbol de la vida".

Desde ese momento fue hijo del Oratorio.

Aprendió el arte de encuadernador y la música; y... pudo vengarse de su padre, ayudándole copiosamente en su prematura vejez.

Para Don Bosco aquel árbol fue sagrado; ni aun en las ampliaciones del Oratorio permitió que se tocara. Y ahí permaneció muchos años como una reliquia engastada entre la iglesia de San Francisco de Sales y el Santuario de María Auxiliadora.

Seguidamente fueron asilados otros; pero aquel año, por falta de local, el Siervo de Dios debió limitarse a siete, que por su buena conducta le proporcionaron gran consuelo y

de esta manera le alentaron a proseguir en su atrevida empresa (1).

Un día le dijo su madre:

—Si continúas así, trayéndome más chicos cada día, no te va a quedar nada.

—Siempre me quedará —respondió Don Bosco— un puesto en el Hospital de Cottolengo. Pero si esta empresa es obra de Dios, irá adelante.

Y Margarita se tranquilizaba con las palabras de su hijo, porque era testigo de los milagros que obraba con él la Providencia.

Nada faltaba a los jóvenes asilados. Se levantaban temprano, oían la Misa de Don Bosco, durante la cual rezaban las oraciones de la mañana y la tercera parte del Rosario y después iban a la ciudad a trabajar; a mediodía volvían a casa para comer y tomaban la sopa de manos de la buena Mamá Margarita, con frecuencia de las de José Buzzetti o del mismo Don Bosco. Por la noche, además de la sopa, recibían veinticinco céntimos para el pan. El Santo continuó haciéndolo así hasta 1852. Era ésta una escena conmovedora.

—En sus ojos —decía Don Reviglio— brillaba entonces una expresión tan grata y amorosa y con una sonrisa tan suave, que aun después de cincuenta años la tengo presente; no puedo olvidarla y todavía me llena de consuelo. En aquel momento acostumbraba decirnos: “La Divina Providencia me lo da y yo os lo doy a vosotros.”

Era también su mesa tan frugal, que aquellos de sus colegas que intentaron vivir con él no pudieron acostumbrarse a ella. La sopa de los asilados era la suya. Comía además

(1) Recordamos entre éstos a Félix Reviglio, que se hizo sacerdote y durante treinta años fue celosísimo cura de su misma parroquia de San Agustín, en la cual —¡siempre admirables los designios de la Providencia!— fue inmediato sucesor del mencionado teólogo Ponzati; y a José Buzzetti, de Caronno Ghiringhello, que fue hasta su muerte uno de los más afectuosos discípulos de Don Bosco.

otro plato; pero, por orden suya, su madre se lo preparaba el domingo, y le servía para la comida y la cena todos los días hasta el jueves por la noche; el viernes siguiente le preparaba otro de vigilia y con éste terminaba la semana. El famoso plato era generalmente una torta; bastaba calentarla para que estuviese lista. Tal fue el régimen de comidas de Don Bosco hasta que comenzó a vivir en compañía de clérigos y sacerdotes, que a causa de los estudios y otras ocupaciones tuvieron necesidad de una alimentación más adecuada y sustanciosa.

Al mismo tiempo, como no tenía quien le pudiese prestar los necesarios servicios domésticos, él mismo los hacía, aun los más humildes, junto con su madre.

Pero la delicia de los muchachos era verlo ceñido de un delantal y hacer de cocinero. Entonces los chicos comían con más apetito.

—Amiguito —le decía a uno—, come con apetito porque la he hecho yo. Haz honor al cocinero y come mucho —le decía a otro—. Quisiera darte —añadía a un tercero— un pedazo de carne, si lo tuviera; pero déjalo de mi cuenta... que apenas encontremos una vaca sin dueño, ya verás qué alegres lo vamos a pasar.

Con estas y otras semejantes ocurrencias, en las cuales era muy pródigo, razonaba tan bien la comida y la cena de sus hijos adoptivos, que les hacía olvidar la pobreza.

* * *

Aun en medio de tanta escasez, el Oratorio iba realizando un gran bien y ganándose más y más la benevolencia pública. Cuando se celebró la fiesta de San Luis, el Arzobispo fue a decir la Santa Misa y administrar la Confirmación. Fue un día inolvidable. Los mismos chicos habían adornado con gusto su humilde capilla y erigido un arco triunfal y un sencillo estrado o dosel, cerca de la puerta de entrada.

El celoso Pastor, al ver con sus propios ojos a tantos

jóvenes que quizás por mucho tiempo habían descuidado sus deberes religiosos y estaban ahora en la iglesia y frecuentaban los Sacramentos con un aspecto que movía a devoción, experimentó un placer celestial y hubo de confesar que aquella fue una de las funciones que más le habían conmovido en su vida.

Al salir de la capilla recibieron pan y alguna otra cosa para el desayuno, debido a la caridad del mismo Arzobispo, que así quiso mostrarse pastor de sus almas y de sus cuerpos.

Si la función de la iglesia fue devota, no fue menos agradable el entretenimiento académico-dramático ofrecido por los jóvenes al señor Arzobispo en reconocimiento y como homenaje a su onomástico. Cuando se dispuso a volver a su palacio, los chicos se agolparon en torno suyo, y si se lo hubiesen permitido, le habrían, como a Don Bosco, hecho un trono con sus brazos para llevarlo a palacio en triunfo.

En aquel mismo día —era el 29 de junio—, también el Nuncio Apostólico, residente en Turín, fue a visitar el Oratorio.

La bendición de los venerables Prelados no tardó en ser confirmada por las bendiciones del Cielo. La concurrencia de los jóvenes creció tanto, que fue necesario buscar una solución a esta nueva necesidad. Enterado Don Bosco de que una tercera parte de los jóvenes afluía a Valdocco de los alrededores de la Plaza del Castillo, de la Plaza de San Carlos, del Barrio de San Salvario, se aconsejó con el teólogo Borel y se presentó al Arzobispo para exponerle el proyecto de abrir un segundo Oratorio. Monseñor Fransoni acogió con íntimo gozo la proposición y fue también de parecer de que el nuevo Oratorio se abriese en las proximidades de la Puerta Nueva.

Con la bendición del Arzobispo fue a explorar aquella parte de la ciudad y en las cercanías de la Avenida del Rey (hoy Avenida de Víctor Manuel) encontró una casita que al lado tenía un miserable cobertizo y un patio. Pareciéndole que podría servir para el objeto, solicitó alquilarla. Después

de larga porfía la obtuvo y se apresuró a enviar allí algunos albañiles para transformar el cobertizo en capilla, y dio al punto a los niños la noticia, con la hermosa comparación de las abejas, que, cuando se han multiplicado mucho en una colmena, forman un enjambre que vuela y va a formar otra.

Él, entretanto, vigorizado su espíritu en la mística soledad de San Ignacio y deseoso de conocer de cerca el Instituto de la Caridad fundado por el abate Antonio Rosmini, marchó a Stresa.

El viaje duró doce días y —lo mismo que le ocurría cuando con frecuencia viajaba para ir a predicar— fue pródigo en escenas graciosas y saludables para las almas, porque ni aun en las fondas donde se detenía para descansar, olvidaba que era sacerdote; y como en aquellos tiempos se debía viajar casi siempre en diligencia, prefería sentarse en el pescante al lado del cochero, el cual, ganado por su celo, en la primera o en la última etapa, y a veces junto con otros cocheros y mozos, acababa por arrodillarse en algún rincón, pidiendo confesarse.

* * *

Desde 1847 venía madurando otro medio muy eficaz para la santificación de algunos de sus jóvenes. Nos referimos a la práctica de los *Santos Ejercicios Espirituales*. Grandes eran las dificultades; pero aun convencido de la verdad de aquel aforismo de que “lo mejor es enemigo de la bueno”, quiso iniciar esta práctica aquel mismo año. La Divina Providencia le proporcionó el predicador en la persona del teólogo Federico Albert, Capellán de Palacio, que fue elocuentísimo orador apostólico y murió en olor de santidad siendo Vicario parroquial de Lanzo. Con gran fruto hicieron los Ejercicios una veintena de jóvenes.

Al cabo de aquel mismo año se abrió solemnemente el nuevo Oratorio cerca de la Puerta Nueva. El Santo quiso que tomase el nombre de San Luis, en homenaje al angélico Patrono de la juventud y al venerable Arzobispo, Monseñor

Luis Fransoni, y lo confió a los cuidados del teólogo Carpano. La Curia Arzobispal delegó al Cura de la Reina de los Ángeles para bendecir la capilla, y éste, al teólogo Borel. El nuevo Oratorio no tardó en sufrir insidias y contradicciones, señal de que el Señor lo quería; pero desde las primeras fiestas, la afluencia de jóvenes fue maravillosa.

Don Bosco se hallaba tristemente preocupado por el ruido que en aquellos días los revolucionarios hacían con pretexto de la elección de Pío IX al Sumo Pontificado. También en Turín los gritos frenéticos y obstinados de “¡Viva Pío IX!” llegaban a las estrellas. Monseñor Fransoni fue de los primeros en comprender que, bajo aquel exagerado entusiasmo, se ocultaba algún plan de las sectas. Don Bosco, que pensaba lo mismo que el Arzobispo, aconsejó a sus jóvenes que no gritasen “¡Viva Pío IX!”, sino “¡Viva el Papa!” Los sectarios alababan a la persona, pero no reverenciaban la dignidad de que estaba revestida. De modo que, para obrar sobre seguro, nada mejor que decir: “¡Viva el Papa!”

En aquellos días compró una estatua de la Virgen de la Consolación por veintisiete liras y determinó que aquel año y todo el siguiente fuese sacada en procesión por las cercanías del Oratorio en todas las fiestas principales de la gran Madre de Dios; también ordenó que el primer domingo de cada mes se hiciese otra procesión dentro del Oratorio en honor de San Luis y se dedicase el último domingo al Ejercicio de la Buena Muerte.

Así, mientras la ciudad se entregaba delirante a las fiestas por las primeras *Reformas civiles* concedidas por Carlos Alberto y las turbas, adornadas con escarapelas y movidas por pasiones políticas, recorrían las calles en medio de un bosque de banderas tricolores, en el Oratorio de Valdocco una muchedumbre de jóvenes, pecados de un modesto estandarte, salía de la iglesia con la estatuilla de San Luis entre lirios y rosas y dando la vuelta por el jardín de Mamá Margarita, cantando las glorias de la inocencia y la pureza, volvían al altar para ser bendecidos por Jesús Sacramentado.

En los últimos meses de 1847 y primeros de 1848 Don Bosco, hacia las cinco y media de la tarde, iba todos los días al palacio arzobispal, en donde tenía libre ingreso, y allí permanecía hasta las ocho, en conferencia con el Arzobispo, tratando de los gravísimos acontecimientos que se iban preparando; y recibía el encargo de desempeñar misiones difíciles y delicadas.

* * *

El 8 de febrero de 1848 fue promulgada por Carlos Alberto la promesa del Estatuto. El Municipio de Turín decidió festejarla con una parada en la plaza de la Gran Madre. Roberto de Azeglio se presentó al Siervo de Dios para invitarlo a tomar parte al frente de sus jóvenes, con los demás institutos de la ciudad; Don Bosco respondió en tono cortés, pero firme, que deseaba, lo mismo que sus jóvenes, mantenerse alejado de toda manifestación política. Después le hizo ver la casa, le habló de futuras ampliaciones y le explicó el Reglamento que regía en el Oratorio. El Marqués se admiró de todo y todo lo alabó, excepto una cosa: calificó de perdido el tiempo que se empleaba en las oraciones cotidianas, especialmente en el Rosario, diciendo que él no estaba por aquella antigualla de cincuenta Avemarías ensartadas una después de otra, y que Don Bosco haría bien en abolirla. Pero Don Bosco fue en esto irreductible. El Marqués se marchó y desde entonces ya no tuvo más relaciones con él.

Las repetidas negativas de Don Bosco a presentarse entre las filas de los manifestantes callejeros y su ilimitada devoción al Jefe de la Iglesia y al Arzobispo, no podían menos de despertar graves sospechas contra él. Por esta causa tuvo que presentarse varias veces en las oficinas del Municipio, en donde se le llegó a decir:

—¿No sabe usted que su existencia está en nuestras manos?

Él, muy calladito, aparentó no haber oído la amenaza. Se había presentado a la buena de Dios: con su traje más

humilde, con los zapatos descoloridos y caminando algo a lo rústico, parecía un cura rural de los más sencillos. Los que le trataron entonces solamente lo conocían de nombre y quedaron persuadidos de que no era persona temible.

Pero no tardaron en desarrollarse escenas de carácter salvaje contra algunas comunidades religiosas y en resonar gritos de muerte bajo las ventanas del Colegio de San Francisco de Asís y del mismo palacio de la Marquesa de Barolo.

También Don Bosco corrió entonces gravísimos peligros.

A pocos metros del cobertizo-capilla se elevaba hacia el Sur una pared que la separaba de los huertos y prados de Valdocco, extendiéndose buen trecho hasta la orilla derecha del Dora.

En la primavera de aquel año, un domingo, después de mediodía, los jóvenes estaban reunidos en las respectivas clases de Catecismo. Don Bosco estaba instruyendo a todos los adultos, explicándoles la inmensa caridad de Jesucristo al hacerse hombre, padecer y morir por nosotros. Encontrábase en dirección de un ventanillo que daba a la mencionada pared y a una puerta abierta en el lado opuesto, que iluminaba su persona, cuando un malvado, armado de un arcabuz, subido en los hombros de un cómplice y levantado sobre el borde de la pared, apuntó el arma y disparó. El tiro iba dirigido al corazón, pero, gracias a Dios, solamente le desgarró la sotana sin hacerle mal alguno. Don Bosco mostró tanta tranquilidad y presencia de ánimo, que calmó el espanto indescriptible que en los jóvenes había causado el sacrílego atentado.

—¡Cómo! —les dijo sonriendo—. ¿Os espantáis de una broma de mal género? Es una broma, y nada más. Ciertas gentes mal educadas no saben dar bromas sin faltar a la urbanidad. ¡Mirad: me han roto la sotana y han estropeado el muro! Pero volvamos a nuestro Catecismo.

Esta jovialidad y el verlo sano y salvo de aquel peligro tranquilizó a todos.

Acabado el Catecismo cantó tranquilamente las Vísperas, predicó, dio la bendición y después reunióse con los chicos, que se habían esparcido por el patio. Ocurrió entonces un episodio conmovedor: muchos se apretaron contra él llorando de dolor y de consuelo.

—¡Si la Virgen no le desvía la batuta, en verdad que me hubiera herido; pero se ve que es mal músico! —les dijo.

El asesino había desaparecido entre el humo del arma; pero Don Bosco, después de prudentes indagaciones, supo que era un bandido, culpable de otros delitos; quizás otros habían armado su mano.

Lo encontró un día y le preguntó qué motivo le había impulsado a cometer aquel perverso atentado. Sorprendido aquel miserable, respondió:

—¡El porqué casi no lo sé yo tampoco! Quería ver si el fusil hacía efecto... contra la pared de su casa.

—¡Pobrecillo!... —le dijo Don Bosco—. ¡Te perdono de corazón y deseo ser amigo tuyo!

* * *

A causa de la promulgación del Estatuto, en la noche del 4 de marzo se repitieron en la ciudad las luminarias y las fiestas populares; duraron hasta el 23 del mismo mes, en que salió la proclama de Carlos Alberto declarando la guerra a Austria. Es indescriptible la efervescencia que en un momento se apoderó de las ya exaltadas turbas; también los jóvenes del Oratorio no pudieron menos de contagiarse de tal efervescencia.

Don Bosco, acomodándose a las exigencias de los tiempos —en todo lo que, como él decía, no se oponía a la religión y al civismo—, no vaciló en prometer a los suyos que también ellos tendrían sus ejercicios militares en el patio del Oratorio. Procuróse nuevos aparatos para la gimnasia, dobló las representaciones teatrales, ya desde algún tiempo introducidas, y los paseos; añadió a las lecciones de música

vocal las de piano y armonio y para muchos la de música instrumental.

Además, para mantener vivo el fuego sagrado de la piedad, multiplicó las fiestas y el esplendor de las funciones sagradas. Secundado por el teólogo Borel, organizó las instrucciones en forma de diálogo público. Los viernes de marzo comenzó a practicar el piadoso ejercicio del "Vía crucis"; el Jueves Santo quiso, junto con sus discípulos, visitar en forma pública los Sagrarios, cantando por la calle salmos y alabanzas con música; y al caer de la tarde, celebró por primera vez en la capilla de Valdocco la función del lavatorio de los pies.

En aquel tiempo se habían ido formando en cada barrio de la ciudad las "Asociaciones de la juventud", llamadas en dialecto "Cocche", verdaderas pandillas en guerra declarada las unas contra las otras. Eran continuas las riñas y las pedreas, ya por espíritu brutal de venganza, ya también por simple desafío.

Cierto día se les ocurrió dar una batalla cerca del Oratorio. Se lanzaban piedras de un tamaño tal, que habrían matado a cualquiera que las hubiera recibido de lleno. Acudió Don Bosco, y decidido a impedir a toda costa la ofensa a Dios, se lanzó en medio de aquella granizada de proyectiles y puso en fuga a todos los combatientes. Así consiguió hacerse dueño de aquellos prados, adonde nadie se atrevió a volver más.

—¡Soy como me han hecho! —decía después refiriendo el caso—; cuando veo la ofensa a Dios, aunque tuviese en contra todo un ejército, no me retiraría ni cedería para impedirla.

Peores luchas se estaban maquinando en nombre de la libertad de conciencia. Según el edicto del 19 de junio, firmado por el príncipe Eugenio de Carignano, se autorizó la libertad de cultos, con lo que judíos y valdenses comenzaron a ejercer públicamente los suyos.

Los primeros en experimentar los amargos frutos de esta

emancipación fueron Don Bosco y el Oratorio de San Luis; porque los valdenses, desparramándose por Turín, fueron a poner cátedra cerca de la calle de los Plátanos, no lejos del Oratorio. Primeramente intentaron atraerse a los jóvenes del Oratorio con ofertas de dinero, pero como no lo consiguieron, recurrieron a la violencia, y un domingo enviaron a una treintena de ellos a apedrear el Oratorio.

Provocación tan perversa como ésta irritó de tal modo a los jóvenes oratorianos más crecidos que, perdida la paciencia y despreciado todo peligro, salieron afuera, se proveyeron de piedras, que abundaban en aquel llano, y empezaron a dispararlas con tanto ímpetu y tan certera puntería contra los provocadores que, en algunos instantes, los rechazaron más allá de la calle.

No fue ésta la última vez que ocurrió una escena tan dolorosa, sino que, durante varios meses, se repitió casi en cada fiesta, causando en Don Bosco y en los suyos la aflicción que es fácil imaginar.

* * *

Mientras el Oratorio de la Puerta Nueva soportaba esta prueba, el de San Francisco de Sales, después de haber honrado en paz a San Juan Bautista, celebraba la fiesta de San Luis con pompa singular. La procesión fue solemnísimas; la abría un aprendiz artesano con un estandarte, cuyos cordones eran llevados por dos jóvenes de nobilísima familia; y al lado de la estatua se veían dos respetables personajes, que adquirieron gran fama en toda Italia, y uno de ellos en toda Europa; los cuales tenían en una mano un cirio encendido y en la otra *El Joven Cristiano* y cantaban con los ministros sagrados el himno *Infensus hostis glorie* en honor de San Luis. Eran el Marqués Gustavo y el Conde Camilo de Cavour.

Los dos hermanos, al ver la habilidad y constancia con que Don Bosco había superado tantos obstáculos, se habían convertido en admiradores suyos y frecuentemente lo visitaban.

La obra de los Oratorios triunfaba, pues; pero no todos los que ayudaban a Don Bosco pensaban como él. Un día se le presentaron dos teólogos, adscritos al Oratorio de San Luis, en donde los jóvenes respondían a los excesos de los protestantes demostrando gran constancia en la fe, y le pidieron licencia para conducir a aquellos mismos jóvenes con bandera y escarapelas tricolores en el pecho por las calles de la ciudad. El Siervo de Dios se opuso dignamente, tratando de hacer un poco de luz en aquellas cabezas entenebrecidas. Pero ellos, con otros clérigos exaltados, se declararon en rebeldía, y el domingo siguiente llevaron a los jovencitos del Oratorio de la Puerta Nueva a las ruidosas fiestas mencionadas.

Empezó entonces una verdadera guerra que, después de algunos deplorables incidentes, terminó con una abierta escisión. Los rebeldes, cerca de un centenar, decidieron no ir más al Oratorio si no se los recibía en forma solemne, es decir, con banderas y escarapelas.

El Siervo de Dios, aunque afligido por estos desórdenes, no cedió un punto a aquellas extrañas pretensiones; les agradeció la ayuda que le habían prestado y los despidió. Ante esta inesperada resolución se coaligaron para alejar de Don Bosco a todos los jóvenes; y, al efecto, visitándolos en sus casas y en las tiendas y esperándolos en las calles que conducían a los Oratorios, consiguieron en poco tiempo alejar de él a los mayores.

Bastante triste y llena de preocupaciones volvió a ser entonces la situación de Don Bosco. Los sacerdotes y los clérigos, unos por un motivo y otros por otro, casi todos lo dejaron. Pero no le faltó la ayuda del incomparable teólogo Borel. Ocupado en el Instituto del Refugio, en las prisiones del Estado y en cien lugares más de la ciudad, este hombre, pequeño de estatura, pero grande de ánimo, siempre encontraba tiempo para detenerse en el Oratorio. Alguna vez robaba las horas al sueño para poder confesar, y casi siempre negándose el necesario reposo, iba allí a predicar por la tarde

en los días festivos para aliviar al amigo, de este trabajo al menos. ¡Alabanza eterna a aquel eximio sacerdote!

Don Bosco, aun en medio de tantas pruebas, se mantuvo heroicamente tranquilo. Los sueños que había tenido en el Colegio y el del emparrado de rosas le habían anunciado claramente los acontecimientos. Carlos Gastini, huerfanito asilado aquel mismo año en el Asilo de Valdocco, le oyó exclamar: “¡Todos me dejan, pero Dios está conmigo! ¿A quién he de temer? La obra es suya, no mía; Él la llevará adelante.”

Los hechos le daban la razón. Casi todos los jóvenes volvieron poco a poco, no sólo por el afecto que le tenían y porque, pasado el primer error, habían comprendido con quién tenían que tratar, sino también porque aquellos señores se habían cansado de trabajar por amor a la política.

Por su parte, Don Bosco no descuidó tampoco los medios que le sugirió la prudencia. El día de la Asunción de María Santísima hizo una sesión pública de exámenes sobre la *Historia del Antiguo Testamento*, acompañados de la declamación de algunas poesías y el canto de varios himnos (a San Luis, a Carlos Alberto y a Pío IX) que interesaron y admiraron a la misma anticlerical *Gazzetta del Pópolo* que había empezado a publicarse el 16 de junio de aquel año.

Gracias a la ayuda de un estimable joven que le había conocido en 1841 y siempre fue amigo y familiar suyo, pudo disponer de otro gran aliciente. El catequista José Brosio, apenas volvió de la guerra, empezó de nuevo a frecuentar el Oratorio asiduamente con su vistoso uniforme de cazador; y práctico en el ejercicio militar, consiguió adiestrar tan bien a los chicos más listos, que formó con ellos un pequeño regimiento. Para esto se pidieron, y el Gobierno los concedió, doscientos fusiles sin cañón; se proporcionaron unos bastones para el ejercicio; el cazador llevó su trompeta, de modo que el Oratorio tuvo a poco un pequeño batallón bastante bien instruido.

A estos alicientes, añadió Don Bosco otro, el de dar la

comida necesaria a cierto número de jóvenes externos pobres, que se renovaban cada semana, y esto durante un año, esto es, mientras duró la agitación pública.

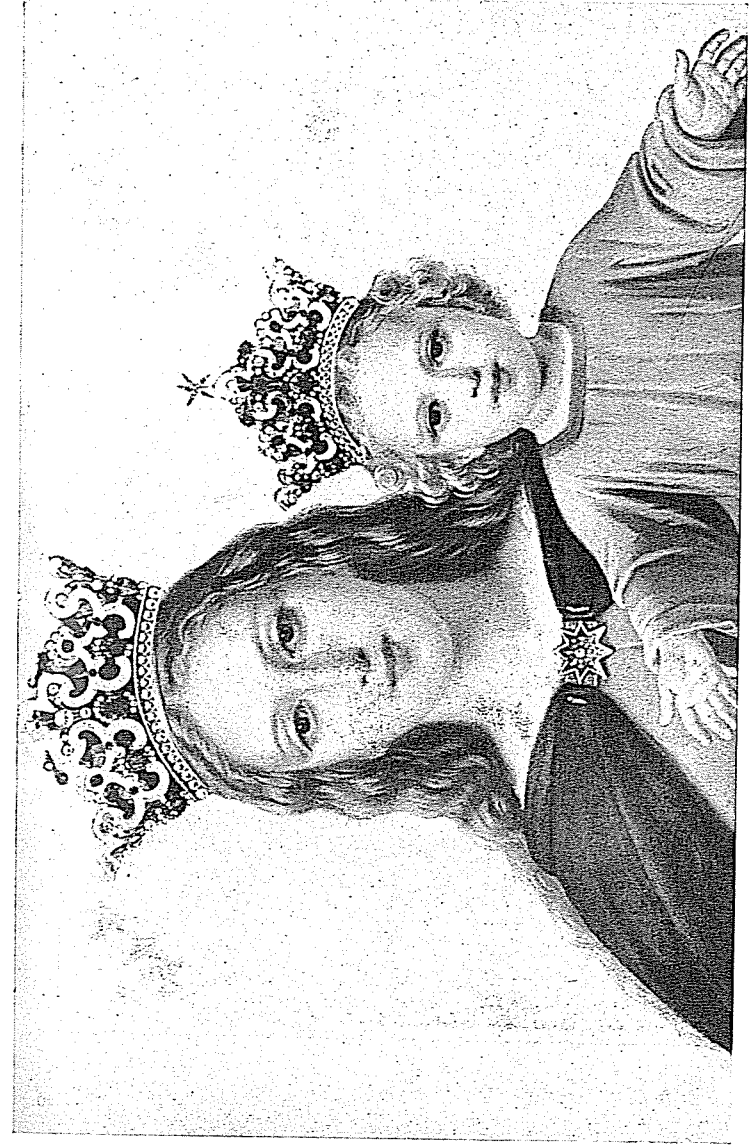
* * *

Pero lo que más interesaba a Don Bosco era disponer de un cierto número de jóvenes virtuosos —“selectos”, diríamos hoy—, que fueran como la luz y la sal en medio de los otros; con este fin pensó en dar nuevamente un curso de Ejercicios Espirituales. Nótese que Don Bosco actuó siempre sobre las grandes masas sirviéndose de grupos selectamente formados.

Como trataba de impedir que aun los menos buenos se disipasen en medio de los alborotos de la plaza, creyó que no había otro medio mejor que cuidarse de su instrucción, y con ese objeto amplió considerablemente las clases nocturnas. No eran todos niños los que las frecuentaban; un centenar de ellos ya tenían barba y bigotes. A éstos él mismo les daba clase. Su número creció en los años siguientes y con ello aumentaron los consuelos para Don Bosco viéndose así correspondido en su celo por la salvación de las almas.

Mientras reinaba esta paz en el Oratorio de San Francisco de Sales, algunos cooperadores de Don Bosco, entre ellos el canónigo Lorenzo Gastaldi, idearon una confederación de los diversos Oratorios que había en Turín; porque, además de los fundados por Don Bosco, existía un tercero en Vanchiglia, abierto por el sacerdote Juan Cocchi a imitación suya, aunque en métodos y espíritu algo diferente.

Invitaron a Don Bosco a adherirse, pero no accedió; alegó, —porque claramente veía que la amalgama sería fuente de desavenencias— que tenía necesidad de autonomía para el desarrollo de su obra y dando a entender que abrigaba la intención de fundar una especie de Congregación. Así acabó aquella tentativa. La fortaleza del Siervo de Dios se calificó entonces de testarudez, y fue puesta en solfa aun por algunos de sus íntimos amigos; pero él permaneció irreductible.



El rostro de la Virgen y el del Niño llaman la atención poderosamente e inspiran honda devoción.



Revdo. don José Lazzero. Nació en Pino Torinese en 1839 y murió en Turín en 1910. Fue Consejero del Capítulo Superior y primer director del Oratorio de San Francisco de Sales.

* * *

Entre tantas ocupaciones encontró tiempo para dar a la luz pública la segunda edición de la *Historia Eclesiástica* y una nueva obra, la *Vida de San Vicente de Paúl*, de la cual donó trescientos ejemplares a las familias de la Pequeña Casa de la Divina Providencia, esto es, a la Obra del Cottolengo. El año de 1848 acabó proporcionando a Don Bosco nuevas penas y alegrías, que le llegaron hasta lo más profundo del corazón.

El 24 de noviembre, el Sumo Pontífice Pío IX se veía obligado a huir a Gaeta, y el 6 de diciembre moría el teólogo Guala, a los setenta y tres años, resignado a la voluntad de Dios y contento porque dejaba el Colegio Eclesiástico en las manos de Don Cafasso, poco antes nombrado Rector de la iglesia de San Francisco de Asís. Más de cuatrocientos sacerdotes asistieron a sus espléndidos funerales y entre ellos Don Bosco.

Ya en los primeros días de octubre el teólogo Antonio Cinzano había bendecido una capillita dedicada a la Virgen del Rosario, arreglada en Becchi por el Siervo de Dios. El 1 de noviembre entraba en el Oratorio un joven de Castelnuovo, el clérigo Ascanio Savio, de diecisiete años, que permaneció allí cuatro años como clérigo, por haberse cerrado el Seminario de Turín, y obtuvo de la Curia Arzobispal dispensa de ir al Seminario de Chieri para poder ayudar a Don Bosco en su Oratorio.

* * *

Desde fines del año anterior el Siervo de Dios, deseoso, como siempre lo estaba, de hacer el bien y de encontrar ayudantes para su obra, había admitido en pensión a algunos sacerdotes, adscritos a las iglesias de la ciudad para el sagrado ministerio; ahora veía, finalmente, que el ejemplo de su heroica y desinteresada caridad despertaba en otros corazones estímulos generosos de imitación.

CAPÍTULO XX

Dones sobrenaturales. Tercer Oratorio Festivo

El 18 de enero de 1849 moría Antonio, hermano del Siervo de Dios. Éste, que nunca había dejado pasar la menor ocasión para mostrar su afecto fraterno a quien tanto lo había contrariado en sus primeros años, se hizo cargo solícita y afectuosamente de sus hijos.

Deseoso de oponerse de algún modo a aquella ola de fango que una prensa satánica arrojaba diariamente sobre la Iglesia, sobre el Catolicismo y sobre las Órdenes Religiosas, dio comienzo a la publicación de un periódico religioso titulado *El Amigo de la Juventud*. Después de tres meses quiso extender su acción, no sólo a los jóvenes, sino a todas las familias católicas. Su santa iniciativa no fue secundada; por eso, después del número 61, resolvió fusionar su periodiquito con *El Instructor del Pueblo*, al que aportó buena voluntad y muchos lectores. Colaboró durante algunos meses en la publicación de este segundo periódico; pero después se retiró, y su retirada fue una desgracia para *El Instructor* y sus lectores.

No podemos silenciar otra obra de su exquisita caridad, obra que, alentada por Don Cafasso y por el mismo Monseñor Fransoni, practicó durante siete años, sin retribución alguna: el repaso de la Teología Moral a los sacerdotes, generalmente como preliminar para el examen de Confesión. El canónigo Ravina, Vicario General, apreciaba tanto su saber, que la mayor parte de las veces concedía la patente sin examen

a todo el que Don Bosco declaraba por escrito *sufficienter instructus*.

Además de la ciencia, infundía a los sacerdotes todo el afecto que ardía en su corazón por el Sacramento de la Penitencia, exhortándolos a entrar prontamente en el confesonario cuantas veces se los llamara. Nosotros le oímos decir que es de desear que un sacerdote regule su comida de tal modo que pueda, sin molestia, ponerse a confesar media hora después de haberla terminado.

Diríase que el tribunal de la penitencia era para él sitio de descanso más que de trabajo. Ordinariamente empleaba en este ministerio dos o tres horas al día; pero en circunstancias especiales, aun días enteros y noches enteras.

Le ocurrió una tarde, ya casi de noche, que al venir de los pórticos del Po hacia la "Plaza del Castillo", se encontró con un desconocido, que sin más ni más le pidió la bolsa o la vida. Lo entretuvo con amables maneras, le hizo declarar sus secretos, le puso de relieve las consecuencias de su mala vida y después, sentado sobre el parapeto del foso que está detrás del palacio Madama, confesó a aquel nuevo amigo.

Una tarde en Becchi le asaltó un joven que, blandiendo un arma, le pidió dinero. Don Bosco lo reconoció como hijo de un propietario de las cercanías, tanto más cuanto lo había catequizado y confesado en las cárceles de Turín, de las que había salido pocos días antes por su recomendación. El desgraciado, apenas reconoció a Don Bosco, se quedó consternado. El Siervo de Dios lo exhortó a cambiar de vida y lo indujo a confesarse en aquel mismo lugar. Hecho esto, le regaló una medalla de la Inmaculada y el poco dinero que llevaba; después lo llevó a Turín, donde le consiguió un empleo y le ayudó a hacerse buen cristiano y virtuoso padre de familia.

También los jóvenes, embelesados por las delicadas y santas insinuaciones del Siervo de Dios, se sentían atraídos al Sacramento de la Penitencia con una suavidad indescriptible. Ocurrió varias veces que, después de las once y de las doce

de la noche, Don Bosco, agobiado por el cansancio, se dormía confesando. El penitente callaba entonces y, no atreviéndose a despertarlo, después de haber esperado un rato, se sentaba en el reclinatorio hasta que el Siervo de Dios se despertaba por el ruido que hacían los jóvenes roncando. Eran las tres o las cuatro de la madrugada, y todavía continuaban las confesiones. Finalmente apuntando el alba, tocaban a la puerta y entraban los primeros jóvenes que iban al Oratorio; poco a poco la sacristía se llenaba de nuevos penitentes y las confesiones seguían sin interrupción hasta las nueve y aun las diez de la mañana.

Cuando Don Bosco se ausentaba de Turín no faltaban quienes, para confesarse con él, recorrían muchos kilómetros de camino a pie. Varias veces fueron de este modo hasta Carignano, adonde llegaban hacia las once polvorientos, cansados, pero en ayunas, para confesarse con Don Bosco y recibir la Sagrada Comunión.

Los párrocos, llenos de admiración, les procuraban la comida, y ellos después subían al coro y cantaban las Vísperas, las Letanías y el "Tantum ergo", con gran contento de la población. Cuando llegaban a tiempo, también cantaban la Misa, y si Don Bosco volvía a Turín en su compañía, el gozo de ellos no tenía límites.

* * *

Tanta confianza y tanto cariño eran providenciales, porque Dios confiaba a Don Bosco la misión de buscar entre los jóvenes los primeros colaboradores y continuadores de su Obra; al revés de lo que sucedió con San Ignacio, él tuvo que formárselos desde pequeños.

En 1849, ayudado del teólogo Vola, reunió en dos tandas de Ejercicios Espirituales a unos setenta jóvenes, escogidos entre el centenar de los que frecuentaban el Oratorio de Valdocco y el de la Puerta Nueva, y los fue estudiando separadamente para conocer si alguno manifestaba alguna señal de vocación al sacerdocio. De entre tantos, escogió tres: José

Buzzetti, Carlos Gastini y Santiago Bella, a los que se añadió otro llamado Félix Reviglio.

Cierto día del mes de Julio los llamó junto a sí y les propuso hacerlos sus ayudantes, instruyéndolos al efecto. Pero necesitaba que le fueran *obedientes en todo*.

Aquellos jóvenes, vencidos por su caridad, se lo prometieron; y él, con ayuda del teólogo Chiaves, empezó a enseñarles los primeros elementos del latín.

El singular ascendiente que ejercía sobre los jóvenes no debía atribuirse únicamente a sus ejemplos admirables de virtud, sino también a los dones extraordinarios con que le favorecía Dios. Hay una conformidad admirable en los testimonios de los jóvenes de aquellos años; de modo que cuantos habitaban con Don Bosco o simplemente trataban con él, no podía menos de resumirlos en esta explícita declaración de Monseñor Cagliero:

—¡Sí, Don Bosco poseía el don de hacer milagros! Para nosotros, que hemos estado tantos años a su lado, es cosa evidente.

Él trataba de disimularlo. Ya de clérigo en el Seminario, para ayudar a los enfermos se valía de una industria que consistía en distribuir píldoras confeccionadas con miga de pan o papelititos que contenían una mezcla de azúcar y harina de trigo. Esto era un sencillo paliativo, porque a los que recurrían a su ciencia médica les imponía la condición de acercarse a los Sacramentos y de recitar un determinado número de Avemarías, Salves u otras oraciones a la Virgen. En 1844, el farmacéutico de Montafia, después de la curación del señor Turco con aquellas píldoras, deseoso de conocer los ingredientes del prodigioso febrífugo, se procuró algunas de aquellas píldoras para someterlas al análisis químico y averiguó con gran estupor que solamente contenían pan.

La noticia de esto corrió por el pueblo. El señor Turco, cuando fue a Turín a visitar a Don Bosco para darle gracias, refirió los comentarios que se hacían acerca de las píldoras y le rogó que le revelase el secreto de la medicina.

—¿Ha rezado usted a la Virgen las Salves? —le preguntó el Santo.

—Claro que sí.

—¿Pues bástele eso!

Al ver descubierta su caritativa astucia para curar enfermedades cesó de emplearla.

Ordenado de sacerdote recurrió únicamente a la eficacia de las oraciones y de las bendiciones.

Refería Don Rúa que, desde 1847 a 1852, cada vez que debía morir algún joven de la Compañía de San Luis, Don Bosco lo anunciaba algún tiempo antes, sin dar nombres; y las defunciones ocurrían en las fechas predichas.

No dejó tampoco de repetirse de cuando en cuando otra maravilla. En 1848, mientras daba Ejercicios Espirituales en San Ignacio, escribió al teólogo Borel, que le sustituía en el Oratorio, que los jóvenes Costa y Barretta habían entrado en la capilla por la puerta principal y salido luego por la de la sacristía, y en vez de asistir a las funciones sagradas, habían ido a bañarse en el Dora; pero que estando en el agua habían recibido de una mano invisible algunas palmadas, nada suaves por cierto. El teólogo, apenas recibió el billete, interrogó a los jóvenes, y las respuestas de éstos coincidieron exactamente con la carta de Don Bosco.

Esto se repitió muchas veces, de un modo indudablemente maravilloso, como diremos a su tiempo.

El mismo año comenzaron los prodigios de las multiplicaciones. Celebrábase en el Oratorio una de las fiestas más solemnes; debía de ser la de la Natividad de María Santísima; ya se habían confesado cerca de seiscientos cincuenta jóvenes y estaban dispuestos para comulgar. Don Bosco comenzó la Santa Misa en la creencia de que en el sagrario debía de estar el copón lleno de formas consagradas. Pero estaba casi vacío, porque José Buzzetti se había olvidado de colocar en el altar otro a tiempo con hostias para consagrar y no lo echó de ver sino después de la Elevación. Comenzó a distribuir la Sagrada Comunión y al ver tan pocas hostias

y una numerosa concurrencia de niños delante del altar, se sintió angustiado por temor de dejar a muchos sin comulgar; levantó los ojos al cielo y continuó distribuyendo la Comunión. Y he aquí que, con gran maravilla suya y de Buzzetti, que confuso pensaba en el disgusto que habría proporcionado a Don Bosco su olvido, vio multiplicarse las sagradas formas en las manos de Don Bosco, de modo que pudo dar la comunión a todos sin fraccionarlas.

Acabada la función, y fuera de sí por semejante prodigio, Buzzetti refirió a sus compañeros lo ocurrido, enseñándoles como prueba el copón que había preparado en la sacristía. Otros jóvenes también lo habían observado; y el mismo Don Bosco confirmó varias veces la verdad del hecho.

“Una mañana —escribe José Brosio, el militar— se presentó a Don Bosco una señora que andaba con una muleta y un bastón, acompañada de otra mujer, y moviéndose con tanto trabajo que, en dar un paso, empleaba bastante tiempo. Como dijo que quería hablar con Don Bosco, yo por prudencia me retiré un poco. Cuando salió la señora, la vi andar sin muleta ni bastón y me dijo:

—Don Bosco me ha curado.

* * *

Pero más extraordinario es lo que ocurrió en 1849. Un joven de quince años, llamado Carlos, hijo del dueño de una hostería llamada “del Muletto”, que frecuentaba el Oratorio, cayó enfermo gravemente y murió sin poder confesarse con Don Bosco, como lo deseaba, porque estaba ausente. Apenas regresó Don Bosco y supo que habían ido a buscarle varias veces para asistir al joven, se apresuró a ir a casa de éste, por si aún era tiempo. Cuando le dijeron que había muerto, pidió que le permitieran verle.

Inmediatamente lo llevaron a la habitación donde la madre y la tía rezaban junto al difunto. El cadáver amortajado estaba envuelto en una sábana cosida y cubierto con un velo,

como era entonces costumbre. Al lado del muerto ardía una luz.

Don Bosco se acercó pensando: “¿Quién sabe si habrá hecho bien su última confesión! ¿Quién puede saber el destino que habrá encontrado su alma!” Y volviéndose a los que lo habían acompañado, les dijo:

—;Retírense, déjenme solo!

Después de hacer una breve plegaria, bendijo y llamó por dos veces al joven en tono imperativo:

—;Carlos, Carlos, levántate!

A aquella voz comenzó el muerto a moverse. Don Bosco ocultó al punto la luz, y con un fuerte tirón de ambas manos descosió el sudario, para que el joven quedase libre, y le descubrió la cara. Éste, como si despertase de un profundo sueño, abre los ojos, los vuelve en torno suyo, se levanta un poco y dice:

—;Oh!, ¿cómo es que me encuentro así?

Después se vuelve, fija la mirada en Don Bosco y apenas lo reconoce, exclama:

—;Ah, Don Bosco! ¿Si supiese usted cuánto deseaba su presencia! ¿Lo buscaba con ansia! ¿Tengo mucha necesidad de usted! ¿Dios es quien lo ha enviado aquí!... ¿Qué bien ha hecho en venir a despertarme!

Refirióle entonces que había callado un pecado en su última confesión y que había tenido un sueño espantoso, en el cual había visto a muchos demonios que querían arrojarlo en un inmenso horno; pero que una Señora se había interpuesto entre él y aquellos feos animales diciendo:

—;Esperad; todavía no ha sido juzgado!

Don Bosco lo animó a no temer ya nada, y el joven comenzó inmediatamente su confesión, con señales de verdadero arrepentimiento. Mientras Don Bosco lo absolvía, entraba la madre con los de la casa, que así pudieron ser testigos del hecho. El hijo, volviéndose a ella, gritó:

—;Don Bosco me salva del infierno! ¿Me había confesado mal!

Así estuvo cerca de dos horas, dueño enteramente de sus facultades; miraba, escuchaba y hablaba. Entre otras cosas, insistió en que se recomendara mucho y siempre a los jóvenes la sinceridad en la confesión.

El Santo, finalmente, le preguntó:

—Ahora estás en gracia de Dios; el Cielo está abierto para ti. ¿Quieres ir allá arriba o quedarte aquí con nosotros?

El joven respondió:

—Quiero ir al Cielo.

—Pues entonces, ¿hasta que nos veamos allá!

Carlos dejó caer la cabeza sobre la almohada, cerró los ojos, permaneció inmóvil y se durmió en el Señor.

* * *

Otro hecho. En 1849, un domingo, después de la fiesta de Todos los Santos, terminado en la capilla el Ejercicio de la Buena Muerte, Don Bosco hizo ir a los jóvenes internos y externos del Oratorio, en número de cerca de seiscientos cincuenta, a visitar el camposanto para rezar por la paz de los pobres difuntos, prometiendo obsequiarlos con castañas cuando volviesen a Valdocco. Mamá Margarita había comprado tres sacos; pero creía que sólo se trataba de premiar a unos pocos jóvenes, por lo cual sólo hizo cocer una parte. El Santo creyó que su madre las habría preparado todas, y así, llenaba la gorra de los que se la presentaban; pero Buzzetti, viendo que daba con exceso, se lo advirtió. Don Bosco, pesaroso de tener que disminuir la ración, respondió tranquilamente:

—Continuemos dando a cada cual su parte mientras haya.

Buzzetti empezó a desconcertarse cuando vio que Don Bosco introducía el cucharón y lo sacaba tan colmado, que las castañas se caían, mientras la cantidad que había en el cesto no parecía disminuir. Cerca de *cuatrocientos* jóvenes participaron de las castañas multiplicadas milagrosamente y cuando Buzzetti devolvió el cesto a la cocina, vio que aún

quedaba una porción, la de Don Bosco, como si la Santísima Virgen le hubiese reservado aquella parte.

La noticia del prodigio, ya durante la distribución, se propagó aun a los chicos más apartados de allí y cuando el último de los muchachos recibió su parte, se oyó un solo grito:

—¡Don Bosco es un santo! ¡Don Bosco es un santo!

Él les impuso silencio; pero le costó gran trabajo hacer cesar aquellas voces, mientras por todas partes le estrechaban.

En memoria de este hecho, Don Bosco quiso que, según se acostumbraba en el Piamonte, se distribuyesen castañas hervidas o tostadas la tarde de Todos los Santos a los jóvenes del Oratorio. Y la costumbre pasó después, en memoria del hecho, a todas las casas salesianas.

No menos maravillosa era la actividad del Siervo de Dios. Como complemento de la escuela de Moral, acostumbraba celebrar en Valdocco otra reunión semanal para estudiar los medios de procurar mejor la santificación de los jóvenes y para que recíprocamente se ayudaran a vencer las dificultades que suscitaba el enemigo del bien. Aquellas reuniones eran como el preludio de la Sociedad Salesiana.

* * *

Mas esto no bastaba. Habiendo sido cerrado el Seminario a causa de la guerra y como el Arzobispo, perseguido y obligado a ausentarse de Turín, hubiera recomendado sus clérigos a Don Bosco antes de marchar a Suiza, él decidió darles asilo en el mismo Oratorio. Así, pues, desde 1848 casi se convirtió en el Seminario de la Archidiócesis y del Piamonte; y aún puede decirse que así continuó por veinte años, porque, como veremos, gran número de jóvenes, recogidos, mantenidos, instruidos en la lengua latina, vestidos de clérigos y enviados a clase a los profesores del Seminario, fueron devueltos ya sacerdotes a sus respectivas diócesis por el celo

y a costa de Don Bosco. Él mismo, mientras le fue posible, les dio clase de Geografía aplicada a los Santos Lugares para la mejor inteligencia de la Sagrada Escritura. Abrió de nuevo, con la aprobación de Monseñor Franson y la ayuda del párroco de la Anunciación, teólogo Luis Fantini, el Oratorio de Vanchiglia, cerrado por la guerra, denominándolo del Ángel Custodio.

Finalmente, el año 1849 cerrábase con otra espléndida prueba de su celo por la eterna salvación de la juventud.

CAPÍTULO XXI

No política, sino sociología práctica

Los frutos abundantes de los Ejercicios Espirituales que en años precedentes se habían obtenido, le aconsejaron proporcionar este bien a todos los jóvenes de los tres Oratorios, y aun a toda la juventud de Turín. Distribuyó con este fin un "Sagrado aviso", en número de mil quinientos ejemplares.

Desde el principio, que tuvo lugar en la tarde del 22 de diciembre, la iglesia de la Misericordia, o de los Mercaderes, se llenó de jóvenes, casi todos artesanos. Los predicadores, escogidos por Don Bosco, eran cuatro y de los más adecuados a la juventud. Fueron éstos el canónigo Borsarelli, el teólogo Borel, el sacerdote Pedro Ponte y el canónigo Lorenzo Gastaldi. Los Ejercicios duraron siete días y tuvieron un feliz resultado. La mañana de la conclusión, la Comunión fue numerosa, devota y solemne. Don Bosco distribuyó a todos los participantes un folleto, como recuerdo, titulado: *Aviso de un amigo de la juventud, según las necesidades de los tiempos.*

* * *

La Obra de los Oratorios triunfaba. Mucho se hablaba de ella en la ciudad y, pasados los primeros recelos, la opinión pública le fue favorable; el Gobierno tuvo que interesarse por ellos, movido por la voz pública, las relaciones particulares y aun por el voto del mismo Senado. Una persona be-

névola, el señor Volpato, emparentado con la casa Gastaldi, que ocupaba un puesto eminente en el Estado, había aconsejado a Don Bosco que pusiera su obra bajo la protección del Gobierno. A Don Bosco no le pareció bien; pero aquel señor, a escondidas y por iniciativa propia, por medio de la Alta Cámara, presentó una petición al Ministerio del Interior con el fin de obtener una subvención. El Senado, antes de tomar una resolución sobre el asunto, nombró una comisión con encargo de hacer una visita al Oratorio e informarse. La comisión estaba compuesta de tres Senadores: el Conde Federico Sclopis, el Marqués Ignacio Pallavicini y el Conde Luis de Collegno, los cuales, para cumplir el encargo recibido, fueron a Valdocco un día de fiesta, en enero de 1850, sin previo aviso.

Eran cerca de las dos de la tarde; sobre unos quinientos muchachos se encontraban en lo más animado del recreo, ofreciendo un espectáculo por demás interesante. Al mirar una turba como aquella de jóvenes divertirse con tanto ardor y tan bien asistidos, dichos señores se quedaron muy maravillados.

Don Bosco, que se encontraba en un círculo de jóvenes, al ver a aquellos señores, dirigióse hacia ellos y después de los primeros cumplidos y de saber que eran enviados por el Senado, los invitó a acomodarse en una pobre salita, donde les dio las noticias que deseaban, exponiendo brevemente el fin de la Obra.

Los comisionados admiráronse más aún al oír que se habían abierto ya otros dos Oratorios con el mismo número de jóvenes aproximadamente, y prodigaron grandes alabanzas al Siervo de Dios.

En aquellos momentos llamó a la puerta un jovencito de doce años para dar un recado a Don Bosco. Agradó al señor Sclopis la confianza e ingenuidad del niño; lo interrogó y supo que era huérfano de padre y que tenía a su madre en la cárcel. Todos se enternecieron. Después de un instante de silencio, reanudó la conversación el señor Sclopis y averiguó

que Don Bosco, además del Oratorio Festivo, había también abierto un asilo de beneficencia. La conversación recayó sobre los medios con que contaba Don Bosco para hacer frente a los consiguientes gastos de estas instituciones, que no debían de ser escasos. Él contestó sencillamente que contaba con la Providencia divina. Después la comisión visitó la casa y las clases de Catecismo, y asistió a la función religiosa, quedando todos grandemente satisfechos.

El 1 de marzo se presentó a discusión en el Senado la petición de Don Bosco, y el Marqués Ignacio Pallavicini hizo una entusiasta relación de la obra, que obtuvo la aprobación de la asamblea, con el acuerdo de remitir la solicitud al Ministerio del Interior para que se subvencionase el nuevo Instituto. Desde aquel día el Oratorio, con el asilo anejo, fueron subvencionados por el Gobierno.

* * *

Pero si el Siervo de Dios tuvo motivos para alegrarse del buen éxito que esta discusión había logrado en el Senado, otras noticias le llenaron de pesadumbre.

Monseñor Fransoni había vuelto a Turín, pero fue mal recibido por los enemigos de la Religión, los cuales a toda costa querían que se alejase.

En efecto, apenas se aprobó en el Senado la ley de supresión de la inmunidad eclesiástica, durante varios días una turba de patriotas exaltados, pagados por el Gobierno, y de jovenzuelos instigados y subvencionados por los agitadores, recorría las calles de la ciudad lanzando imprecaciones contra el Clero y vitoreando a los corifeos. Lo peor de aquella algazara iba dirigido contra el palacio arzobispal, donde vociferaban:

—¡Abajo el Arzobispo, abajo la curia, abajo el Delegado Pontificio!

Rompieron a pedradas muchos vidrios e intentaron forzar la puerta principal. Firme en el cumplimiento de su deber,

Monseñor Fransoni mandó imprimir una pastoral reservada, en que daba al Clero las normas de conducta que debía observar después de la aprobación de la ley. La policía, que tuvo noticia de ella, la secuestró, y no mucho después fue citado el Arzobispo para comparecer ante el tribunal civil a dar cuenta de su conducta. Respondió el prelado que había pedido licencia al Papa para presentarse, y si se la daba, comparecería. Pero los jueces no le admitieron esta respuesta condicional y le condenaron, ausente como estaba, a quinientas liras de multa y a un mes de cárcel; y el 4 de mayo, día sagrado en Turín, dedicado a la Sábana Santa, Monseñor fue conducido preso a la prisión.

Es indescriptible la pena que experimentaron por este hecho los buenos católicos. Don Bosco, entre los primeros, fue a ver al venerable prisionero y dispuso además que varias comisiones de sus jóvenes fuesen a visitarlo por turno y a consolarlo; y apenas "La Armonía" invitó a los católicos a una suscripción para ofrecer en homenaje al invicto sucesor de San Máximo un rico báculo, el nombre del "sacerdote Juan Bosco" figuró en la primera lista de los donantes con la cuota de *cinco liras*, suma entonces no despreciable.

El 2 de junio Monseñor Fransoni fue puesto en libertad; pero no se forjó ilusiones para lo por venir, pues dijo:

—¡Otra vez, me llevarán a Fenestrelle! (1).

Y así fue.

* * *

A fines de julio cayó gravemente enfermo el caballero Derossi de Santarosa, ministro de Agricultura y Comercio, que había votado la ley Siccardi e incurrido por ello en excomunión. El párroco de los Servitas, Padre Bonfiglio Pittavino, a cuya jurisdicción pertenecía Santarosa, le pidió una re-

(1) Fortaleza de los Alpes y presidio.

tractación antes de sacramentarlo. El enfermo accedió solamente en los últimos momentos; por eso no hubo tiempo de llevarle el Viático. Parientes, amigos, senadores, diputados, periodistas y gente vocinglera clamaron contra la intolerancia del Párroco y del Arzobispo; y mientras una multitud de manifestantes asaltaban el convento de los Servitas, el Conde Ponza de San Martino, junto con el general Alfonso La Mármora, ministro de la Guerra, fue a ver al Arzobispo para exigirle la renuncia del cargo en nombre del Gobierno.

—¡Me tendría por un vil —respondió Monseñor Franson— si en momentos tan críticos como éstos para la Religión renunciase al gobierno de la diócesis!

Al día siguiente los Servitas eran expulsados de su convento y el Arzobispo conducido a la fortaleza de Fenestrelle.

En los días posteriores se registraba la casa de los Oblatos en la Consolación con el pretexto de que eran cómplices del Arzobispo y enemigos del Estado. En esta ocasión —refiere el teólogo Reviglio— Don Bosco no dejó ociosa la pluma, sino que escribió en defensa de las Órdenes Religiosas; y merced a la influencia de que gozaba con algunos personajes, pudo impedir la expulsión de los Oblatos.

Pero mientras defendía a otros, debía pensar en sí mismo, porque siendo conocido como decidido defensor de los derechos de la Iglesia, era el blanco de las iras de las mesnadas anticlericales, que presentándolo como enemigo de las nuevas instituciones, fanático educador de santurriones y cómplice del Arzobispo en conjuras reaccionarias, habían determinado que el 14 de agosto, por la tarde, la consabida legión de facinerosos fuese a Valdocco para hacer una odiosa manifestación ante el Asilo de San Francisco de Sales.

El señor Volpato, el mismo que había presentado al Senado la solicitud de una subvención para la Obra de Don Bosco, se dio prisa en avisar al Siervo de Dios de lo que ocurría, para que se alejase; pero él llamó a su madre y le dijo que le preparase la cena, resuelto a no moverse de Turín.

Pero ni aquel día ni el siguiente nadie se presentó. ¿Qué

había ocurrido? La canalla, después de haber escandalizado contra los Oblatos, se disponía a bajar a Valdocco, cuando uno de los manifestantes, que conocía a Don Bosco, de quien había recibido beneficios, se subió a un carro y habló con tanto calor en favor del Oratorio, que la tumultuosa muchedumbre cambió de dirección y marchó a desfogarse contra los Dominicos y los Barnabitas.

Además, justamente en aquellos días, el Gobierno, que se había apoderado del mobiliario del convento de los Servitas, envió una parte de él al Oratorio. Don Bosco lo recibió y al punto avisó al Padre Pittavino, que se había refugiado en Saluzzo, para que mandara retirar lo que era de su pertenencia. Los Servitas, de esta manera, recobraron lo suyo y Don Bosco evitó ese hurto legal.

El Conde Camilo Cavour favorecía entonces mucho a Don Bosco, y no sólo iba con frecuencia a visitarlo, sino que le rogaba que de cuando en cuando fuese a su casa a almorzar o cenar. Por eso algunas veces, teniendo que tratar cosas de importancia con Cavour, éste no quería hablar de ello sino durante la comida, y entonces le concedía cuanto solicitaba.

Varias veces hemos pensado qué cosas de importancia podía pedir Don Bosco al Conde Camilo de Cavour. Probablemente, que patrocinase la causa de los Servitas, Oblatos y demás religiosos y aun que intentase aliviar la reclusión del Arzobispo.

En el entretanto, por orden de Máximo D'Azeglio, sin pruebas y sin proceso, Monseñor Franson era condenado al destierro. El ilustre campeón de la Iglesia escogió para su morada la ciudad de Lyon, donde le presentaron el magnífico báculo, regalo de los subalpinos. Desde allí continuó gobernando la archidiócesis hasta su muerte.

* * *

Aun en medio de estos dolorosos acontecimientos, la actividad de Don Bosco era siempre maravillosa. El 13 de mayo asistió a la función inaugural de la primera Conferencia de San Vicente de Paúl, fundada en Turín según el modelo de las instituidas en Francia por Ozanam en 1833. Asistió por muchos años a las asambleas generales de esta institución, en que era recibido siempre como venerado protector.

Para impedir, además, que los jóvenes se inscribiesen en sociedades peligrosas, fundadas entonces por la masonería, como lo era la llamada "Sociedad de los obreros", organizó una entre ellos, que tuviera por objeto el bienestar temporal, sin prescindir del provecho espiritual de sus inscritos. Por eso impuso a éstos la condición de pertenecer a la Compañía de San Luis. Así nació la "Sociedad de socorros mutuos", inaugurada en la capilla el 1 de julio de 1850, que fue como la primera semilla de aquellas otras innumerables "Sociedades" o "Uniones de Obreros Católicos" que después florecieron en Italia.

La nueva sociedad despertó las iras de los corruptores del pueblo, ansiosos de disponer de éste en todo momento. Escribe José Brosio que a él le ofrecieron seiscientas liras y un lucrativo empleo si se separaba del Oratorio y retiraba de él a aquellos de sus compañeros sobre los que ejercía mayor influencia; pero él rechazó despreciativamente tal propuesta.

El amor al Vicario de Jesucristo, que siempre ardió vivamente en su alma, apareció entonces como una de las características de su vida. En 1849 se fundó la Obra del "Óbolo de San Pedro" para aliviar la pobreza de Pío IX, desterrado en Gaeta. En aquella ocasión, invitados por Don Bosco, los chicos del Oratorio, considerando como una gran dicha dar pruebas de veneración al Jefe de la Iglesia, se privaron

aun de lo necesario e hicieron una colecta que alcanzó la suma de treinta y tres liras.

En el ánimo del angelical Pontífice despertó dulce consuelo esta afectuosa y sencilla oferta. No contento con haber hecho saber al Santo y "a cada uno de sus jóvenes alumnos" su agradecimiento con la Bendición Apostólica y de haber hablado de ello varias veces con gran complacencia al comunicárselo a varios personajes que habían ido a cumplimentarlo; llamó al Emmo. Cardenal Santiago Antonelli, tomó las treinta y tres liras, añadióles otras y le ordenó que comprase con aquel dinero el número de rosarios a que alcanzase la suma. El encargo se cumplió, y sesenta docenas, en dos grandes paquetes, se enviaron a Don Bosco.

El preciosísimo regalo se distribuyó el domingo, 21 de julio. Todos los jóvenes de los tres Oratorios fueron invitados a Valdocco, cuya humilde capilla estaba adornada como de fiesta. Después de una plática apropiada y de la Bendición con el Santísimo Sacramento, desfilaron por delante del altar los jóvenes para recibir del canónigo Ortalda el rosario. A causa del extraordinario número de los que habían acudido, los rosarios enviados por el Papa no bastaron, y fue necesario adquirir en Turín varios centenares más y distribuirlos con los otros para dejar a todos contentos.

* * *

En la primera quincena de septiembre el Siervo de Dios llevó a pasar una semana de retiro espiritual en el pequeño Seminario de Giaveno a unos cien jóvenes, a quienes obsequió después con una amenísima jira hasta la Sagra de San Miguel.

El 16 del mismo mes fue por segunda vez a Stresa. Lleábanlo allí no sólo su amistad con el abate Rosmini, sino también el deseo de conocer mejor el Reglamento y el método disciplinario de la casa madre del Instituto de la Caridad, atento como estaba él a dar también principio a una Sociedad

religiosa. A pesar de las luces que recibía del Cielo, nunca descuidó ninguno de los recursos humanos ni dejó de estar atento al movimiento pedagógico y social. También visitó las Escuelas de Brescia y Bérgamo. Durante el viaje hizo una visita a Alejandro Manzoni, que veraneaba en Lesa. Le acompañó el marqués Arconati, su amigo y bienhechor, a quien encontró en Arona. Se desayunaron con el grande escritor.

En Stresa fue recibido con mil agasajos por Rosmini y sus religiosos. Permaneció con ellos varios días y tuvo largas entrevistas con el filósofo, quien, como veremos, en los desig-nios de la Divina Providencia debía ser uno de sus primeros bienhechores.

Antes de cerrarse el otoño de 1850, llevó consigo para el Oratorio al jovencito Juan Cagliero, paisano suyo.

Hacia fines del mismo año de 1850 marchó a Milán a pre-dicar el Jubileo extraordinario publicado por el Sumo Pontí-fice Pío IX, para reparar los males causados por los odios, las guerras y las rebeliones. Lo había invitado don Serafin Allievi, Director del Oratorio de San Luis en Milán, de acuer-do con el Arzobispo Monseñor Romilli y con el párroco de San Simpliciano, iglesia parroquial del Oratorio de San Luis.

Los tiempos que corrían eran muy difíciles. Aires revo-lucionarios caldeaban la atmósfera. Milán, después de sus famosas jornadas (1) parecía asentada sobre un volcán toda-vía en ignición. La policía vigilaba también al Clero y a sus predicadores. Los párrocos vacilaban en dar principio a las misiones de preparación para ganar el Jubileo, y no había quien se arriesgara a subir al púlpito. El párroco de San Simpliciano manifestó a Don Bosco que antes de dar co-mienzo a la Misión debía hablar con el Arzobispo. Éste no negó el permiso, pero declaró que no aceptaba ninguna res-ponsabilidad.

(1) Semana de agitación política y populachera con derramamiento de mucha sangre.

—Predicaré —respondió Don Bosco— como se acostum-braba hacerlo cincuenta años ha.

Comenzó a predicar en San Simpliciano. Desde el primer sermón acudió la multitud con una curiosidad y ansiedad tales, que no pueden describirse. En medio de aquella fiebre revolucionaria parecía imposible que nadie pudiera manifes-tarse indiferente en política. Con franqueza y afecto, Don Bosco invitaba a los pecadores a la penitencia. Lo que hacía relación a la reforma de las costumbres lo decía sin rodeos, sin consideración a nadie; pero no hizo alusión alguna a las cuestiones políticas. Ninguna de las autoridades tuvo que hacerle la menor observación, porque los oyentes no encon-traron en sus palabras más que puntos de meditación sobre los novísimos e instrucciones acerca del modo de confesar y comulgar.

* * *

Del mismo modo predicó los Ejercicios Espirituales en el Oratorio de San Luis. Después lo invitaron a predicar en va-rias iglesias y hubo ocasión en que predicó hasta cinco ser-mones en un mismo día. En todas partes era grandísimo el número de los que iban a confesarse con él.

Una tarde, cuando se dirigía al confesonario, ya rodeado de muchos penitentes, un joven lo asió por la sotana, lo llevó a un banco en medio de la iglesia, diciéndole que lo con-fesase allí. Don Bosco se sentó y el otro arrodillándose hizo su confesión. Acabada ésta, el penitente le dijo:

—Usted confiesa del mismo modo y con las mismas pa-labras que un sacerdote con quien yo me confesaba en Turín hace años.

—¿Y si el sacerdote de aquí fuese el mismo sacerdote de allá? —le replicó Don Bosco.

El joven lo reconoció y experimentó grandísimo consuelo en volver a ver al Siervo de Dios.

En 1851 se cumplía, con los mejores auspicios, el primer decenio de la fundación de la Obra de los Oratorios. Refiere

el profesor Rayneri que en aquel año Don Bosco había organizado una tómbola; los premios fueron muchos, y así, muchos también los que quedaron contentos. Por último, Don Bosco, desde el balcón, arrojó caramelos a diestra y siniestra; de modo que muchos se endulzaron la boca. Los "vivas" llegaron hasta las nubes. Bajó Don Bosco del balcón, lo tomaron y lo levantaron en triunfo. Entonces un joven estudiante clérigo dijo:

—¡Oh, Don Bosco, si yo pudiese ver todas las partes del mundo y en cada una muchos Oratorios!

Don Bosco dirigió en torno suyo una mirada dulce y majestuosa y respondió:

—¡Quién sabe si *vendrá el día en que los hijos del Oratorio se extiendan por todo el mundo!*

El 2 de febrero, al celebrarse la fiesta de San Francisco de Sales, los jóvenes José Buzzetti, Félix Reviglio, Santiago Bellia y Carlos Gastini vistieron la sotana. Celebró la función el teólogo de la Metropolitana, don José Artalda, el cual, comentando el texto del Evangelio de aquel día, *Pósitus est hic in resurrectionem et in ruinam multorum*, explicó a los nuevos clérigos cuál debía ser su nueva misión si correspondían a la gracia recibida. En catorce meses los había preparado Don Bosco para el examen de admisión al curso de Filosofía en el Seminario Metropolitano.

El 19 de febrero señalóse con otro paso importante: la adquisición de la casa Pinardi. Cansado éste de los continuos alborotos y riñas que ocurrían en la vecina casa "Bellezza" se decidió a vender la suya propia a Don Bosco por treinta mil liras. Pero, ¿dónde encontrar esta cantidad?

En su último viaje a Stresa, Don Bosco había tratado con el abate Rosmini sobre la conveniencia de abrir una casa del Instituto de Caridad junto al Oratorio para ayudarse recíprocamente. Con tal objeto ya había comprado un terreno, en el cual se edificó después en gran parte el Santuario de María Auxiliadora. En esa ocasión Don Bosco obtuvo en préstamo del abate Rosmini veinte mil liras. Pero veinte mil

liras no eran treinta mil; para las diez mil que faltaban el Siervo de Dios se abandonó a la Divina Providencia.

El domingo siguiente fue al Oratorio Don Cafasso. No era costumbre de éste ir allí en día festivo; pero el santo sacerdote no había querido retardar el cumplimiento de un encargo que había recibido para Don Bosco. La Condesa Casazza-Riccardi le había encargado que entregase a Don Bosco diez mil liras, que debían emplearse en lo que juzgase mejor para la gloria de Dios.

No pudieron ambos dejar de ver en este hecho el dedo de Dios. Grande fue también la maravilla del propietario cuando, apenas transcurrida una semana de empeñada la palabra, vio aparecer a Don Bosco para extender el contrato.

Aún hacían falta tres mil quinientas liras para otros gastos accesorios, y las facilitó el generoso señor José Cotta, en cuya casa de banca se otorgó el correspondiente contrato.

En un siglo materialista y crematístico como el XIX, suscitaba Dios un hombre que, sin nombre y sin medios en el mundo de los negocios, debía desarrollar sus obras con proporciones colosales, manejando ingentes sumas, de caritativa procedencia y empleadas enteramente en la gloria de Dios y en la salvación de las almas.

CAPÍTULO XXII

La primera iglesia. Progresos del Internado

Había transcurrido próximamente un mes desde que Don Bosco había adquirido la casa de Pinardi, cuando dijo a su madre:

—Ahora deseo que levantemos una hermosa iglesia *en honor de San Francisco de Sales*.

—Pero, ¿de dónde vas a sacar los fondos? —le preguntó la buena de Margarita—. Ya sabes que de lo nuestro no queda nada; todo se ha gastado en proporcionar comida y vestido a estos pobres chicos; de modo que antes de comprometerte en los gastos de esa obra, piénsalo bien y repiénsalo y entiéndete con el Señor.

—Justamente. Lo haremos así. Si usted tuviese dinero, ¿me lo daría?

—Ya puedes imaginarte con cuánto gusto te lo daría.

—Pues bien —acabó diciendo el hijo—, Dios, que es más bueno y más generoso que nosotros, tiene dinero para todo el mundo, y para una obra que ha de servir para su mayor gloria espero que nos lo mandará a su tiempo y en el lugar debido.

Con esta confianza inició tratos con el arquitecto Blanchier para el plano, y con el contratista Federico Bocca para la construcción. Después fue al Santuario de la Virgen de Oropa a fin de invocar a la Santísima Madre de Dios con toda la efusión de su alma, seguro de su maternal ayuda.

Durante los trabajos, al oír que los albañiles blasfema-

ban, no cejó hasta que le prometieron corregirse de aquel feo vicio, aun mediante la oferta de algún que otro vaso de vino. Por más de un año Margarita les traía cada sábado un barrilito de vino, que se vaciaba en honor de “el Santo Nombre de Dios”.

Pasaron los meses y Don Bosco no cesaba de escribir cartas solicitando donativos; entre otras alentadoras contestaciones merecen citarse las de los Obispos de Mondoví, Fosano, Alba, Acqui, Saluzzo, Susa y Vigevano.

El Obispo de Biella, al saber que de seiscientos y más jóvenes que frecuentaban el Oratorio “más de un tercio, esto es, más de doscientos” eran bieleses, hizo circular una invitación a todos los párrocos de la diócesis y obtuvo mil liras.

Don Bosco recurrió también al Rey, del cual obtuvo dos veces la cantidad de once mil liras, con frases muy expresivas y laudatorias para el Oratorio.

Se fijó el 20 de julio para colocar la primera piedra. Los jóvenes del Oratorio, como otras tantas trompetas, esparcieron la noticia por la ciudad, de modo que acudió tanta gente al acto cual nunca se había visto en aquellos sitios.

La bendición de la piedra, en ausencia de Monseñor Franson, la efectuó el canónigo Antonio Moreno, Ecónomo General. El banquero José Cotta, grande amigo de los pobres e insigne bienhechor de Don Bosco, la colocó, y el alcalde de Turín, G. Bellono, echó la primera paletada de mortero.

En aquella ocasión el célebre Padre Barrera, religioso de las Escuelas Pías, conmovido a la vista de aquella gran masa de pueblo presente y edificado ante el número de sacerdotes, patricios y señoras de Turín que le rodeaban, subió a un montículo que formaba el terreno, improvisó un elocuente discurso y predijo un gran porvenir a la obra de los Oratorios.

Entrada ya la noche y habiendo quedado Don Bosco solo con los alumnos internos, a los que la construcción de aquella iglesia parecía la obra más grande allí posible, al manifestarle éstos su maravilla por la construcción de aquella igle-

sia, él les contestó con tanta seguridad como si para ello tuviese tesoros reservados.

—¡Oh, esto no es nada —les dijo—, ya veréis lo que se va a construir aquí... delante, en derredor!...

Después de un mes, el nuevo edificio se levantaba ya algunos metros sobre el terreno. El Santo, viendo agotados sus fondos, no obstante las limosnas recogidas, pensó organizar otra tómbola. Formó una comisión de señores y señoras de diversa condición social, entre los cuales se destacaban el teólogo Anglesio, Director de la "Pequeña Casa de la Divina Providencia", y la Marquesa María De Maistre Fassati, dama de S. M. la Reina María Adelaida. Estos, el 20 de diciembre publicaron una circular en demanda de objetos para la tómbola.

Una inocente frase de dicha circular dio motivo a algunos ayudantes de Don Bosco para suscitar descontento entre los catequistas. José Brosio tomó la defensa de Don Bosco, pero no se le escuchó y se declaró el cisma. Los disidentes renovaron las malas artes de 1849: nada de prácticas de religión, sino comidas, meriendas, paseos, diversiones y murmuraciones implacables contra la inalterable tranquilidad de Don Bosco. ¡Todavía no conocían la fuente de su firmeza!

Pero en defensa del Santo salió con toda su autoridad Monseñor Fransoni. En su destierro le habían informado de esta lucha indigna; y primeramente alentó a Don Bosco; y para preservarlo de ulteriores ataques, lo hizo después, por decreto oportuno, jefe de todos los Oratorios que había fundado. No podían experimentar sus adversarios una derrota más completa. El autor del cisma no volvió más al Oratorio, aunque había trabajado en él con gran celo y con grandes sacrificios; pero los catequistas, uno después de otro, volvieron al lado del Siervo de Dios y permanecieron decididos amigos suyos toda la vida.

El año siguiente se vio volar con tremenda explosión el polvorín. A la primera explosión hallábase Don Bosco en una sala del convento de Santo Domingo, en donde había logrado

exponer tres mil objetos recogidos para la mencionada tómbola. Al oírse el estruendo, que había sacudido todos los edificios, salió a la calle para enterarse de lo ocurrido; en aquel momento se oyó el segundo estampido y un instante después cayó un saco de arena de lo alto, que por poco aplasta al Siervo de Dios. No tardó éste en comprender la magnitud de la catástrofe. Recordó que el polvorín estaba del Oratorio poco más de quinientos metros y al punto se dirigió allí temiendo que hubiese ocurrido una gran desgracia; pero lo encontró vacío, pues sus asilados habían huído sanos y salvos a los campos inmediatos. Entonces, sin pérdida de tiempo y sin cuidarse del peligro, voló al lugar del desastre.

En el camino encontró a su madre, que intentó detenerlo, mas en vano.

Llegó Carlos Tomatis, y Don Bosco le dijo:

—Vuelve atrás, ve en busca de las monjas, que corren por las calles y plazas cercanas a sus conventos y condúcelas a la Plaza del Pueblo. Allí hay un ómnibus que las transportará a Moncalieri a casa de la Marquesa Barolo.

Tomatis corrió a ejecutar la orden recibida y nunca llegó a comprender cómo Don Bosco, sin previo aviso, había tenido noticia de las disposiciones tomadas por la Marquesa en aquel trance.

Al llegar al sitio de la catástrofe, a duras penas pudo abrirse paso entre las inmensas ruinas del edificio; pero tuvo el consuelo de dar la absolución a un pobre obrero moribundo. Como había necesidad urgente de llevar agua para impedir que el fuego se propagase a los toldos que cubrían gran número de barriles de pólvora, no encontrándose allí ningún recipiente, entregó su sombrero a un heroico soldado, llamado Sacchi. Éste tomó el sombrero y se sirvió de él, como mejor pudo, hasta que llegaron los baldes y las bombas.

Los daños ocasionados por la explosión fueron inmensos; las casas de las inmediaciones hubo que demolerlas. En tan extraordinario siniestro, fue visible la protección del Cielo

en la próxima Casa de la Divina Providencia y en el Oratorio de Valdocco, que no sufrieron daño alguno.

Después de las dos mencionadas explosiones, al anunciarse una tercera como inminente, muchos fugitivos se reunieron en el campo comprado por Don Bosco junto al Oratorio, casi enfrente de la iglesia en construcción; allí se hicieron excelentes reflexiones sobre el poder, la justicia y la misericordia de Dios y se exteriorizaba una fe extraordinaria en el valioso patrocinio de la Virgen, rezando el Santo Rosario y entonando sagrados cánticos. Era aquél el campo en que hoy se levanta majestuoso el Santuario de María Auxiliadora, al cual continúan yendo de todas partes los afligidos y atribulados para recibir ayuda y consuelo.

Cuando volvió del lugar del desastre, Don Bosco acogió en su casa a numerosos grupos de otros Institutos que, llenos de terror, habían acudido a él. Ya puesto el Sol, llamó a los refugiados, temerosos de que el desastre se repitiera aquella noche, y cuando los hubo exhortado a ser buenos y entregarse a la bondad del Señor, tranquilamente se marcharon a descansar.

* * *

Hay un hecho en esta catástrofe que tiene el sello de lo extraordinario; y fue que un año antes el piadoso jovencito Gabriel Fassio, alumno del Oratorio, estando en trance de muerte, predijo el desastre, que él llamó un "horrible terremoto", precisamente el 26 de abril de 1852, y aconsejó que se rogase a San Luis para que protegiese al Oratorio; de aquí proviene la costumbre, que aún dura en las casas salesianas, de encomendarse a San Luis, con la invocación: *Ab omni malo, libera nos, Dómine*. (De todo mal, libranos, Señor.)

En memoria de la gracia, Don Bosco hizo imprimir cinco mil ejemplares de una estampa que sirviera de recuerdo; y no contento aún, quiso testimoniar su gratitud con un acto de singular generosidad cediendo en favor del Hospital de

Cottolengo la mitad del provecho que obtuvo de la tómbola.

Esta resultó una verdadera demostración de caridad, en la cual señalaronse el Sumo Pontífice Pío IX, el rey Víctor Manuel, las reinas María Teresa y Adelaida, el Duque y la Duquesa de Génova, y, en general, toda la Corte y la Nobleza de Turín. El Gobierno favoreció también la piadosa empresa.

Por esta causa, los trabajos se llevaron con tanta rapidez, que en el mes de junio la iglesia estaba terminada. El doctor Francisco Vallauri, su consorte y su caritativo hijo don Pedro costearon el altar mayor. El comendador José Dupré pagó el decorado de la capilla que está a la izquierda, dedicada a San Luis Gonzaga, y su altar de mármol. Los nobles esposos, Marqueses Domingo y María Fassati, tomaron a su cargo los gastos de construcción de la otra capilla en honor de la Santísima Virgen, adornándola con una hermosa estatua de la Madre de Dios. San José Cafasso pagó el púlpito, otro bienhechor se encargó del coro y otro costó los candeleros. En fin, si Don Bosco desplegó gran celo, también la piedad ciudadana, o mejor, la Divina Providencia, lo confortó con su valiosísimo apoyo.

La inauguración se efectuó el 20 de junio, tercer domingo de Pentecostés, fiesta de María Santísima Consoladora. Ofició en la ceremonia el Reverendo teólogo don Agustín Cattino, cura de Borgo Dora. El alcalde y su teniente habrían asistido gustosos, si no hubieran debido ir a la "Consolata" en representación del Municipio.

El Siervo de Dios había compuesto una oda de circunsancias, suavísima en su sencillez, la cual, puesta en música, cantáronla los jóvenes repetidas veces "rebosantes de alegría", y predicó por la tarde. La nueva iglesia estaba repleta. También se halló presente una sección de la Guardia Nacional.

Aquella misma tarde, invitados por Don Bosco, acudieron al Oratorio los promovedores de la tómbola, varios miembros del Clero y de la Nobleza de Turín y muchas otras personas que habían tomado parte principal en la construcción de la

nueva iglesia. Después de las funciones sagradas, Don Bosco los reunió en la antigua capilla, donde nobles bienhechores habían provisto lo necesario para un servicio de café y refrescos, y dirigió a todos sentidas frases de gratitud. Aquella fue realmente la primera conferencia que se dio a los Cooperadores Salesianos.

Por la noche hubo fuegos artificiales costeados por el teólogo Chiaves en el campo frente a la puerta del Oratorio y así terminó aquella fausta jornada.

Uno de los domingos siguientes fue a Valdocco el Obispo de Biella, Monseñor Losanna, el cual, desde el púlpito, hizo una magnífica alocución, que concluyó así:

—Pero no es aquí solamente adonde ha sido llamado Don Bosco para construir una iglesia. Allá, cerca de la Avenida del Rey, en la Puerta Nueva, junto a la sinagoga y los templos de los secuaces de Lutero, Calvino y Pedro Valdo, debe levantar otra Don Bosco. ¡Es necesario, Dios lo quiere, Don Bosco lo hará!...

Como veremos, fue profeta.

* * *

Pocos días después de la bendición de la iglesia, el Siervo de Dios emprendió la construcción de un nuevo edificio para Internado.

—¡Después de haber procurado una casa al Señor, es necesario preparar otra para sus hijos! —iba diciendo.

La nueva construcción debía ocupar el espacio de la antigua casa Pinardi.

El proyecto no tenía grandes ambiciones. Especialmente su balcón era muy modesto. Alguien se lo criticó, recibiendo esta respuesta:

—Contentémonos con poco; dejemos lo lujoso y seremos mejor vistos y ayudados por la Divina Providencia.

Y dijo más; añadió que la nueva casa, precisamente porque era estrecha y pobre, sería respetada por las autoridades

civiles y militares, y así los educandos no serían dispersados. Años después, el 59, cuando las autoridades militares buscaban edificios para alojar soldados heridos pusieron los ojos en el Oratorio, mas al ver lo estrecho de los corredores, lo dejaron en paz.

Los trabajos adelantaban bastante cuando, el 20 de noviembre, un trozo de la parte de Levante se vino a tierra desde un tercer piso por la rotura de una viga. Grandes fueron la consternación y el espanto de todos. Don Bosco, si bien en la angustia de aquellos momentos experimentaba vivo dolor por la suerte de tres pobres obreros que estaban gravemente heridos, y uno de ellos con pocas esperanzas de vida, alzando los ojos al cielo, repitió aquellas frases que le eran habituales en las circunstancias dolorosas:

—¡Hágase la voluntad de Dios! ¡Todo como Dios quiera!

Y sin lamentarse por el daño ocurrido y para impedir nuevos desperfectos, dispuso que de nuevo se levantase prontamente aquel lienzo de pared.

Una pérdida más grave aún les estaba reservada a él y a las personas caritativas que en nombre de Dios le tendían la mano. Ya estaba el edificio para recibir el tejado, cuando violentos aguaceros obligaron a interrumpir los trabajos. La lluvia continuó cayendo durante varios días y reblandeció el mortero de la obra, quizás mal fraguado, hasta el punto de que los muros quedaron reducidos a un montón de ladrillos y piedras sin trabazón, lo cual fue causa de que en la noche del primero de diciembre, después de algo más de las once, el edificio se viniera abajo con horrible estrépito. Los chicos, llenos de espanto, huyeron al patio, unos a medio vestir y otros envueltos en mantas y sábanas. Don Bosco, que también había resultado ileso, cuando supo que nadie había recibido daño, muy sereno se puso a bromear con los jóvenes a propósito de las grotescas figuras que hacían, del miedo que todos transparentaban y del traje improvisado con que se cubrían y los invitó a dar unas carreras por el patio para calentarse. Su calma contribuyó mucho a tranquilizarlos. Los

condujo después al refectorio y les dijo que el Oratorio ya había sufrido varias persecuciones y traslados forzosos, pero que aún vivía floreciente y progresando, de modo que debían conservar firme su confianza en la Divina Providencia; seguidamente los hizo arrodillar y rezar las Letanías en acción de gracias al Señor y a la Santísima Virgen que tan visiblemente los había protegido. Tranquilizados así, todos volvieron a acostarse.

A las cinco y media de la mañana se derrumba la otra parte del edificio con un estrépito cuádruple que el primero y ocasionando tal sacudida, que la antigua casa trepidó por algunos segundos.

Los que aún se encontraban en la cama se vistieron al punto llenos de espanto; el Santo los reunió en la iglesia y los invitó de nuevo a dar gracias a Dios por haber salido ilesos del nuevo derrumbamiento de modo tan prodigioso y celebró la Santa Misa. Al salir de la iglesia con su acostumbrada sonrisa en los labios, exclamó:

—El demonio ha querido darnos un puntapié; pero estad tranquilos, el Señor es más fuerte que él.

Poco tiempo después, el patio se llenó de gente que acudió a ver el edificio derrumbado. Fue también el alcalde con dos arquitectos del Municipio y alentó a Don Bosco, asegurándole que aquella desgracia no perjudicaría al Oratorio. Los arquitectos practicaron una inspección para averiguar la causa del desastre.

La construcción arruinada hallábase adherida a la casa de Pinardi. Sobre la habitación de Don Bosco inclinábase, de un modo que daba espanto, una gran pilastra del edificio derrumbado, que a causa de la caída de éste se había separado de su base.

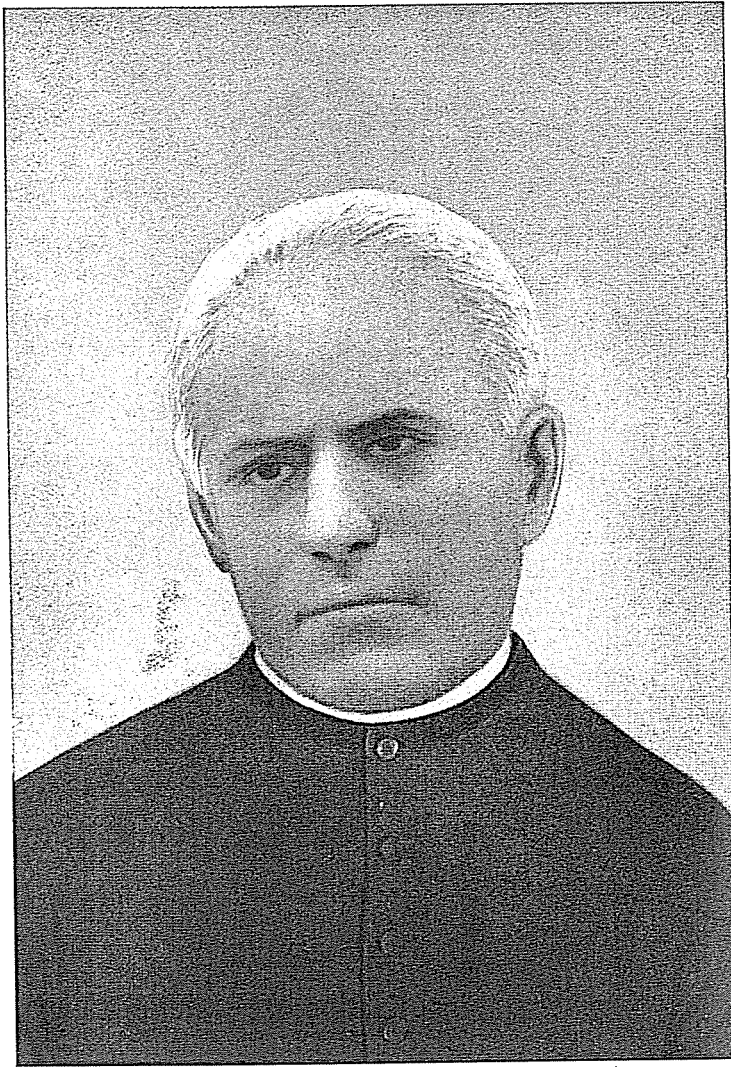
El caballero Gabetti, uno de los arquitectos, lo examinó atentamente y lleno de asombro preguntó a Don Bosco:

—¿Quién dormía la noche pasada en aquel rincón?

—En la parte alta, yo, y en la planta baja, varios jovencitos.



Rvdo. don Antonio Sala. Nació en Olgiate Molgora el año 1836 y murió en Turín el 1895. Fue el primer Ecónomo General. Hombre de gran corazón, los ratos libres que le dejaban sus ocupaciones, los destinaba a consolar a los enfermos del hospital.



Rvdo. don Angel Savio, Licenciado en Sagrada Teología. Nació en Ramello (Castelnuovo) en 1835, y murió en El Ecuador en 1893. Desde que conoció a Don Bosco se le aficionó. Fue Ecónomo de la Congregación en los tiempos en que se construía la basílica. En 1888 fue a fundar las casas salesianas del Ecuador.

El arquitecto lo asió de un brazo y le dijo:

—Vaya con sus jóvenes a dar gracias a la Virgen, porque tiene motivos de sobra para ello. Esa pilastra está en pie contra todas las leyes del equilibrio; si se hubiese caído, los habría aplastado a todos en la cama. Desafío a todos los arquitectos del mundo a mantener en pie una torre con esa inclinación. ¡Es un verdadero milagro!

Y dio la orden de demolerla; pero, ¿cómo, sin poner en peligro la vida de los obreros? Los albañiles la aseguraron con precaución y desde los andamios la deshicieron poco a poco y así libraron de una completa ruina a la vieja casita.

Pero hacia las ocho, un muro que todavía quedaba en pie se desplomó con un fragor espantoso, arrojando vigas, piedras y ladrillos a varios metros de distancia. Todos quedaron mudos; Don Bosco, por un instante, quedó atónito y lleno de palidez; pero recobrando pronto la calma, dijo sonriendo:

—Hemos jugado al juego de los ladrillos... *Sicut Dómino plácuít!, sit nomen Dómini benedictum!* Aceptemos todo cuanto nos venga de su mano; ¡yo os aseguro que el Señor tendrá muy presente nuestra resignación!

* * *

La caída de la casa, además del daño material, acarreaaba otras muchas perturbaciones; pero la caridad de Don Bosco, siempre industriosa, supo remediarlo todo. Convirtió la antigua capilla en dormitorio; y con la debida prudencia y permisos, trasladó las clases diurnas y nocturnas a la nueva iglesia.

Con la vuelta de la primavera reanudó los trabajos del nuevo edificio. Entre los bienhechores de esta obra señalaronse la Duquesa de Montmorency, el noble Marqués Fassati, con su digna consorte, y el mismo Rey Víctor Manuel. En octubre se terminaba felizmente el nuevo edificio. Con santa decisión se trasladaron allí las escuelas, el refectorio y los

dormitorios. En breve el número de los asilados llegó a setenta y cinco. Entre ellos estaban Miguel Rúa y Juan Cagliero, turinés el primero, de Castelnuovo el segundo. El Siervo de Dios había prometido que nadie recibiría daño; y efectivamente, se cumplió la promesa.

* * *

Alojada la Comunidad, pensó al punto en realizar otro proyecto que desde bastante tiempo atrás tenía ideado: el de abrir, a costa de cualquier sacrificio, los *talleres del Inter-nado* para sustraer a los jóvenes aprendices de los peligros de la calle y de las fábricas. Compró con este objeto las mesillas y herramientas necesarias y *abrió el taller-escuela de zapatería* en un corredorcito de la casa Pinardi, cerca del campanario de la iglesia. Al mismo tiempo, por haber sido trasladada la cocina al nuevo edificio, instalaba en la antigua una *escuela de sastrería*. El crucifijo y la Virgen tomaron posesión de aquellas humildes escuelas profesionales, que pronto demostraron la gran ventaja espiritual, moral y material que habían de reportar a los alumnos.

Don Bosco fue el primer maestro; y a medida que le fue posible, fue abriendo nuevos talleres.

Así quedaban, modesta, pero definitivamente encaminadas las *Escuelas Profesionales* para capataces y obreros, que tanta importancia habían de tener en lo venidero. Don Bosco veía que tras la cuestión política, laicizante y secularizadora avanzaba la cuestión social, que el liberalismo, ciego, no veía y más bien fomentaba; y corrió en auxilio de los hijos del pueblo para sustraerlos de la seducción y prepararlos cristianamente a las nuevas exigencias del tiempo. Era lo que debía hacerse, y ojalá se le hubiera secundado!

Al mismo tiempo iba acogiendo niños que se dedicarían a las carreras. Y así, a la *sección de aprendices obreros se añadió la sección de Estudiantes*, bajo el mismo techo y a la

sombra de la iglesia. Nacía así una obra de altísima importancia social: la convivencia de los dos elementos, base y símbolo de lo que ha de ser la armonía de las llamadas clases sociales.

En cuanto al orden y disciplina, *la vida de familia* que se llevaba en la "casa" facilitaba la formación religiosa y moral. Vivían en santa y franca alegría. Reinaba entre todos la más completa confianza y apertura de corazón, de modo que el pastor conocía bien y dirigía convenientemente a todas y a cada una de sus ovejas. Y Mamá Margarita desempeñaba también un papel importantísimo con su prudencia y corazón materno.

Al cabo de pocos años, el número de estudiantes igualó al de los artesanos. Mientras sus ocupaciones se lo permitieron, el Siervo de Dios mismo les dio clase; y cuando no pudo atender a ello, comenzó a enviar a los jóvenes a las escuelas privadas, pero oficialmente reconocidas, del caballero José Bonzanino, profesor del Instituto inferior, y del sacerdote Don Mateo Picco, profesor de Retórica. Estos insignes señores, a cuyas clases concurrían muchos jóvenes de familias distinguidas, aceptaron gustosos y gratis a los alumnos de Don Bosco, haciéndose por ello grandemente beneméritos, porque de sus aulas salieron muy bien instruidos centenares de hijos del pueblo, muchos de los cuales llegaron a ser buenos sacerdotes, profesores, médicos, jueces, notarios, procuradores y abogados.

A muchos les parecía extraña esa "mezcolanza"; pero en las miras de Dios era providencial: tendía a la armonización de las clases sociales, cuyos odios, luchas y desconfianzas se basan sobre todo en el mutuo desconocimiento.

Los avispados chiquillos de Don Bosco ponían la nota gayá en aquellas aulas; iban a las clases capitaneados por Miguel Rúa, que ya entonces era el más formal, siguiendo el itinerario que Don Bosco les trazaba. Eran pintorescos; frecuentemente llegaban tocados de extraña manera: nadando en capotes de soldados, con gorras de cuartel, con calzones ribe-

teados, que Don Bosco había conseguido como regalo. Pero como se hacían respetar por su seriedad alegre y vivaz, por su conducta integérrima y su brillante aprovechamiento en los estudios, y por sus buenos modales, que Don Bosco les enseñaba y ellos mismos asimilaban en ese ambiente de nobleza en que alternaban con marquesitos y condecos e hijos de comerciantes acaudalados, a nadie se le ocurría burlarse de ellos, ni los señoritos aristocráticos se creían rebajados, ni ellos se acoquinaban, ni menos se subían a mayores. Además, la fama de santo que ya entonces rodeaba a Don Bosco tendía sobre ellos su manto protector.

Como se ve, la nivelación por elevación pacífica de los humildes.

Otra obra de apostólico celo realizó en 1853: él hizo desaparecer la taberna de la "Jardinera", abierta en casa de Bellezza, alquilándola y dándola en arriendo a personas tranquilas y de buena conciencia. Así se conquistaba el segundo baluarte del diablo, que se levantaba cerca de la casa del Señor; y el Oratorio se adueñaba completamente del campo enemigo.

CAPÍTULO XXIII

Las "Lecturas Católicas"

Los cuidados para llevar adelante estas construcciones y otras obras no distrajeran a Don Bosco de su firme propósito de trabajar denodadamente por la causa general de la Religión, sin tregua ni descanso. Era necesario combatir la pestilente y desvergonzada propaganda que hacían los protestantes después de su emancipación, y contra la cual los católicos no estaban preparados. El Santo, inflamado entonces de nuevo celo, se dedicó a componer y publicar cuadros sinópticos sobre la Iglesia Católica, a poner en circulación folletos volantes, ricos en recuerdos y máximas morales y religiosas, adaptadas a los tiempos, que se repartían gratuitamente entre los jóvenes y los adultos, especialmente con ocasión de Ejercicios Espirituales, misiones, novenas, triduos y fiestas. Además, en 1851, publicaba una nueva edición de *El Joven Cristiano*, con la adición de seis capítulos en forma de diálogo bajo el título común de "Fundamentos de la Religión Católica", que resultaban un excelente trabajito apologético.

Sabía el Siervo de Dios que la herejía se insinuaba cada día más en los pueblos. A Valdocco afluían personas de todas clases, a quienes una simpatía especial atraía hacia él; algunas le referían confidencialmente lo que se tramaba en las reuniones sectarias y protestantes, sus esperanzas y sus desastrosos resultados. De ello daba él cuenta a la Curia, la cual, merced a estos avisos, previno a las parroquias.

En medio de estos cuidados, Don Bosco, por manifestaciones de un infeliz apóstata llamado Wolf —nuevo ejemplo de las acostumbradas contradicciones del corazón humano—, que le refería todas las resoluciones y pasos de sus correligionarios, tuvo noticia, con bastante anticipación, de que los valdenses habían resuelto levantar un templo en Turín. Después de haberle pedido en vano un solar al Municipio, acabaron por comprar uno a expensas propias en la Avenida de los Plátanos, o del Rey, no lejos del Oratorio de San Luis, y levantaron un templo, que fue inaugurado el 15 de diciembre de 1853 con el concurso de la Guardia Nacional.

Don Bosco, a este propósito, repitió varias veces en el transcurso de aquellos años, y aun en 1866:

—El templo de los protestantes se cambiará en iglesia católica en honor de María Santísima Inmaculada. En cuanto al tiempo y al modo, está en las manos de Dios; pero ocurrirá seguramente.

Apenas conoció los manejos de los protestantes compuso y publicó un librito titulado *Avisos a los Católicos*, precedido de un prólogo, que era una ardiente proclama en defensa de la Fe.

Extraordinaria fue la difusión del librito; en dos años se despacharon más de doscientos mil ejemplares. Pero si esto pareció muy bien a los buenos, suscitó las iras de los protestantes. Con aquella publicación y otras muchas que siguieron, Don Bosco indicó el arma poderosa que se debía esgrimir contra los enemigos de la religión y señaló el camino que debían seguir todos los que deseaban correr en defensa de la sociedad cristiana amenazada.

* * *

También los Obispos, afrontando con valor apostólico amenazas, peligros y quebrantos, se lanzaron al combate. Sin embargo de ello, parecía que los enemigos dominaban la situación. Entonces fue cuando el Santo, venciendo toda vaci-

lación y después de haberlo meditado larga y hondamente y con la bendición de Monseñor Fransoni, de los Obispos del Piamonte y con el consejo y apoyo del Obispo de Ivrea, comenzó una serie periódica “de libritos de estilo sencillo y en lenguaje popular, relativos exclusivamente a la Religión Católica”; hablamos de las *Lecturas Católicas*. Si el protestantismo hizo pocos progresos en Turín y en el Piamonte, o mejor dicho, no tomó incremento, se debe a Don Bosco, que esparció por el Piamonte y difundió por toda Italia la nueva publicación. En esto de aprovechar las oportunidades, Don Bosco es un modelo.

El primer volumen de las *Lecturas Católicas* salió de la tipografía de Agostini en marzo de 1853. Era la primera parte de un libro que reimprimió en 1882 con el título de *El católico en el siglo*. El que aún ahora lee esta obra, comprende por qué a Don Bosco se le llamaba con justicia el martillo de los protestantes.

Ninguno de los que revisaban o “censuraban” aquellos fáciles y brillantes volúmenes tuvo valor para autorizarlos con su firma. ¿Qué hacer? De acuerdo con el Vicario General, Don Bosco expuso el asunto al Arzobispo, el cual, aunque alejado de allí, no dejó de ayudarle. El celoso prelado le envió una carta para el Obispo de Ivrea, en la que rogaba a aquel sufragáneo que apoyase las *Lecturas Católicas* con su revisión y censura; a lo que Monseñor Moreno se prestó de buen grado, encargando de ello al abogado Pinoli, su Vicario General, pero a condición de que el nombre del censor no se citara; bastando, por consiguiente, el sello de la Curia.

Durante el primer trimestre las *Lecturas Católicas* lanzaron al público ciento veinte mil fascículos, que se leían con avidez, y fueron para los protestantes certeras descargas de metralla. Intentaron combatir las en los periódicos y con las *Lecturas Evangélicas*; pero no era posible competir con la verdad y la insuperable claridad y sencillez del estilo de Don Bosco.

Decididos a hacerle desistir de aquella obra, adoptaron

el sistema de disputar yendo al Oratorio en grupos de a dos, o de más, para entablar discusiones religiosas con él. Pero su fuerte consistía en gritar y en saltar de un punto a otro sin llegar nunca a una conclusión.

—¡Mis queridos amigos —les advertía Don Bosco—, los gritos y las injurias no son razones!

Y así los despedía confusos.

En una de aquellas polémicas, un tal Pugno confesó que no podía hacer frente a Don Bosco, y concluyó diciendo:

—Nosotros no sabemos responder, porque no hemos estudiado bastante; pero si estuviera aquí nuestro ministro, con dos palabras haría callar a todos los curas.

—Bueno, pues hágame usted un favor —le contestó el Siervo de Dios—; dígame que venga con usted, que yo lo espero con gran deseo de entrevistarme con él.

El recado se dio, y he aquí que se presentaron a Don Bosco en el Oratorio el ministro Meille con otros dos valdenses de los principales residentes en Turín. Después de los primeros cumplidos comenzó una disputa que duró desde las once de la mañana hasta las seis de la tarde. No es posible dar cumplida cuenta de lo que allí se trató; pero no queremos prescindir de un detalle curioso. Uno de los contradictores, no queriendo rendirse, pidió que se consultase el texto griego de la Biblia; Don Bosco al punto se lo presentó; pero como el ministro no sabía el griego, tomó el libro al revés. Don Bosco, después de haberle dejado hojear el libro un buen rato, le dijo al fin:

—Dispense, amigo, no encuentra usted la cita porque tiene el libro al revés; vuélvalo así.

Y se lo puso al derecho.

Fácil es imaginarse cómo quedó el hereje. Arrojó el libro sobre la mesa y así acabó la disputa. Don Bosco escribió y publicó en las *Lecturas Católicas* estas conversaciones.

Amadeo Bert fue un día a Valdocco para disuadir al Siervo de Dios de imprimir y sostener más controversias; pero él no se conformó; al contrario, para defender a sus

jóvenes de aquellos errores, echó mano de otra arma: escribió una comedia en dos actos: *Una disputa entre un abogado y un ministro protestante*, que hizo representar muchas veces y después dio a la imprenta.

Los protestantes, cuando vieron que el Santo proseguía impávido su camino, recurrieron enojados a otros medios: primero al dinero y después a los atentados. Un domingo de agosto de 1853, hacia las once, se presentaron en el Oratorio dos señores que solicitaron hablar con Don Bosco, y ofreciéndole una respetable cantidad, trataron de inducirlo a que desistiera de la publicación de las *Lecturas Católicas*. Cuando vieron que este procedimiento no les daba resultado, tomaron una actitud amenazadora. Pero Don Bosco les dijo que, como no sabían lo que era un sacerdote católico, sus amenazas las tomaba a risa.

A estas palabras se irritaron tanto los visitantes que, acercándose a Don Bosco, estuvieron a punto de ponerle las manos encima; pero el Santo asió por precaución una silla exclamando:

—Si tratan de emplear la fuerza, yo les haré sentir cuán caro cuesta el allanar la morada de un ciudadano; pero no, la fuerza del sacerdote está en la paciencia y en el perdón. ¡Ya es hora de acabar; váyanse de aquí!

Dando media vuelta con la silla en la mano, abrió la puerta de la habitación, y cuando vio al joven José Buzzetti que con Juan Cagliero estaba allí de guardia, le dijo:

—Acompaña a estos dos señores hasta la cancela, porque no conocen la escalera.

Ante tal intimación se miraron uno a otro y dijeron al Santo:

—Nos veremos en ocasión más oportuna.

Y se marcharon.

Estas palabras y las amenazas proferidas en el curso de la conversación, nos dan la clave de una larga serie de atentados contra la vida del Siervo de Dios, que fueron tan numerosos y preparados de un modo tan fraudulento y ejecu-

tados con tal violencia, que podemos afirmar sin vacilar que sólo por especial protección de la Divina Providencia pudo salvarse de ellos.

* * *

Una noche, después de la cena, daba Don Bosco la acostumbrada clase nocturna, cuando dos hombres vinieron a llamarlo para que fuese de prisa a confesar a un moribundo, en una casa poco distante llamada el "Corazón de Oro". Siempre dispuesto al servicio de las almas, se preparó para salir inmediatamente; pero al trasponer la puerta y siendo hora un poco avanzada, se le ocurrió llamar a algunos de los jóvenes mayores para que le acompañasen y los llevó consigo, no obstante la oposición que hicieron los dos tunantes. Entró en una habitación de la planta baja de una casa de aspecto sospechoso, donde encontró como una media docena de individuos, que después de una opípara cena comían o fingían comer castañas. Lo recibieron con muestras de respeto y muchos cumplimientos y se empeñaron en que bebiese con ellos; pero él, viendo que le echaban vino de una botella distinta de la que servía a los otros, comprendió que lo querían envenenar; por eso, después de haber levantado el vaso por la salud de ellos, lo dejó intacto sobre la mesa. Entonces aquellos pícaros pasaron de las palabras a las obras y asiéndole por los hombros le dijeron:

—¡No podemos tolerar este insulto! ¡Si no quiere beber de grado, beberá por fuerza!

Ante esta violencia, como no era prudente emplear la fuerza, Don Bosco creyó mejor recurrir a la astucia; y les dijo:

—Si os empeñáis en que beba, dejadme al menos en libertad, porque agarrándome así me hacéis temblar la mano y derramar el vino.

—Tiene razón —respondieron.

Y se retiraron un poco.

Don Bosco aprovechó la ocasión; dio un paso hacia atrás,

se acercó a la puerta, que por fortuna no estaba cerrada con llave, la abrió e hizo entrar a los jóvenes que le acompañaban.

La aparición de aquellos cuatro o cinco jóvenes de dieciocho a veinte años puso fin a la insolencia de aquellos pillos, cuyo jefe, todo corrido por la sorpresa, dijo:

—Si no quiere beber, paciencia; déjelo y esté tranquilo.

—Pero, ¿dónde está el moribundo? —preguntó Don Bosco.

Uno de aquellos malhechores lo condujo a una habitación del segundo piso. Allí, en vez de un enfermo, encontró acostado en la cama a uno de los dos sujetos que habían ido a buscarlo al Oratorio. No obstante, le hizo algunas preguntas. Entonces aquel tunante de profesión, a pesar de los esfuerzos que hacía para contenerse, rompió en una carcajada y dijo:

—¡Me confesaré mañana!

Don Bosco se marchó dando gracias al Señor, que lo había protegido por medio de sus hijos.

Noticiosos algunos jóvenes de lo ocurrido, hicieron investigaciones al día siguiente y descubrieron que cierto individuo sospechoso había pagado a aquellos bellacos una cena con la condición de que hicieran beber a Don Bosco un poco de vino, a tal efecto preparado. Eran, pues, sicarios pagados. Jamás se olvidó de aquel lugar. En los últimos meses de su vida, todavía, cuando pasaba por delante de él, lo indicaba diciendo:

—¡He ahí el cuarto de las castañas!

Otra tarde de agosto, sobre las seis, el Siervo de Dios estaba cerca de la cancela del Oratorio, conversando agradablemente con sus jóvenes, cuando de en medio de ellos salió el grito de:

—¡Necesito a Don Bosco! ¡Necesito a Don Bosco!

—¡Un asesino!, ¡un asesino!

Era, efectivamente, un tal Andreis, en mangas de camisa, con un cuchillo de carnicero en la mano, que corría furiosamente contra Don Bosco, gritando:

Los jóvenes, por la sorpresa, escaparon a toda prisa espantados. Entre los fugitivos estaba el clérigo Félix Reviglio, cuya fuga fue providencial; porque el asesino lo tomó por el Siervo de Dios y se puso a perseguirlo. Al advertir su equivocación volvió a la cancela; pero Don Bosco había tenido tiempo para ponerse en salvo, subiendo a su habitación, después de haber cerrado con llave la puertecita de hierro que estaba al pie de la escalera. Apenas cerrada ésta, llegó el bribón, que se puso a golpearla y sacudirla con gran fuerza para abrirla, pero inútilmente. Allí permaneció un buen rato, como un tigre en acecho.

Los chicos, pasado el espanto, sintieron que les hervía la sangre en las venas y se mostraron dispuestos a acometer a aquel miserable; pero Don Bosco, desde el balcón, prohibió que se le tocara.

Se enviaron repetidos avisos a la Comisaría; pero sólo a las nueve y media de la noche se presentaron dos gendarmes, que ataron a aquel malandrín y se lo llevaron. Al día siguiente el Cuestor mandó a preguntar a Don Bosco si perdonaba a aquel individuo. El Siervo de Dios respondió que, como cristiano y sacerdote, perdonaba aquélla y todas las injurias; pero como ciudadano y jefe de un instituto exigía, en nombre de la ley, que la autoridad pública le garantizase mejor su persona y su casa. ¿Quién lo creería? Aquel mismo día el malhechor fue puesto en libertad y por la tarde ya estaba rondando, no lejos del Oratorio, para ejecutar su sangriento designio.

El miserable repitió aún varias veces el atentado, pero siempre en vano. Finalmente, el comendador Dupré, grande amigo de Don Bosco e insigne bienhechor de sus hijos, viendo que por parte de la fuerza pública no se podía conseguir una protección eficaz, tomó a su cargo hablar con aquel desventurado, que noche y día tenía al Oratorio en angustiosa preocupación.

—Estoy pagado —respondió el bellaco—; que me den lo que los otros me pagan y me marcharé.

Sabido esto, se le entregaron ochenta francos de su contrata ya vencida y otros ochenta como propina, y así concluyó aquella amenaza tan molesta y persistente.

Pero no acabaron las agresiones.

* * *

Poco después de los hechos referidos, un domingo, ya de noche, llamaron a Don Bosco para confesar a una enferma en casa de un tal Sardi, casi enfrente del Instituto del Refugio. Los hechos precedentes le decidieron a ir en compañía de cuatro jóvenes robustos, entre los cuales iba un tal Jacinto Arnaud y Santiago Cerruti, tan nervudos y fuertes, que en caso necesario habrían descuartizado un buey. Cuando llegó al lugar, dejó a dos de ellos al pie de la escalera, Ribaudi y José Buzzetti, y a los otros los hizo subir con él hasta el primer piso, cerca de la puerta de la habitación. Entró Don Bosco y vio a una mujer en cama, que al parecer respiraba fatigosamente como si estuviera a punto de morir. Al verla, rogó a los presentes, que eran cuatro y estaban sentados, que se alejasen para hablar libremente con la enferma y ayudarla a hacer una buena confesión.

—Antes de confesarme —dijo entonces con voz fuerte aquella mujerzuela— quiero que aquel bribón se retracte de las calumnias que ha lanzado contra mí.

El indicaba a uno que estaba enfrente.

—¡No lo haré! —respondió éste, poniéndose en pie y prorumpiendo en un torrente de improperios mezclados con horribles imprecaciones.

De repente se apagan las luces y comienza en la oscuridad a caer una granizada de garrotazos tremendos dirigidos al punto donde se encontraba Don Bosco. Éste, que había comprendido el juego, había tomado una silla y se protegía con ella la cabeza; intentó salir, pero la puerta estaba cerrada con llave. Al ruido los jóvenes de guardia acuden, ponen el hombro a la puerta y la hacen saltar, y Don Bosco

se lanza en medio de ellos, satisfecho de haber podido salvarse. Así y todo, recibió un garrotazo en el dedo pulgar de la mano izquierda, que le llevó la uña y le magulló la falange, de tal modo, que después de más de treinta años aún conservaba la cicatriz. Cuando se encontró al aire libre recomendó a sus acompañantes que no hablasen de lo ocurrido ni indicasen el lugar ni las personas comprometidas, añadiendo:

—Perdonémoslos y recemos para que se corrijan. ¡Desgraciados! ¡Son enemigos de la Religión!

Un domingo por la tarde —enero de 1854—, dos señores elegantemente vestidos subieron a la habitación de Don Bosco; él los recibió con su acostumbrada cortesía. Juan Cagliero, que tuvo sospechas sobre los propósitos de los visitantes, fue a esconderse en la habitación contigua. Los desconocidos intentaron que el Santo desistiera de publicar las *Lecturas Católicas*; pero viendo que no lo conseguían, uno de ellos sacó dos pistolas, amenazándole con matarlo. En aquel momento Cagliero, con un fuerte puñetazo en la puerta, los espantó; poco después salían agitados por una turbación convulsa y seguidos de Don Bosco que, humilde y con el bonete en la mano, los saludaba con tranquilo aspecto.

“No obstante tan repetidas insidias —dice el teólogo Reviglio—, Don Bosco se mantenía inalterable y aun alegre, cada vez que, por la gloria de Dios, debía soportar insultos y amenazas de sus adversarios. Jamás llevó armas para defenderse, ni empleó su fuerza prodigiosa para rechazar los ataques de que fue víctima.”

* * *

Pero en aquellos años, cuando debía volver a casa de noche, algunos de los mayores de entre los asilados iban a esperarlo cerca del Manicomio, que era el límite de la ciudad por la parte de Valdocco. Con frecuencia le avisaban personas muy estimables o por cartas anónimas que se precaviese contra las insidias de los sectarios.

CAPÍTULO XXIV

El Gris

Pero quien realmente velaba por el celosísimo ministro de Dios en tantos peligros era la Divina Providencia y a veces por medios bien singulares. Hay cosas que, como dice un distinguido escritor, parecen leyenda de algún ermitaño de la Tebaida o de un Santo de la Edad Media. Y, sin embargo, son de hoy y han tenido muchos testigos de vista.

El barrio de Valdocco estaba entonces despoblado: sus pocas casuchas estaban diseminadas entre campos incultos y matorrales, que se prestaban a las asechanzas y sorpresas. Por eso los amigos recomendaban a Don Bosco mucha cautela y no hallarse fuera de casa una vez atardecido. Pero, ¡cualquiera le detenía en tratándose de las almas o del interés de sus niños!

Una noche, en 1852, volvía a casa solo y no sin cierto temor, cuando, como salido de la tierra, vio acercársele un enorme perro de raza desconocida, pelaje gris, hocicos prolongados, orejas erguidas y de un metro de alzada. En el primer momento tuvo recelo; pero después, viendo que no amenazaba, antes por el contrario, le hacía fiestas, trabó al punto amistosas relaciones con él. El hermoso animal le acompañó hasta el Oratorio y en seguida, sin entrar, se marchó. Y esto siguió ocurriendo cada vez que no podía volver a casa a tiempo o no le acompañaban personas de confianza; apenas pasaba de los últimos edificios, veía salir al Gris, ya de una, ya de otra parte de la calle. Ocurrió varias veces

que Mamá Margarita, cuando no llegaba su hijo, enviaba a su encuentro a algún joven y siempre lo vieron acompañado de su misterioso guardián. Así es que son muchos los testigos.

Un vecino, la primera vez que vio aquel perro, quiso echarlo a pedradas; pero, con gran estupor suyo, el animal permaneció insensible a los golpes y tanto, que el buen hombre exclamó lleno de espanto:

—*È una masca!, é una masca!* (Un embrujo.)

Muchos fueron los peligros de que salvó el Gris a Don Bosco. Nos limitaremos a narrar unos pocos.

Una noche, amenazando lluvia y cubierto el cielo de nubarrones, entre la iglesia de la Consolación y el Hospital del Cottolengo, repentinamente dos individuos se arrojaron sobre él; el uno le tapa la cabeza con una manta y el otro le pone una mordaza.

Ya se veía perdido cuando se oye un rugido y aparece el Gris, y en un periquete echa por tierra a los forajidos. Quitase la manta y ve escapar apresuradamente a uno de ellos. El otro, tendido en tierra, en crítica situación, oprimida la garganta con las garras del perro, exclamaba humildemente:

—¡Señor, señor, llame a su perro, que me mata!

—Sí, sí, le llamaré; pero cuidado con estorbar a quien pacíficamente camina.

El perro obedeció y el criminal se apresuró a huir.

* * *

Otra vez el perro, en vez de acompañarle a casa, le impidió la salida atravesándose en el umbral y gruñendo de un modo espantoso cuando él intentaba pasar. Entonces la buena Margarita dijo en piemontés al hijo:

—*¡Si't veuli nen scòtème mi, scòta almen 'l can; seurt nen!* (¡Si no quieres escucharme, escucha al menos al perro; no salgas!)

Al ver Don Bosco a su madre tan preocupada, juzgó ra-



Los primeros misioneros salesianos que fueron a América. Don Bosco entrega al futuro Cardenal Cagliero, jefe de la expedición, un ejemplar de las Reglas.



Monseñor Luis Lasagna, el segundo Obispo Salesiano. Nació en Montemagno el 1850 y murió el año 1895 en un choque ferroviario en Juiz de Foras (Brasil). Inteligente y dinámico, cultivó varias ciencias, fundó observatorios meteorológicos y dejó una estela luminosa en el Uruguay, en Brasil y en toda la Congregación.

zonable satisfacer su deseo, y entró en casa. No había pasado un cuarto de hora, cuando vino un vecino a recomendarle que estuviese prevenido, porque había sabido que tres o cuatro individuos rondaban por los alrededores decididos a darle un golpe mortal.

* * *

Otra vez no fueron uno ni dos los conjurados, sino una turba de sicarios. Volvía a casa, entrada ya la noche. Todo estaba, o parecía, desierto. De improviso un individuo, apostado detrás de un árbol y armado de un grueso garrote, se arroja sobre él. Con aquella agilidad que le caracterizaba, Don Bosco le asestó un puñetazo que lo dejó aturdido en el suelo, gimiendo:

—¡Me muero, me muero!

Don Bosco se creía libre; pero fueron saliendo de entre los árboles bastantes forajidos provistos de garrotos. No había resistencia posible. De pronto aparece el Gris y la emprende con ellos de tal manera que ellos se dan a la fuga.

* * *

Una noche, cuando volvía a casa y por la calleja de la plaza de Manuel Filiberto, al llegar al llamado "Rondó", hacia Valdocco, fue agredido por unos desconocidos, armados de cachavonas. Pero he aquí que se presenta el Gris, se pone al lado del Santo, ladra de tal manera, corre de una a otra parte con tanta furia, que aquellos bribones, aterrados, temiendo ser despedazados, ruegan a Don Bosco que amanse al animal y lo tenga cerca de sí, y sin dilación huyen a la desbandada, dejando que el sacerdote prosiga su camino.

* * *

Otra vez, también de noche, Don Bosco volvía a casa por la Avenida de la Reina Margarita, cuando un individuo que acechaba su vuelta detrás de un olmo, le disparó dos pisto-

letazos casi a quemarropa. Los tiros fallaron; el malvado se precipitó contra Don Bosco para acabar con él de otro modo; pero el Gris llegó a tiempo, se arrojó sobre el agresor, lo obligó a huir, y acompañó a Don Bosco al Oratorio.

Otra noche el Gris sirvió de diversión a los asilados. Cenaba Don Bosco con algunos de sus clérigos, en presencia de su madre, cuando entró el perro en el patio. Algunos jóvenes, que no lo habían visto todavía, tuvieron miedo de él y quisieron apedrearlo. Buzzetti, que lo conocía, les gritó:

—¡No le hagáis daño; es el perro de Don Bosco!

A estas palabras, todos se le acercaron, lo acarician, lo agarran de las orejas, le aprietan el hocico, se montan en él, le hacen muchas fiestas, y, por último, lo llevan al refectorio. La presencia inesperada de aquel perrazo asustó a varios de los comensales, pero Don Bosco dijo:

—¡Es mi "Gris", no hace mal a nadie; dejadlo venir, no temáis!

Efectivamente, después de haber mirado las mesas, el perro dio una vuelta en torno a ellas y se puso muy contento junto a Don Bosco, quien, después de algunas caricias, lo invitó a cenar; le ofreció pan, carne y también de beber; pero el "Gris" lo rehusó todo, y ni siquiera se dignó olfatear cosa alguna.

—Pero; ¿qué quieres? —le preguntó Don Bosco.

El perro movió las orejas, agitó la cola, continuó dando señales de contento y apoyó la cabeza sobre la mesa mirando al Santo, como si quisiese saludarlo. Hecho esto, salió acompañado de los chicos hasta la puerta. Y desapareció.

Pero el "Gris" tenía razón en hacer su visita. Don Bosco había estado fuera y debía de haber llegado tarde. Por casualidad pasaba por el camino el Marqués de Frassatti y lo llevó en su coche. El "Gris" venía a cerciorarse de que su protegido estaba en casa.

* * *

Durante otra cena, el "Gris" se dignó olfatear las viandas, mas no las comió. Y Don Bosco, enternecido, le dijo:

—Comprendo; tú prestas tan buenos servicios a Don Bosco, que él no te puede recompensar. Esperas la recompensa de quien lo premia todo.

* * *

Años más tarde, en 1866, debía ir de Murialdo a Moncucco, atravesando bosques nada seguros. Sorprendióle la noche.

—¡Oh, si tuviera mi "Gris"!

Y como si estuviera oyéndole, apareció a su lado. No le libró de los ladrones, pero sí de dos enormes mastines molosos, que lo acometieron al pasar por cerca de un viñado.

Apenas llegado a su destino, cuantos le esperaban a cenar quedaron maravillados de la hermosura del perro y se pusieron a discutir sobre su raza. Le ofrecieron toda suerte de golosinas, sin conseguir que probara ninguna. Extrañados de tal obstinación, le encerraron en una pieza.

—¡Comerás mañana! —le decían.

A la mañana siguiente van a darle libertad. El "Gris" había desaparecido. Puerta y ventanas estaban cerradas.

* * *

Y todavía bastantes años más tarde se le apareció cerca de Bordighera, en una noche oscura; había llovido, la carretera estaba llena de baches, algunos bastante peligrosos. El "Gris" los bordeaba indicándole a su protegido los pasos, de modo que llegó a la casa seco y limpio, mientras un señor que había ido a buscarle a la estación por otra calle, llegó todo embarrado. La cosa se comentó, y una insigne dama,

cooperadora de Don Bosco, hizo observar que aquel perro debía de tener muchos más años de lo que suelen vivir los perros. A lo que contestó Don Bosco, con su habitual gracejo:

—Será un hijo o un nieto del otro.

En otra ocasión añadió:

—Yo nunca he podido saber su procedencia. Sólo sé que el "Gris" fue para mí una verdadera providencia en los muchos peligros en que me encontré.

* * *

Y como si fueran pocos los servicios del "Gris" al Padre, se los ha prestado alguna vez también a sus hijos. El coautor de este libro ha oído relatar a las Hijas de María Auxiliadora, dos apariciones del "Gris" para prestarles su ayuda: una en Florencia durante la primera Guerra Mundial y otra en Barranquilla (Colombia).

* * *

Nadie supo nunca la genealogía del "Gris", ni de dónde venía, ni dónde iba una vez terminaba su misión, caso por caso.

"En aquel tiempo —dice Ascanio Savio— se conjuraba mucho contra la vida de Don Bosco; un periódico impío había amenazado cínicamente con apretarle la garganta, precisamente por el celo que demostraba en sostener la fe y deshacer los errores de los protestantes; pero la Divina Providencia se sirvió de aquel perro, símbolo de la fidelidad, para defenderlo. "Alguna que otra vez, confesó Don Bosco, tuve la intención de averiguar la procedencia de aquel animal y a quién podría pertenecer; pero después pensé: ¡Oh!, sea de quienquiera, ¡con tal que sea buen amigo mío! Yo no sé sino que aquel perro fue para mí una verdadera providencia en los muchos peligros en que me encontré."

CAPÍTULO XXV

El año del cólera

I

Un domingo de abril de 1854 los jóvenes internos y los externos se encontraban en la iglesia. Don Bosco les estaba exponiendo un pasaje de Historia Eclesiástica, cuando entró un señor desconocido, el cual, sentándose en un banco, detrás de todos, se puso a escuchar atentamente. El Siervo de Dios estaba refiriendo con su embelesadora sencillez y claridad que San Clemente fue desterrado al Quersoneso por el emperador Trajano en odio a la Religión Cristiana.

Terminada la narración, y según su costumbre, preguntó a los jóvenes si tenían alguna pregunta que hacer sobre lo dicho y qué consecuencia moral se podía sacar de ello. Un joven, en contra de lo que se esperaba, preguntó una cosa apropiada, pero inoportuna para el lugar y para aquellos peligrosos tiempos.

—Si el emperador Trajano —dijo— cometió una injusticia echando de Roma y enviando al destierro al Papa Clemente, ¿ha hecho mal quizás nuestro Gobierno en desterrar a nuestro Arzobispo, Monseñor Fransoni?

Don Bosco respondió sin desconcertarse:

—No es éste el momento de decir si nuestro Gobierno ha hecho bien o mal enviando al destierro a nuestro veneradísimo Arzobispo; es un hecho del cual se hablará a su tiempo. Lo cierto es que, en todos los siglos, los enemigos de la Re-

ligión Cristiana, desde los principios de la Iglesia, miraron con malos ojos a los jefes de la misma, es decir, a los papas, obispos y sacerdotes, porque creen que, quitando las columnas, caerá el edificio, y que, herido el pastor, se descarriarán las ovejas, convirtiéndose en fácil presa de rapaces lobos.

Después de hacer otras observaciones, muy naturales, descendió del púlpito y subió a su habitación, en donde poco después le visitó aquel señor.

El Santo le preguntó con quién tenía el honor de hablar y su visitante le respondió:

—Con Rattazzi.

—¿Con Rattazzi? —exclamó el Siervo de Dios—, ¿con el *gran Rattazzi*, diputado del Parlamento, presidente que fue de la Cámara y ahora ministro del rey? (1).

—Precisamente.

—Entonces —dijo Don Bosco sonriendo—, ¿debo disponer las muñecas para las manillas y prepararme para ponerme a la sombra (en la cárcel)?

—¿Por qué?

—Por lo que S. E. acaba de oír respecto de Monseñor el Arzobispo.

—Nada de eso —respondió Rattazzi—. Dejando aparte si la pregunta de aquel muchacho fue más o menos oportuna, usted, por su parte, respondió y salió del apuro admirablemente, y no habrá ministro en el mundo que le pueda censurar. Y en cuanto a Monseñor Fransoni, aunque yo no puedo aprobar algunos de sus procedimientos, mucho me alegro de que las medidas tomadas contra él no se hayan tomado siendo yo ministro.

(1) Se debe advertir que los dos interlocutores hablaban en piamontés. Y así, la frase de Don Bosco "cól gran Ratass" era un equívoco, que equivale también a "esa enorme rata"; y además que Don Bosco le había dado una intencionada entonación, que hizo sonreír al ministro.

* * *

A este exordio siguió una importante conversación, por medio de la cual el ministro quiso conocer al detalle el origen, objeto, desarrollo y estado del Oratorio. Don Bosco le habló del "sistema preventivo" que él usaba, fundado en la dulzura; mostró la belleza, la utilidad, la eficacia del mismo y la conveniencia de que el Gobierno lo introdujese en las escuelas públicas, en las casas de educación y en los establecimientos de corrección.

El ministro le escuchó con interés; aseguró que, por su parte, prefería aquel método a cualesquiera otros en los institutos del Gobierno; y desde aquel momento se convirtió en amigo, admirador y protector de Don Bosco. ¿Quién al conocerlo hubiera podido dejar de admirarlo?

* * *

En aquellos días, encontrándose en grandes apuros de dinero, organizó una pequeña lotería; el alcalde de Turín y el mismo ministro Rattazzi aceptaron algunos centenares de billetes con palabras de expresiva gratitud y de elogio para la Obra del Oratorio.

* * *

Pero no era posible que una persona sola pudiese atender a tantas necesidades morales y materiales como las de una casa que iba adquiriendo proporciones cada vez mayores. El Señor le envió un valioso sostén en Don Víctor Alasonatti, sacerdote ejemplar, nacido en Avigliana que, además del ministerio sacerdotal, ejercía, por deseo unánime de sus paisanos, las funciones de maestro. El Santo, que lo conocía y comprendía con cuánto acierto podría desempeñar la parte difícil e importante que tenía necesidad de cederle, le escri-

bió, invitándolo a compartir con él los trabajos del Oratorio. Muchos padecimientos y pocos consuelos; pobreza, abnegación y sacrificio; tal era el programa que le delineó; por estipendio, la comida y el vestido, y, en nombre de Dios, una corona de gloria en el Cielo.

Hecha la invitación, Don Alasonatti volvió los ojos al cielo, como para escrutar la voluntad del Señor, echó una mirada al crucifijo, bajó la cabeza y aceptó.

Llegó al Oratorio el 14 de agosto con el breviario bajo el brazo. El Santo le había dicho ya varias veces:

—¡Venga a ayudarme a rezar el breviario!

Y Don Alasonatti, apenas llegó, preguntó a Don Bosco:

—¿Dónde he de ponerme para rezar el breviario?

El Siervo de Dios lo condujo a un pobre cuartito que le señaló como despacho y le dijo:

—Éste es su sitio.

Desde aquel instante el virtuoso sacerdote se puso bajo la dependencia del Siervo de Dios, rogándole repetidas veces que le mandase sin reservas todo lo que creyese útil para la casa y que no le ahorrara nada que fuera para gloria de Dios. No tardó mucho en cargarse de ocupaciones, porque se le confió la disciplina y toda la gestión material de la casa.

Al día siguiente, 15 de agosto, fiesta de la Asunción de María Santísima a los Cielos, Don Alasonatti inauguraba su ministerio sacerdotal en Valdocco asistiendo a un coleroso. ¡Hacía dos semanas que el cólera había aparecido en Turín!

* * *

Don Bosco lo había predicho. Desde el mes de mayo había dicho a los chicos claramente que el cólera morbo se presentaría en Turín y que haría muchos estragos; después añadió:

—Vosotros estad tranquilos; si hacéis todo lo que os diga, os veréis libres de ese azote. *Lo primero de todo es vivir*

en gracia de Dios; además, llevar al cuello *una medalla de María Santísima*, que yo bendeciré y daré a cada uno, y rezar cada día un *Pater, Ave y Gloria*, con el *Oremus* de San Luis y la jaculatoria: *Ab omni malo libera nos, Dómine*. Era una confirmación de la piadosa práctica iniciada el año anterior cuando la explosión del polvorín.

El cólera, después de haber infestado varias regiones, había invadido también la Liguria y el Piamonte. En Turín, cuando ocurrieron los primeros casos, las autoridades pidieron el concurso del Clero. Éste se mostró dispuesto inmediatamente: los párrocos obedecieron y los religiosos Camilos, los Capuchinos, los Dominicos y los Oblatos de María se ofrecieron para asistir a los atacados del cólera. El Municipio mismo dio un espléndido ejemplo de piedad ordenando la celebración de una función religiosa en el Santuario de María Santísima de la Consolación en la mañana del 3 de agosto, asistiendo en representación de la ciudad, junto con una inmensa multitud de fieles.

La Santísima Virgen no dejó de atender estas súplicas, porque la terrible enfermedad, contra lo que se esperaba, hizo menos estragos en Turín que en muchas otras ciudades y pueblos de Europa, de Italia y aun del resto del Piamonte.

Esto no obstante, los atacados diariamente eran de cincuenta a sesenta. La parte más castigada fue la de Valdocco, como la más pobre y antihigiénica. Cerca del Oratorio hubo varias familias, no sólo diezmadas, sino aniquiladas.

El Santo se mostró también padre amorosísimo en esta ocasión. Para no tentar al Señor, empleó todas las precauciones que la prudencia y el arte le aconsejaban, imponiéndose cuantiosos gastos; pero no satisfecho con los recursos terrenos, dirigió al Señor esta oración: “¡Dios mío, herid al pastor, pero guardad su tierna grey.” Y a la Virgen: “María, Vos sois Madre amante y poderosa: preservad a estos hijos amados; y si el Señor necesita una víctima entre nosotros, dispuesto me tiene, cuando y como Él quiera.”

El sábado, 5 de agosto, fiesta de Nuestra Señora de las

Nieves, reunió a los asilados en torno suyo, y comunicándoles la aparición de la epidemia, recomendó a todos sobriedad, templanza, tranquilidad de espíritu y valor, juntamente con mucha confianza en María Santísima y una buena confesión y comunión; asegurándoles que, si se mantenían libres de pecado, nadie sería herido por el azote; pero que en caso contrario, no se atrevía a garantizar la inmunidad de nadie.

Es imposible expresar el efecto que estas palabras produjeron en los muchachos. Todos acudieron a porfía a confesarse y a comulgar, y su conducta fue tan ejemplar aquellos días, que mejor no se hubiera podido desear.

Don Bosco, entretanto, se había dedicado a asistir con heroica abnegación a los apestados. Mamá Margarita que, en varias circunstancias, tanto había temblado por la vida de su hijo, declaró que era un deber para él afrontar el peligro.

El Municipio había abierto algunos lazaretos para recoger a los colerosos (1) faltos de asistencia privada; uno se estableció en una casa contigua al Retiro de San Pedro. La asistencia espiritual de éste se confió a Don Bosco.

* * *

Eran muy pocas las personas que, aun bien pagadas, se prestaban a servir a los colerosos. Entonces el Santo, compadecido a vista del extremo desamparo en que se encontraban algunos atacados, reunió a sus chicos y después de un eficaz fervorín de circunstancias, acabó manifestándoles su deseo de que algunos de ellos le acompañasen, junto con Don Alasonatti, en aquella obra de misericordia. Todos escucha-

(1) La palabra no consta en el Diccionario de la Academia; pero debería constar: la precisión de la lengua lo exige, las leyes de la derivación lo autorizan. No basta que en tercera acepción la Academia le dé a "colérico" el significado de "relativo al cólera-morbo".

ron religiosamente la invitación, y, mostrándose dignos hijos de tal padre, catorce dieron al punto su nombre para que se los incluyese en la comisión sanitaria. Otros treinta, pocos días después, seguían su ejemplo. Hasta cincuenta enfermeros compartían con Don Bosco y Mamá Margarita la difícil asistencia. Don Bosco lloró de consuelo. Después de darles algunas normas a fin de que sus servicios resultasen provechosos para el cuerpo y el alma de los apestados, los animó a la piadosa empresa.

—Manteneos en gracia de Dios, rezadle a la Virgen y os aseguro que ningún alumno del Oratorio será atacado del mal.

II

Los muchachos se repartieron el trabajo con suma abnegación y una habilidad que parece increíble.

Cuando se supo que los jovencitos del Oratorio se habían consagrado a esta noble obra, las peticiones para ser asistidos por ellos se multiplicaron de tal modo, que no les fue posible sujetarse a ningún horario. De día y de noche, lo mismo que Don Bosco, estaban en movimiento. Algunos días, apenas tenían tiempo para ir a Valdocco y tomar un bocado de pan; y algunas veces tuvieron que comer en las casas de los apestados. A ninguno dejaron morir sin Sacramentos. A muchos lograron sacarlos triunfantes del mal. Parecían enfermeros de profesión.

Cuando encontraban algún enfermo sin sábanas, mantas o camisa, corrían a decírselo a Mamá Margarita, que pronto lo suministraba todo según las necesidades. Bien pronto, con tanta generosidad, se llegó a no poseer más que lo que se llevaba encima. Ocasión hubo en que aquella mujer incomparable dio un mantel del altar, un amito y un alba; ¡parecía una profanación, pero era un acto de caridad exquisita, porque aquellos benditos lienzos cubrían los desnudos miembros de Jesús en la persona de un coleroso!

Y si esto hicieron los niños, ¿qué no harían los que, como Rúa, Cagliari, Francesia, le acompañaban ya como colaboradores inmediatos? De cada uno de ellos se cuentan en sus respectivas biografías hechos heroicos que rayan en lo sublime. Y si ninguno de ellos sucumbió a la fatiga, se debió a la milagrosa protección del Cielo prometida por la Virgen a Don Bosco y por éste a sus hijos. El Oratorio se afirmaba bien. Ningún fundamento tan sólido tienen las instituciones como la caridad.

Don Bosco recogió en el Oratorio a muchos niños huérfanos de resultas de la epidemia. Además, en un arranque de caridad, ofreció algunos jóvenes enfermeros a la ciudad de Pinerolo.

Cuando cesó la furia del contagio, pudo con mucho contento llevar un numeroso grupo de jóvenes a Becchi para la fiesta del Rosario.

Todo el Oratorio dio gracias al Señor por haber sido amorosamente preservados del cólera. La promesa que, con tanta confianza, había hecho Don Bosco a los chicos, se había cumplido y en forma tal, que sorprendió aun a los escépticos. La epidemia había rondado el Oratorio, había llegado hasta la puerta de éste, y aun había penetrado en la habitación de Don Bosco; pero parece que una mano invisible le ordenó que respetase la vida de todos sus moradores; y eran cerca de un centenar.

El cólera, a decir verdad, se introdujo en el cuarto de Don Bosco, porque una noche sintió éste todos los síntomas precursores de la epidemia. Se encomendó al punto a María Santísima, puso su vida en manos de Dios y se procuró a sí mismo los primeros cuidados que empleaba con los colerosos. Después de un cuarto de hora, oprimido por la fatiga y todo bañado en sudor, se durmió. Por la mañana despertó completamente repuesto. No iba a ser menos que sus hijos, aunque él era el pastor que se había ofrecido para que no hubiera otras víctimas.

Algo después cayó en cama, gravísimo, Cagliari; pero no

era de cólera, que ya la epidemia había pasado. Las circunstancias que acompañaron a su enfermedad y milagrosa curación son tan grandes y tan hermosas, que merecerían un poema. Pero de esto diremos dos palabras más adelante, cuando hablemos de las Misiones.

* * *

Aquel año, de tan tristes y a la vez alegres recuerdos, fue señalado por Don Bosco con otras obras de caridad. El Municipio, que había abierto junto a la iglesia de Santo Domingo un asilo de huérfanos, le encomendó su cuidado espiritual. Pasada la epidemia del cólera, cerró su asilo provisional, confiando los niños a diversos institutos de beneficencia; veinte de los más pequeños se entregaron a Don Bosco y formaron en el Oratorio una clase propia, que en broma llamaban los compañeros "la clase de los enanos".

Otra obra de caridad cristiana le ganó a Don Bosco la admiración de los mismos herejes. En el mes de noviembre de 1854, el ministro protestante De Sanctis, ex párroco apóstata, rompió con sus colegas y fue destituido de su cargo por orden de la llamada "Venerable Mesa", esto es, del Supremo Magisterio de la Iglesia Valdense. Tal desengaño era una voz que el Señor le hacía oír para traerlo al buen camino y al seno de la Iglesia Católica; y esta voz la oyó claramente por medio de Don Bosco.

"Hace algún tiempo —le escribía el Siervo de Dios— me movió el corazón a escribir a V. S. Ilma. una carta con objeto de exteriorizarle mi vivo deseo de hablarle y ofrecerle todo lo que el sincero amigo puede ofrecer al amigo estimado. Provenía este sentimiento de la atenta lectura que hice de sus libros, gracias a la cual me pareció adivinar en V. S. una verdadera inquietud de alma y corazón.

Ahora, por lo que he visto publicado en los periódicos, y que parece indicar desacuerdo entre V. S. y los valdenses, le invito a venirse a mi casa cuando lo tenga a bien. ¿Para qué? Para lo que el Señor

le inspire. Tendrá una habitación por morada; compartirá conmigo una modesta mesa y el estudio. Y todo esto sin imponerle ningún gravamen ni molestia.

Tales amistosos sentimientos me rebosan del corazón. Si V. S. llega a convencerse de lo leal y sincera que es la amistad con que le brindo, no dudo que aceptará mis ofrecimientos o al menos usará conmigo de benigna indulgencia."

Estas palabras conmovieron las fibras más íntimas del desdichado De Sanctis, que respondió al Santo:

"No puede imaginar Vuestra Señoría el efecto que me ha causado su amabilísima carta de ayer. No creía encontrar tanta generosidad y amabilidad en un hombre que es abiertamente enemigo mío. No disimulemos: Vuestra Señoría combate mis principios, como yo combato los suyos; pero mientras me ataca, muestra también amarme sinceramente ofreciéndome una mano benéfica en momentos de aflicción; así demuestra conocer la práctica de aquella caridad cristiana, que en teoría ¡tan bien predicán tantos!..." Y firmaba: "Con sincerísima estimación, devotísimo servidor y amigo..."

Don Bosco volvió a escribirle, renovando la invitación con afectuosas palabras; el pobre apóstata, el escritor del impío *Amigo de casa*, aceptó visitar el Oratorio, pactando con Don Bosco que no lo nombrase en sus escritos. El Siervo de Dios lo recibió con el bonete en la mano y no se cubrió hasta que el otro hubo de suplicárselo; le hizo visitar su modesto asilo y los primeros talleres y tuvo con él una conferencia, que se repitió en días sucesivos.

El infeliz se convenció de sus errores, mas no se convirtió. Pero aquellos coloquios no dejaron de producir algún bien; la generosa acción del Santo con su adversario, ejecutada en la hora en que éste había caído en desgracia, pareció calmar las iras de los enemigos contra él. Desde aquel día los herejes cesaron en sus maquinaciones, en sus agresiones y en sus violencias, y se limitaron a emplear las armas de la polémica.

Mas Don Bosco no desistió de intentar la conversión del

pobre apóstata. Para librarlo de cuidados, le ofreció encargarse de procurarle a su supuesta consorte una posición conveniente; pero el infeliz no quiso romper sus ominosas cadenas. Pocos años después, a consecuencia de un accidente, moría de improviso, limitándose a decir a su compañera de mala vida:

—¡Me muero, me muero!

CAPÍTULO XXVI

Interludio pedagógico

Rattazzi continuó, unas veces de cerca, otras de lejos, interesándose por la marcha del Oratorio y en relaciones con Don Bosco.

No había pasado un año desde la entrevista narrada en el capítulo anterior, cuando tuvo ocasión de comprobar, con un hecho, a la verdad extraordinario, la potencia educadora del sistema de que le había hablado y del ascendiente que ejercía sobre los chicos.

Diez años hacía que el Gobierno había fundado en la ciudad una cárcel para menores delincuentes. Llamábase "la Generala" y dependía del Ministerio de la Gobernación. Reinaba un rigor... propio del tiempo, con las naturales consecuencias. Don Bosco, que aun ocupado intensamente en el gobierno y administración de su Instituto, profesaba la máxima de que "el bien hay que difundirlo cuanto sea posible y mantener las relaciones sociales lo más extensamente que se pueda", hacía sus visitas a la Generala, enseñaba Catecismo cuando podía y se entretenía con los corrigendos, cuando se lo permitían, como si fueran sus chicos del Oratorio.

Entusiasta decidido de los Ejercicios Espirituales, a mediados de ese año 1855, les dio una fervorosa tanda a los corrigendos de la Generala. De tal manera ganó sus corazones, que no quedó uno que no se confesara y recibiera con el mayor fervor la Santa Comunión. El Santo quiso premiar tan generosa correspondencia y se presentó al director de las cár-

celes para pedirle le permitiera llevarlos a una excursión fuera de la ciudad.

El director saltó en su silla; ¡ tanta fue su sorpresa!

—¿ Pero habla usted en serio, señor cura?

—Con la mayor seriedad, y le ruego tome en consideración mi súplica.

La discusión fue larga y el director, atrincherado en las exigencias del reglamento e insistiendo sobre la temeridad de aquella "propuesta descabellada", ni siquiera se avenía a trasladar la súplica al ministro.

Don Bosco, sabiendo que el asunto correspondía más bien al gobernador de la provincia, fue a verlo para que interesara al ministro. Pero recibió un "no" rotundo. Entretanto el director había hablado de la "descabellada petición" con Rattazzi. Éste la oyó no sin extrañeza; pero, picado de curiosidad, dijo que deseaba ver a Don Bosco.

Le recibió con la afabilidad que ponen los señores cuando quieren.

—Querido Don Bosco, voy a despachar favorablemente su petición. El paseo les hará mucho bien a nuestros muchachos. Daré las órdenes oportunas; de lejos le seguirán algunos números de la policía, disfrazados, para que le ayuden en caso necesario a mantener el orden y para que ninguno se fugue.

Sonrió Don Bosco bonachonamente y respondió:

—Excelencia, le agradezco su atención; pero no haremos el paseo sino con dos condiciones: ir yo solo con los muchachos y que Su Excelencia me prometa no mandar ni de cerca ni de lejos ningún guardia. Me hago responsable de todo y Su Excelencia me pondrá en la cárcel si hubiere desórdenes o fugas.

—Pero se le escapan todos —respondió el ministro estupefacto.

—No lo crea, señor ministro; fíese de mí.

* * *

El proyecto, aunque hermoso, era realmente temerario. Pero Rattazzi, intrigado y recordando el coloquio de un año antes, sintió curiosidad de apurar lo del sistema preventivo, pensando además que no sería difícil volver a capturar a los que intentasen escaparse. Así es que accedió.

La víspera del paseo fue Don Bosco a preparar los ánimos de sus muchachos "preventivamente".

—Hijos míos, vengo a daros una gran noticia. En premio de la benevolencia que habéis tenido conmigo, de la buena conducta de estos días y sobre todo de vuestra generosa correspondencia a mis fatigas sacerdotales, he hablado con el señor Ministro y el Intendente General y he obtenido el permiso de llevaros a dar un paseo al parque real de Stupinigi (distante unos quince kilómetros).

Los pobres chicos no acertaban a dar crédito a sus oídos; dieron un grito atronador de sorpresa y de alegría. Restablecida la calma, Don Bosco prosiguió:

—Bien comprenderéis cuán grande es la gracia que se os concede; es cosa que nunca se ha hecho.

—¡Viva Don Bosco! ¡Viva el Ministro! —gritaban, frenéticos de entusiasmo.

—Sí, ¡viva el Ministro! Pero atentos a lo que voy a decir. He empeñado mi palabra en vuestro nombre, de que del primero al último os portaréis tan bien, que no habrá necesidad de guardias; he empeñado mi palabra de que mañana por la noche estaréis todos en vuestro sitio. ¿Puedo estar seguro de que ninguno abusará?

—Sí, sí; esté seguro —respondieron unánimes.

Y alguno de los mayorcitos añadió:

—¡Cuidado!, que si alguno intentara huir, correría tras él y lo estrujaría como un pollo.

—Y yo —dijo otro— le rompería la cabeza de una pedrada.

—Basta, basta, hijos míos; estas palabras no son cristianas. Yo me fío de vosotros. Sé que me amáis y no me daréis ningún disgusto. La ciudad de Turín tiene los ojos puestos en vosotros. La falta de uno caería sobre todos. Y caería especialmente sobre mí; me acusarían de imprudente y de necio, que me he dejado engañar... Por otra parte, ¿de qué aprovecharía una fuga? La policía la descubriría al día siguiente y la haría pagar con la más severa prisión. En cambio, vuestra conducta os atraerá el aplauso general y os hará acreedores a nuevos favores. Mas, aparte estas consideraciones humanas, vosotros habéis prometido a Dios no volver a ofenderlo. Él os mira, porque lo ve todo, dispuesto a bendeciros ahora y siempre, si le sois fieles. Vais, pues, a darle mañana una prueba de vuestra fidelidad y firmeza en los propósitos. Conque, todos en orden y obedientes. ¿Me lo prometéis?

—¡Lo prometemos! Usted es nuestro jefe y ya verá cómo ningún general ha tenido nunca soldados tan fieles y disciplinados.

Cuando el Santo terminó estas "Buenas noches", él y los muchachos no cabían en sí de gozo.

* * *

Al día siguiente, con el fresco de la mañanita, abriéronse las puertas de la prisión y trescientos muchachos corrigendos salieron, radiantes de júbilo, guiados únicamente por el sacerdote, que en tan pocos días había conquistado sus corazones. No les parecía cierto aquel poder gozar de un día de aire y de libertad. Alegres y obedientes, parecían los jóvenes del Oratorio. Salidos de la ciudad, rompieron filas como los chicos del Oratorio e iban a porfía por estar cerca de Don Bosco y conversar con él. La serenidad del rostro del santo sacerdote parecía reflejarse en ellos.

A mitad del camino les pareció que Don Bosco estaba un poco cansado. Detuvieron el caballo que llevaba las provisio-

nes, se distribuyeron los sacos, canastos y paquetes y le hicieron montar. Así, desde lo alto, más fácilmente los podía ver a todos y amenizarles el camino entonándoles cantos populares y diciendo chistes y bromas.

Llegados al pueblo, los recibieron el párroco y un cooperador; entraron en la iglesia y oyeron la Santa Misa, celebrada por Don Bosco. Penetraron en el delicioso parque real, rico en plantas, arbustos, aguas y parterres floridos; y se desparramaron por sus sendas, sin que a ninguno se le ocurriera maltratar una flor. Almorzaron en torno del lago, alternando los cantos con las aves del parque; curiosearon cuanto había que ver, olvidados por completo de la Generala. Ya atardecido, merendaron y en el mismo orden con que habían ido, se reintegraron a la ciudad y a la Generala. Su única preocupación era colmar de atenciones al Padre amado. Ni siquiera le permitieron tomarse la molestia de llevar las riendas del caballo (1).

* * *

El ministro y sus subordinados estaban impacientes por comprobar el resultado de la aventura, y cuando los vieron volver alegres y satisfechos, y el alcaide pasó lista, no volvían en sí del asombro.

La prueba estaba hecha. El ministro, después de escuchar la relación que del paseo le hizo el educador, le dijo:

—Confieso que ustedes los ministros de Dios disponen de una fuerza moral muy superior a la material con que nosotros contamos. Ustedes pueden reinar sobre los corazones y penetrar en la conciencia de los hombres...

(1) Los filmadores de la película *Don Bosco, un hombre de leyenda*, incluyeron en ella una fuga, aunque con su correspondiente arrepentimiento; diz que para "darle variedad". ¡Como si todo el épico episodio no tuviera en sí bastante interés y una enorme "variedad"! Alterando la historia, echan una sombra sobre un hecho que es todo claridad y luz.

—También ustedes podrían, siquiera en parte...

—¡Le quedo sumamente agradecido de lo que usted ha hecho por nuestros chicos! Ustedes pueden lo que nosotros no podemos...

Y tan convencido estaba, que algún tiempo después, teniendo un sobrino díscolo, se lo confió a Don Bosco en vez de mandarlo a la Generala, y Don Bosco hizo de él "un buen ciudadano y buen cristiano".

Permítasenos añadir una explicación que es del mismo Don Bosco, para dilucidar la razón de estos triunfos pedagógicos que parecen milagros:

—No basta amar a los chicos para hacerlos dóciles y obedientes; es necesario amarlos de manera que ellos echen de ver que son amados.

Los chicos de la Generala, en los contactos que habían tenido con él, habían sentido que los amaba; y le correspondieron con ese amor tierno y ardiente que los hizo generosos y facilitó este triunfo o milagro pedagógico.

CAPÍTULO XXVII

Durante la supresión de las corporaciones religiosas

I

La Iglesia Católica, para conseguir normalmente su fin, no puede dejar de tener templos para el culto, seminarios para la formación del Clero, conventos y monasterios para la práctica de los consejos evangélicos, como también otros bienes indispensables para el sostenimiento de los ministros sagrados, para el mantenimiento de innumerables obras de caridad y para el cumplimiento de todas las otras obligaciones que le impone su misión. La Iglesia siempre tendrá este derecho, porque debe, según la promesa de Jesucristo, durar en la Tierra hasta el fin de los siglos.

Pero los sectarios, después de negarle el poder legislativo, ejecutivo y judicial, se conjuraron para negarle el derecho de poseer. Durante estas maniobras, los obispos publicaron utilísimas instrucciones. Pero se hizo caso omiso de aquellas justas reclamaciones. Los conventos, desalojados so pretexto del cólera, no se restituyeron a los religiosos. Por muchos indicios se veía que era inminente una ley de incautación de aquellos edificios.

Don Bosco se sintió inspirado y decidido a impedir nuevos atentados contra la Iglesia.

Una tarde, durante aquellos días en que se hablaba de la supresión de las Órdenes Religiosas, recordó a los jóvenes las maldiciones escritas por los antiguos duques de Saboya

en las cartas de fundación de la Abadía de Altacomba contra aquellos de sus descendientes que se atreviesen a destruirla o a usurpar sus bienes. El joven Ángel Savio, que después fue sacerdote salesiano, del cual tenemos una declaración formal sobre este punto, al oír aquella serie de horrendas amenazas, concibió una idea atrevida, que Don Bosco, sin aconsejársela, se la había insinuado, y fue bastante. Buscó una copia de aquella carta de fundación, transcribió todas las maldiciones en una hoja, la firmó y se la dirigió al Rey.

Víctor Manuel leyó el respetable documento, y cuando comprendió por qué se lo habían enviado, sintió no poca turbación y lo mostró al marqués Domingo Fassati, con quien tenía íntima familiaridad.

El marqués, que era un celoso catequista del Oratorio y un amigo y bienhechor de Don Bosco, cuando leyó el nombre de Ángel Savio comprendió inmediatamente de dónde venía la hoja. Al oír las quejas del Rey, que consideraba aquello como una descortesía, se calló y fue al Oratorio para lamentarse con Don Bosco de la audacia del clérigo Savio.

El Santo respondió:

—La verdad en ciertos casos no puede ni debe ocultarse. Savio ha obrado bien. Esa carta no es una falta de respeto a la augusta persona del Rey; por el contrario, significa el afecto que le inspira la familia real.

En la Corte se creyó por algún tiempo que el fautor o autor de aquella carta era el canónigo Anglesio, Superior de la "Pequeña Casa de la Divina Providencia", porque éste decía, hablando con sus familiares y con otros personajes de la ciudad:

"¡Pronto veremos cómo ciertas estrellas se eclipsan, como también el resultado de ciertas pillerías!"

Pero no se tardó mucho en llegarse de la sospecha al conocimiento de la procedencia del aviso.

Don Bosco, no sólo quería salir a la defensa de los derechos del Señor, sino dar satisfacción a su sincera gratitud, porque la casa real de Saboya se había mostrado siempre

generosa en simpatías y auxilios para con él y para con su Obra y quería ahorrarle desgracias, tanto más que esta vez se extendían hasta la cuarta generación.

A fines de noviembre de 1845 había visto en sueños, junto al pórtico central del Oratorio, que entonces sólo estaba construido en parte, avanzar en medio del patio un paje de la Corte con uniforme rojo, el cual con paso apresurado se llegó a él y gritó:

—¡Gran noticia!

—¿Cuál?

—Anuncia: ¡Gran funeral en la Corte!, ¡gran funeral en la Corte!

Ante aquella inesperada aparición, y al oír aquel grito, el Santo se quedó como de piedra, y el paje repitió:

—¡Gran funeral en la Corte!

Don Bosco quería pedirle explicación de este fúnebre anuncio, pero el mensajero desapareció.

Al despertarse el Siervo de Dios estaba como fuera de sí; pero cuando comprendió el misterio de aquella aparición, preparó una carta para Víctor Manuel, narrándole el sueño simplemente. La hizo copiar a Ángel Savio y se la envió al Rey, el cual, según parece, no le dio gran importancia.

Pasados cinco días, Don Bosco soñó de nuevo con el paje, que le gritaba:

—Debes anunciar, no ya gran funeral en la Corte, sino: ¡Grandes funerales en la Corte!

Y después de repetir por dos veces las mismas palabras se marchó al punto, mientras Don Bosco le pedía en vano más explicaciones.

Cuando vino el alba Don Bosco mismo dirigió al Rey otra carta, en la cual le refería el nuevo sueño, y rogaba a Su Majestad que viese el modo de evitar los castigos anunciados, impidiendo a toda costa la aprobación de la ley.

Después de la cena refirió el hecho a sus clérigos, diciéndoles abiertamente que se trataba de verdaderas amenazas del Señor; y, muy apenado, repetía frecuentemente:

—Esta ley acarreará grandes desgracias a la casa del Soberano.

El Rey habló de ello en confianza con el Marqués Fassati, el cual volvió al Oratorio para decir a Don Bosco:

—¿Pero le parece a usted que está bien esta manera de revolver a toda la Corte? El Rey, no sólo se ha impresionado y se ha turbado, sino que se ha enfurecido.

—¡Pero lo escrito es verdad! —le respondió el Siervo de Dios—. Me duele haber molestado al Soberano; pero, al fin y al cabo, se trata de su bien y del de la Iglesia.

El 28 de noviembre de 1854 el ministro de Justicia, Urbano Rattazzi, presentaba a los diputados el proyecto de ley para la supresión de los conventos, que el conde Camilo de Cavour, ministro de Hacienda, estaba decidido a que se aprobara a toda costa.

Pero un doloroso acontecimiento vino a interrumpir la discusión. El 5 de enero la bondadosa reina madre, María Teresa, caía enferma casi repentinamente. El Rey escribía al general Alfonso La Marmora: "Mi madre y mi mujer no cesan de repetirme que se mueren de disgusto por mi causa" (1).

La augusta enferma moría el 12 de enero, a los cincuenta años. La Cámara, para manifestar al Rey su duelo, suspendió las sesiones. El luto fue universal.

* * *

Mientras se cerraba aquel féretro, llegaba a manos del Rey otra carta misteriosa, que decía, sin nombrar a nadie: "Una persona inspirada de lo alto ha dicho: Abre los ojos; ya ha muerto uno; si la ley pasa, ocurrirán grandes desgracias en tu familia. Esto no es más que el prelude de los

(1) *Tavallini*. "La vita e i tempi di Giovanni Lanza", vol. I, página 150.

males: *Erunt mala super mala in domo tua*. Si no retrocedes, vas a abrir un abismo que no podrás sondear."

El Soberano se quedó aturdido; presa de gran inquietud, no podía hallar reposo. Ravallini alude a esta situación del Rey, "amenazado de los castigos del Cielo por las frecuentes cartas de los preladados".

Aún no había acabado la Corte de tributar las últimas honras fúnebres a la madre del Rey, cuando la reina Margarita, habiendo dado a luz felizmente un niño, cayó en peligro de muerte, a causa del dolor sufrido por la muerte de su suegra, y expiraba en el ósculo del Señor el 20 de enero, a los treinta y tres años.

¿Qué más? Aquella misma noche le fue llevado el Viático a S. A. R. el príncipe Fernando, Duque de Génova, hermano único del Rey.

Víctor Manuel estaba sumido en el más profundo dolor. Al día siguiente la Cámara de los Diputados acordaba un luto de trece días y la suspensión de las sesiones por diez.

Los clérigos del Oratorio estaban aterrados al ver cumplidas, de una manera fulminante, las profecías de Don Bosco, tanto más cuanto asistieron a las fúnebres ceremonias de aquellas defunciones.

Cuando cesaron los días de luto se reanudaron las sesiones de las Cámaras; pero por otro motivo de índole política se interrumpió de nuevo la discusión de la propuesta de Rattazzi.

El 11 de febrero debía tratarse nuevamente de ella; pero en la noche del 10 al 11 moría el príncipe de Saboya, Duque de Génova, hermano del Rey, a los treinta y tres años. Así, por tercera vez debieron suspenderse las sesiones. Estas muertes amenazadoras deberían haber convencido al Rey de que las misteriosas cartas le habían anunciado la voluntad de Dios. Y en verdad comenzó a reflexionar; y no sólo los católicos, sino muchos liberales vieron en ello un aviso del Cielo.

Con todo, el 15 de febrero se reanudó la discusión sobre

la ley Rattazzi y el 2 de marzo fue aprobada. Los católicos se apresuraron a remitir 97.700 firmas al Senado para que la rechazase; juntamente se recogieron otras en favor, que alcanzaron sólo la cifra de 36.600. ¡Y sin embargo, la ley pasó adelante!

II

Mientras los buenos vivían en ansiosa expectación, Don Bosco, después de haber publicado la carta de fundación de Altacomba con la exposición de todas las maldiciones indicadas, el mes de abril publicaba en las *Lecturas Católicas* un librito del barón de Nilinse titulado: *Los bienes de la Iglesia; cómo se roban y cuáles son las consecuencias; con un breve apéndice sobre las vicisitudes del Piamonte*. La obrita hizo mucho ruido y sirvió para infundir en el ánimo de muchos un temor saludable. La policía se alarmó; se habló de embargo; Brofferio lo llamó una provocación insultante contra el poder legislativo y dijo que era preciso buscar al autor y castigarlo; pero no se hizo nada.

El 23 de abril se abrió la discusión en el Senado. Pero el 17 de mayo la Casa Real se cubría nuevamente de luto. El último hijo de la llorada María Adelaida, Víctor Manuel Leopoldo María Eugenio, nacido el 18 de enero, llegó al último extremo de su vida y fue a reunirse con su madre. En cuatro meses el Rey había perdido a su madre, a su esposa, a su hermano y a un hijo; el sueño de Don Bosco se había realizado dolorosamente.

Después de cinco días, el 22 de mayo, por cincuenta y tres votos contra cuarenta y dos el Senado aprobaba la ley con algunas modificaciones propuestas por el senador Des Ambrois.

Durante estas discusiones, el Santo hizo rezar en muchos institutos religiosos y exhortó a sus jóvenes a que hicieran prácticas especiales, hasta ayunar a pan y agua por un día, y le obedecieron.

Ya no faltaba más que la firma del Rey. Don Bosco le hizo escribir por medio de Ángel Savio estas palabras: "¡Sacra Real Majestad! Ayer asistí a una conversación en la cual estaba presente Don Bosco. Se hablaba de los acontecimientos del día y de la ley Rattazzi, enviada al Senado. Don Bosco dijo: Si yo pudiese hablar al Rey, le diría: "Majestad, no suscriba la ley supresiva de los conventos, porque de otra manera, va a suscribir muchas desgracias para Vuestra Majestad y para vuestra real familia. Se lo advirtió como súbdito fiel y obediente." El clérigo escribió y puso la firma: Ángel Savio, de Castelnuovo de Asti."

La carta se envió, pero Don Bosco no estaba todavía satisfecho; agitado por una santa e impaciente conmoción, escribió él mismo otro folleto en el cual repetía la frase: *Dicit Dominus: Erunt mala super mala in domo tua...* Ya no rogaba, amenazaba con grandes castigos si el Rey ponía su firma. El folleto fue enviado a uno de los jefes de la servidumbre del Rey, un tal Occhiena, de Castenuovo, amigo y algo pariente del Siervo de Dios, que gozaba de mucho crédito en la Corte, y aun de la confianza del Rey.

El Rey había marchado a Susa aquel mismo día; la carta le alcanzó en San Ambrosio. Se quedó desconcertado. Cuando el 2 de mayo le presentaron a la firma la malaventurada ley, dijo:

—Esperemos; déjenme que lo piense detenidamente.

Los ministros, al ver que la conciencia del Rey estaba turbada, propusieron, por iniciativa propia, o para secundar el deseo del monarca, consultar con algunos teólogos de la Corte, que gozaban de mucha estima. El Rey consintió. Era tal su disposición entonces, que si los teólogos le hubieran aconsejado como se debía, no habría firmado la ley y la aprobación de ésta se hubiera aplazado indefinidamente o se hubiera retirado. Pero fueron a palacio cuatro eclesiásticos, doctores en Derecho Canónico, todos cortesanos, alumnos de la Universidad, discípulos y admiradores de Nepomuceno Nuycz. Víctor Manuel les expuso la cuestión, les entregó las

cartas de Don Bosco para que las examinasen y se retiró en espera de respuesta.

Dichos teólogos opinaron que el Rey podía en conciencia firmar aquella ley; y así, la promulgó aquel mismo día, 29 de mayo de 1855, y por consecuencia fueron suprimidas o gravemente perjudicadas treinta y cinco Órdenes Religiosas y de seiscientos cuatro casas con ocho mil quinientos sesenta y tres individuos, fueron suprimidas trescientas treinta y cuatro con cinco mil cuatrocientos cincuenta y seis religiosos.

III

El 30 de mayo, uno de aquellos cuatro doctores, canónigo en una localidad de provincias, encontró a Don Bosco junto al "Rondó" de Valdocco y le reprendió por haber escrito al Rey aquellas cartas, que él calificó de insolentes. Don Bosco, en cambio, le reprochó el injusto consejo que había dado al rey con tanto daño para la Iglesia; rebatió una por una las falsas opiniones con que trató de excusarse y lo dejó confuso y aturdido.

El teólogo se retiró muy disgustado, pero no tardó en hacerse amigo y bienhechor insigne del Santo, y así continuó hasta la muerte.

Además de las cartas indicadas, Don Bosco había escrito al Soberano otras varias confidenciales, mientras tuvo la esperanza de evitar el ruidoso paso que iba a dar, hasta el punto de que Víctor Manuel exclamó un día:

—¡No tengo un momento de paz! ¡Don Bosco no me deja vivir!

Encargó también a una persona de la Corte que repitiera a Don Bosco estas palabras; y como no hiciese efecto esta queja, preocupado e impaciente, quiso conocer personalmente el lugar donde habitaba aquel sacerdote, causa de tanta zozobra para él, sobre todo después de las dolorosas pérdidas que habían ocurrido en la familia real. Fue dos veces al Ora-

torio, pero no le fue posible ver a Don Bosco. Después, el general conde d'Angrogna, habiendo oído al rey lamentarse de las famosas cartas de Don Bosco, se creyó en el deber de ir a pedirle cuentas y la cosa tomó un aspecto trágicocomico.

Primeramente lo apostrofó con vehemencia, llamándole impostor, fanático, rebelde y enemigo del Rey, cuyo honor había vilipendiado, ultrajando su majestad y hollando su autoridad soberana; y sin querer oír sus justificaciones, exigió que escribiese una retractación, que él mismo le dictaría.

Don Bosco se negó con firmeza, por lo cual el general llevó furibundo la mano a la empuñadura de la espada y la sacudió, como en plan de desafío o de amenaza. Pero el Siervo de Dios, con su calma inalterable y su habitual dulzura y buen humor, lo calmó y añadió que, si hubiera sabido que el señor Conde deseaba arreglar aquel asunto, él mismo hubiera ido a su casa para evitarle la molestia de venir al Oratorio.

El general le miró y no supo qué decir ni qué hacer. Saludó, bajó, montó a caballo en el patio y una vez en la calle, como movido por un resorte, volvió atrás y subió otra vez a ver a Don Bosco.

—¿De modo que dice usted que irá a mi casa?

—Se lo aseguro.

—¿Tendría usted valor para ello?

—Ciertamente que iré.

—¿Y si yo le tomase la palabra?

—¡Encantado!

—Pues mañana a las dos le espero.

Al día siguiente y a la hora señalada Don Bosco fue a casa del conde d'Angrogna, el cual reanudó las gestiones para obtener una carta que se enviaría al Rey. Y se pusieron a redactarla de común acuerdo. El Siervo de Dios, únicamente para evitar males mayores y probables graves consecuencias, escribió que le dolía haber molestado al Rey, sin quererlo y que Su Majestad tomase las predicciones de la manera que juzgase más conveniente para su tranquilidad.

Para sellar la amistad, el Conde hizo traer unas botellas y algunos bizcochos. Tomó uno y se lo ofreció a Don Bosco. Éste le preguntó sonriente:

—¿No tiene alguna materia... heterogénea?

—¡Oh, no!

Y moja el bizcocho y se lo come. Los otros se los fueron comiendo alternativamente. (No hay que olvidar que por aquel entonces algunos habían atentado contra la vida de Don Bosco.)

Desde aquel día el conde d'Angrogna se convirtió en amigo muy afectuoso de Don Bosco. El Santo había iniciado en aquellos días otra lotería de beneficencia en provecho del Oratorio y el nombre del conde Alejandro Lucerna de Angrogna figuró entre los de la comisión organizadora.

Víctor Manuel concibió entonces mayor estima por el Siervo de Dios. Repetidas veces buscó ocasión para entrevistarse con él, aunque en vano. Una vez, en 1867, dijo a Monseñor Charvaz, Arzobispo de Génova, estas textuales palabras:

—Monseñor, Don Bosco es un verdadero santo.

Y no cesó de ayudarle con limosnas y otros auxilios.

* * *

Después de la fiesta de la Inmaculada, cuyo primer aniversario de su definición dogmática quiso celebrar dignamente haciendo imprimir ocho mil ejemplares de una práctica piadosa en honor de María, y litografiar mil estampas, reinaba en el Oratorio gran expectación por otra profecía.

Un domingo de marzo de 1845 había referido Don Bosco un sueño suyo a los internos. En él había visto, en la cabeza de uno de ellos, una especie de turbante con la figura de una gran luna, en medio de la cual estaba escrito el número veintidós, mientras un desconocido, de aspecto grave y noble continente, le decía:

—Escúchame antes de acercarte a él; ése tiene todavía

veintidós lunas de tiempo; antes que se hayan cumplido, morirá. ¡No lo pierdas de vista y prepáralo!

Vivo terror se apoderó de todos los jóvenes, tanto más cuanto era la primera vez que Don Bosco anunciaba en público, y con cierta solemnidad, la muerte de uno de los internos.

El buen Padre lo advirtió y prosiguió:

—Yo lo conozco, y el de las lunas está entre vosotros. Pero no quiero que os espantéis. Es un sueño, como os he dicho, y ya sabéis que no siempre se debe prestar fe a los sueños. Mas, como quiera que sea, es cierto que debemos siempre estar preparados, como nos recomienda el Divino Salvador en el Santo Evangelio, y no cometer pecados; entonces la muerte no nos dará miedo. Sed todos buenos, no ofendáis al Señor. Yo estaré atento y no perderé de vista al número veintidós, es decir, al de las veintidós lunas, esto es, veintidós meses, y espero que tendrá una buena muerte.

Acabó el año de 1854; pasaron algunos meses de 1855 y vino octubre, es decir, la vigésima luna. El Santo dijo al clérigo Cagliero:

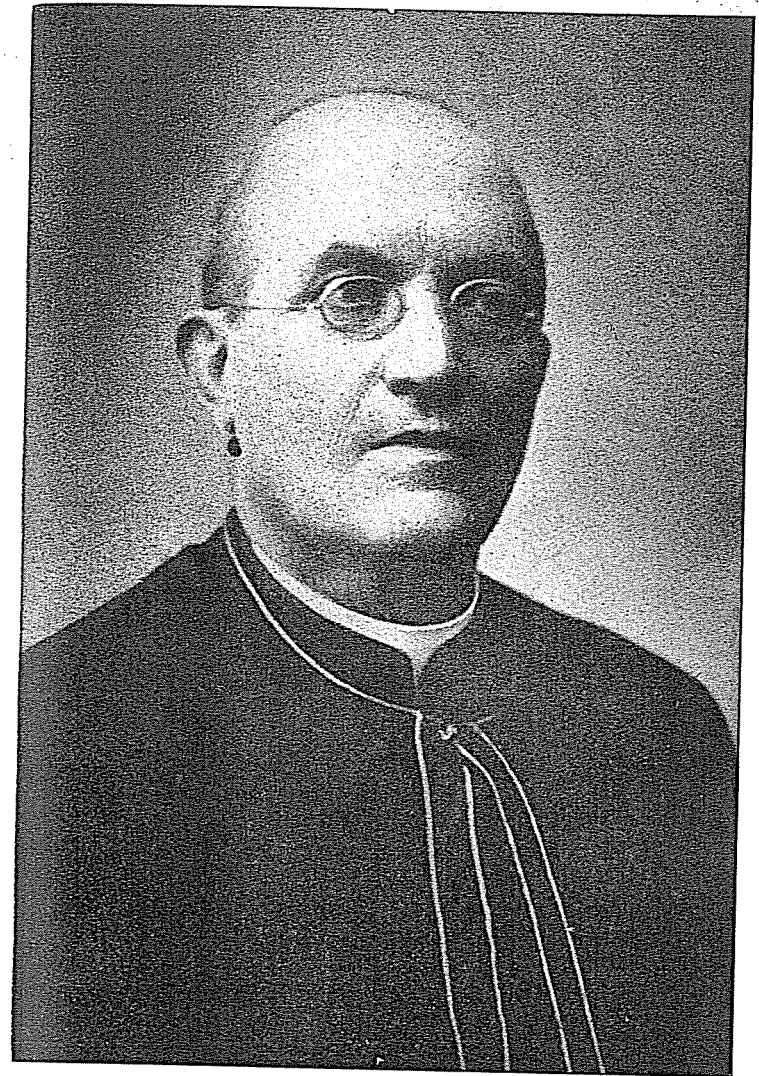
—¡Procura asistir bien a Gurgo!

Segundo Gurgo, de Pettinengo, era un joven de diecisiete años, de bella y robusta presencia, tipo de salud exuberante, notable organista y pianista, que dormía en una habitación al cuidado del clérigo Juan Cagliero.

Hacia mediados de diciembre le acometió a Gurgo un cólico tan violento y peligroso, que por consejo del médico se le administraron los Santos Sacramentos. Ocho días duró la terrible enfermedad, que al fin pareció que cedía. Pero en la noche del 23 al 24 se recrudeció casi de improviso y el joven expiró.

Hubo gran desolación en toda la casa.

“Por la noche, víspera de Navidad —refiere Pedro Enria—, recuerdo todavía que Don Bosco subió al pequeño púlpito y volviendo los ojos en torno suyo como si buscara a alguno, dijo:



Monseñor José Fagnano, apóstol de la Patagonia Meridional y Tierra del Fuego. Después de haber trabajado en varios Colegios de Italia, partió con la primera expedición misionera, en 1875. Nació en Rocchetta Tánaro en 1844; murió en Viedma en 1916.



Mons. Santiago Costamagna. Nació en Caramagna en 1846 y murió en Bernal (Argentina) en 1921. Fue Director del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Fue un grande misionero en las Pampas argentinas, Inspector de las casas de aquella República y primer Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza.

—Es el primer joven que muere en el Oratorio. Se ha portado como debía y esperamos que estará en el Paraíso. Os recomiendo que estéis siempre preparados...

Y no pudo hablar más, porque su corazón estaba muy apenado: ¡La muerte le había arrebatado a un hijo!”

CAPÍTULO XXVIII

Actividad creciente de apostolado

I

La “senda de los justos —dice el Espíritu Santo— es como una luz brillante que va en aumento y crece hasta el mediodía” (1). Tal fue la vida de Don Bosco. Nosotros, al llegar a este punto no podemos seguirle en todas sus empresas; pero refiriéndonos tan sólo a algunas de sus obras, deberemos repetir igualmente: “¡Dios es verdaderamente admirable en sus Santos!”

Un infeliz sacerdote, Antonio Grignaschi, se convirtió en autor de una torpe herejía. Se decía Jesucristo en persona, encarnado nuevamente para fundar una nueva Iglesia; y ejecutaba cosas extrañas y maravillosas. Una mujer seducida... ¡era la Virgen María! Suspendido *a divinis*, vino a Turín y habló de sus sacrílegas patrañas también con Don Bosco, el cual, horrorizado, intentó, aunque en vano, con razones y promesas, sacarlo de su horrible y escandalosa herejía. Después de haber andado errante por diversos lugares, se estableció el desgraciado en una barriada vecina a Viarigi, en el Monferrato. Éste fue el campo de sus tristes proezas. Engañó con procedimientos y artes espiritistas a la administración parroquial y a los sacerdotes del vecindario, y per-

(1) Prov., IV, 18.

virtió con sus herejías a gran parte de aquella población.

Las obscenidades de la nueva secta llegaron hasta el punto de que el Procurador del Rey en Casale hizo recluir en la cárcel a Grignaschi con trece de sus cómplices el 15 de julio de 1850; y no obstante la defensa de Ángel Brofferio, fue condenado por los magistrados del Tribunal de Apelación a siete años de reclusión en el castillo de Ivrea. Don Bosco fue varias veces a visitarlo en la cárcel, e hizo tanto por el infeliz, que éste le prometió retractarse de sus errores.

Pero sus secuaces continuaron obstinadamente en el error. Habían predicado la divina palabra los Obispos de Casale y de Asti, el último durante cincuenta días seguidos, pero con escaso fruto. Finalmente el nuevo párroco, Don Mellino, recurrió a Don Bosco, quien con alguna frecuencia predicaba misiones. El Siervo de Dios, en unión del celosísimo teólogo Borsarelli, canónigo de la Metropolitana de Turín, fue a Viarigi en enero de 1856 para dar una Misión, cuyos resultados fueron verdaderamente extraordinarios.

No satisfecho con el bien que hizo en aquella población, no descansó hasta que consiguió de Grignaschi que se retractase de su herejía y se le levantara la excomunión.

Condonado el resto de la pena, fue a visitar a Don Bosco, quien lo abrazó afectuosamente y lo persuadió a alejarse para siempre de Viarigi. Grignaschi obedeció, pero se duda mucho de que perseverara en su conversión. Cesó en el proselitismo y, con esto, ya no se volvió a hablar más de él; pero no quiso vestir nuevamente el hábito talar. Murió en 1883 sin recibir los últimos sacramentos.

Incansable en la defensa de la Fe y la Moral cristianas, con el ejemplo, la palabra y la pluma, en 1860 sostuvo Don Bosco nuevas polémicas sobre el dogma del Purgatorio, encarnizadamente combatido por los valdenses, y tuvo que combatir otra secta, la del polaco Andrés Towianski, que había engañado a cierto número de personas eruditas y aun piadosas.

Muy apenado porque varios sacerdotes y algunas familias se habían adherido a las doctrinas de aquél, contrarias a la

existencia del Purgatorio, se dispuso lo mejor que pudo para poner fin al escándalo. Visitó a varios de los más influyentes para que rectificasen sus ideas y escribió e hizo imprimir cuanto había sostenido contra los ministros valdenses en las disputas ya en otro lugar mencionadas.

Con otras publicaciones intensificaba el Siervo de Dios la propaganda de la buena prensa. Además de los libritos de las *Lecturas Católicas*, que había escrito o revisado y reimpresso varias veces, hizo imprimir seis mil ejemplares de una obrita ascética, titulada *La llave del Paraíso en manos del católico que practica los deberes del buen cristiano, por el sacerdote Juan Bosco*; y publicó otra obra de gran importancia, que se conservará como una de las pruebas más hermosas de su celo apostólico y de su corazón de educador cristiano. Sabido es el bien o el mal que pueden hacer los textos de Historia, según como estén escritos. Los que entonces corrían en Italia eran bastante malos, harto tendenciosos. Por eso Don Bosco escribió su *Historia de Italia, narrada a la juventud, desde sus primeros habitantes hasta nuestros días, acompañada de un mapa, por el sacerdote Juan Bosco*. Fue un precioso regalo para los jóvenes del Oratorio y, añadiremos, para toda la juventud de Italia, y un eficaz antídoto contra las falsificaciones de la Historia que entonces pululaban. La elogiaron Pío IX, *La Civiltà Cattolica*, Nicolás Tommaseo; el ministro de Instrucción Pública le concedió un premio de mil liras y además expresó el deseo de que la adoptasen como texto las escuelas públicas.

* * *

Mientras atendía a las obras del sagrado ministerio y a la difusión de los buenos libros, concibió otro generoso proyecto en favor de la juventud: ensanchar el Internado, completando la parte ya edificada y prolongándola hasta la iglesia de San Francisco de Sales. El ministro del Interior, Urbano Rattazzi, encomiando la intención de aquella iniciativa, le concedió una subvención de mil liras.

Se requiere una fe heroica en la Divina Providencia para comprometerse en nuevas empresas sin desalentarse por las pruebas a que las excepcionales dificultades de aquellos años le sometieron. El 22 de agosto, a causa de la caída de una viga que se escapó de las manos de un albañil, se derrumbaron dos bóvedas; pero en medio de esta desgracia apareció visible la mano de la Divina Providencia, porque nadie recibió daño; el mismo albañil quedó como prodigiosamente suspendido sobre un pequeño trozo de bóveda no derrumbado.

En aquella hora el Siervo de Dios estaba fuera del Oratorio. Cuando se enteró del desastre, preguntó con dolorosa solicitud si habían ocurrido desgracias; y cuando supo que la vida de todos estaba en salvo, dio gracias al Señor y dijo tranquilamente a los jóvenes que le rodeaban:

—¡Menos mal que no ha habido ninguna víctima! Lo demás no es nada... Pero vosotros —añadió bromeando—, a pesar de ser tantos en casa, ¿no habéis sido capaces de ir a poner un dedo debajo de las bóvedas para que no se cayesen? Mas, ¿qué le vamos a hacer? Os compadezco. *Berlich* (el demonio) nos ha dado una cornada. Ya es la segunda vez que esa mala bestia comete con nosotros la descortesía de echarnos abajo la casa; pero no importa. Tendrá que habérselas con Dios y con la Virgen, y no se saldrá con la suya. Si las bóvedas se han caído, nosotros las levantaremos y no volverán a caerse. El Señor omnipotente, que ha permitido esta prueba, no nos abandonará... Nada debe turbarnos.

La Divina Providencia, moviendo a muchos generosos corazones, vino en ayuda de su Siervo. El ministro de la Guerra le ofreció vestidos y mantas para ciento cincuenta asilados y el ministro del Interior, un socorro de dos mil liras.

A primeros de octubre quedaba terminado el nuevo edificio. Don Bosco indicó la distribución de los locales y quiso coronar la obra haciendo escribir en gruesos caracteres en las paredes del pórtico algunos pasajes de la Sagrada Escritura; porque decía:

—Bajo estos pórticos los jóvenes se paran a veces can-

sados del juego, o pasean; y los de afuera que vienen al Oratorio para sus asuntos se detienen allí hasta que se los recibe. Unos y otros, al ver las inscripciones, sentirán la curiosidad de leerlas, aunque sólo sea para pasar el tiempo, con lo cual les quedará esculpido en la mente un buen pensamiento que podrá producir un fruto saludable.

Al principio del pórtico, en la parte próxima a la iglesia, se colocó una estatua de la Virgen y ante ella, adornada con luces y flores en el mes de mayo, rezaban las oraciones de la noche los estudiantes durante la primavera.

Muy contento se puso el Siervo de Dios cuando vio escritas aquellas inscripciones; después hizo poner otras debajo de otros pórticos levantados en las nuevas construcciones del Oratorio. Y no dejó que fuesen letra muerta; porque en las "Buenas noches" las explicaba brevemente, y si paseaba con alguna persona de fuera, se deleitaba frecuentemente en leerlas, llamándolas los artículos de su código, "que contenían el arte de bien vivir y de morir bien".

II

La salvación del alma era la idea dominante que trataba siempre de imprimir en la mente de todos sus alumnos. Su deseo era afectuosamente secundado. A pesar de ello hubo crisis, un poco de enfriamiento. Cierta mañana de un día laborable, cosa insólita, ocurrió que ni uno de los educandos se presentó en la balaustrada para recibir la Comunión. Entonces los jóvenes Celéstino Durando y José Bongiovanni, con otros compañeros, decidieron formar una especie de Asociación, cuyos individuos debían repartirse los días de la semana para acercarse a la Sagrada Mesa, de modo que todas las mañanas hubiese algunas comuniones. Y así se hizo, con gran consuelo de Don Bosco.

El alma de todo esto era Domingo Savio; se había adherido con entusiasmo a esta idea, dando un paso más, que fue

decisivo, no sólo para el Oratorio: se propuso hacerla duradera fundando la *Compañía de la Inmaculada Concepción*, cuyo reglamento redactó él mismo. Este reglamento, retocado por Don Bosco, ha permanecido hasta hoy. El clérigo Miguel Rúa fue elegido presidente de la nueva sociedad, cuyos miembros, entre otros cometidos, se comprometieron a servir de ángeles custodios a los compañeros necesitados de asistencia especial. Así quedaban asegurados los jefes de grupos o equipos, que facilitaban y facilitan todavía la influencia de los Superiores en la masa de los educandos y la buena marcha del Oratorio y de los colegios.

Para enfervorizar más y más en el bien a sus alumnos, en 1856 estableció Don Bosco en los Oratorios de Valdocco y de San Luis una pequeña Conferencia semejante a las de San Vicente de Paúl. Ejercían el apostolado ayudando a los compañeros y visitando a los pobres. Las dos Conferencias estrecharon poco tiempo después relaciones filiales con las de San Vicente, de las que se denominaron "anexas", e hicieron grandísimo bien.

Nos parece ver en esto una norma de lo que debían ser en lo por venir las relaciones de las Casas Salesianas, comprendidas las de las Hijas de María Auxiliadora, con las actividades sociales y religiosas ambientales, especialmente las de carácter universal. Comprendía muy bien que toda Congregación es un cuerpo de ejército de la Iglesia, que debe trabajar, no aislado, sino encuadrado, aunque con cierta libertad de iniciativa, y bajo las órdenes del Comandante Supremo.

El nuevo edificio se construyó en condiciones de poder instalar regularmente las tres primeras clases de Bachillerato en el Internado; pero queriendo hacer algo más por los jóvenes externos, abrió en el Oratorio clases nocturnas y diurnas, que fueron las primeras de aquella vasta zona.

Estas obras santas no podían menos de irritar al enemigo del bien; así es que la vida del Siervo de Dios que, por milagro, se había salvado de muchos atentados, debía también

en este año experimentar la especial asistencia del Señor.

El 25 de julio, encontrándose en San Ignacio para los Ejercicios Espirituales, cayó un rayo precisamente a sus pies, arrancando de debajo de ellos una loseta del pavimento, pero sin hacerle daño alguno. Cuando se conoció el hecho, todos reconocieron que debía su salvación a una protección especial de la Divina Providencia. Quedó incólume, pero no pudo librarse durante varios meses de intensos dolores en la cabeza, en la espalda, en las piernas y en el costado.

A su vuelta al Oratorio se cantó un solemne Tedéum. Después de la Bendición, la banda musical, fundada el año anterior por iniciativa del Siervo de Dios, dio en el patio un concierto en señal de alegría.

* * *

Pero si el Señor no permitió que Don Bosco fuese arrebatado al afecto de sus numerosos hijos, quiso llamar al premio eterno a su madre amantísima.

Mamá Margarita cayó enferma de grave pulmonía y durante varios días tuvo a todos suspensos entre el temor y la esperanza. Don Bosco le prodigó los más asiduos y solícitos cuidados en unión de su hermano José, que llegó de Castelnovo apresuradamente, con su tía María Ana Occhiena y la señora Juana María Rúa. Pero el mal se agravó y se hizo inexorable. Inmensa fue la pena de los chicos cuando llevaron el Viático a su queridísima "mamá". Conociendo la gravedad de su enfermedad, la enferma hizo sus últimas recomendaciones a sus hijos.

Recomendó a Juan que conservara el espíritu de pobreza en su Instituto; después le habló de muchas cosas confidenciales relativas al Oratorio, con criterio tan acertado, que Don Bosco quedó asombrado de tanta perspicacia. Aseguró que algunos clérigos serían leales y fieles ayudantes suyos; de otros le advirtió que no se fiara. Finalmente se encomendó a las oraciones de todos y terminó diciendo que si Dios la

admitía por su misericordia en el Paraíso, pediría incesantemente por el Oratorio. Después tuvo un desvanecimiento. Fijó la mirada en Don Bosco y profirió palabras que parecían incoherentes, pero que eran muy sabias:

—Tú haces ahora lo que no sabes y lo que no ves; pero lo verás y lo sabrás cuando veas la luz de la Estrella.

A su otro hijo José le dio también preciosos avisos respecto del porvenir de su familia, concluyendo así:

—Continúa haciendo por el Oratorio todo lo que puedas. La Virgen te bendecirá y hará felices tus días y los de tu familia.

Antes de recibir la Extremaunción dijo a Don Bosco:

—En otro tiempo te ayudaba yo a recibir los Sacramentos de nuestra Santa Religión; ahora debes tú ayudar a tu madre.

Don Bosco, en punto de muerte, repetirá la misma plegaria a sus hijos.

Llegó la noche, que debía ser la última para Mamá Margarita. El Siervo de Dios con su hermano José había prolongado hasta hora muy avanzada la vela junto a su madre, dominado por vivísimo dolor. La buena mujer comprendió lo que aquello era para el corazón de Juan, y después de haberle dirigido palabras afectuosas y solicitado los sufragios de todos, le dijo:

—Retírate, querido Juan; aléjate, porque me duele en el alma verte tan afligido, y padeces mucho al verme en mis últimos momentos. Adiós, querido Juan, recuerda que esta vida consiste en padecer. Los verdaderos goces están en la otra vida. Vete a tu habitación y reza por mí.

Después señaló a Don Alasonatti, como si quisiera decir: "¡Ahí está Don Alasonatti; me voy tranquila."

Después de hablarle afectuosamente, Don Bosco se retiró, no creyendo inminente el peligro de perderla. Cuando llegó a su habitación vio el retrato de su madre colgado junto a su lecho y de cara a la pared; esto le pareció un aviso del Cielo y volvió junto a la querida enferma. Era casi la medianoche.

La madre advirtió su presencia y le hizo señas para que se retirase, pero viendo que permanecía inmóvil, insistió:

—Juan, te pido un favor; es el último que te pido. Padezco doblemente viéndote padecer. Estoy muy bien asistida. Vete y reza por mí; no deseo otra cosa. ¡Adiós!...

Fue el último saludo.

Don Bosco se retiró, obedeciendo a la voluntad de su madre. Y ella entonces entró en agonía. Era el 25 de noviembre, a las tres de la madrugada; el Siervo de Dios oyó los pasos de José que se dirigía a su cuarto. ¡Margarita había volado al Cielo! Los dos hermanos se miraron sin decir palabra y rompieron a llorar en forma que oprimía el corazón de los presentes. Los chicos también, apenas supieron que habían perdido a Mamá Margarita, lloraban inconsolables.

Algunas mujeres que habían ido a amortajar a la difunta pidieron permiso a Don Bosco para llevarse los vestidos de ésta; pero se vieron desilusionadas, porque no encontraron nada. ¡Su único vestido sirvió para amortajarla!

Los funerales fueron modestos, pero despertaron en todos los presentes sentimientos de profunda ternura. La ilustre señora Margarita Gastaldi, madre del Canónigo Lorenzo, futuro Arzobispo de Turín, dijo que nunca había asistido a unas exequias tan conmovedoras como aquéllas.

* * *

Desde el Cielo, Mamá Margarita siguió interesándose por el Oratorio y por los chicos.

En agosto de 1860, cuando se estaban pasando grandes tribulaciones por la incomprensión de los gobernantes, se le apareció a su hijo en plena calle, muy cerca del Santuario de la Consolación. Su aspecto era bellissimo.

—Pero, ¿cómo? ¿Usted aquí, madre? ¿Pero no había muerto?

—Morí, sí, morí. Pero, ¡estoy viva!

—¿Y es usted feliz?

—¡Felicísima!

Le hizo varias otras preguntas, algunas respecto a la casa, y en especial si estaban en el Cielo algunos alumnos, cuyos nombres le dijo, y ella le respondió que sí.

—Y ahora dígame: ¿qué es lo que se goza en el Paraíso?

—Es imposible decírtelo. No lo podrías comprender... ¡Se goza de Dios!

—Déme siquiera una idea de esta felicidad. Hágame sentir siquiera una chispita de esa felicidad.

Sonrió ella. Y se tornó toda resplandeciente, llena de majestad, cubierta con un manto preciosísimo; y detrás de ella un coro imponente de bienaventurados. Púsose a cantar. Y con ella todo el coro. Era su canto un cántico de amor de Dios de indecible armonía y dulzura e iba derecho al corazón; lo invadía y lo transportaba sin violentarlo. Era la armonía de mil y mil voces y de todos los tonos, con una variedad de tonalidades, de modulaciones y vibraciones, combinados con tal arte, que es imposible explicarlo. Terminado el canto, se volvió al hijo, diciéndole:

—Te espero allá... ¡Nosotros debemos estar siempre juntos.

Y desapareció.

CAPÍTULO XXIX

La Sociedad Salesiana. Roma

I

Un mes después de la muerte de Mamá Margarita volvía a Turín José Bosco y caía gravemente enfermo de pulmonía en el Oratorio; pero pronto mejoró notablemente, lo cual fue motivo de que los que le asistían reconociesen en su curación una gracia singular concedida por la Virgen a las oraciones de su hermano (1).

Apenas se encontró José fuera de peligro, Don Bosco marchó a Génova, donde fue huésped del marqués Antonio Brignole-Sale. Juntamente con las delicadas consideraciones que le guardó el Arzobispo, contrajo en aquella ciudad muchas apreciables amistades y entre ellas la del Prior de Santa Sabina, Revdo. Don Frassinetti, y celebró varias conferencias con el abate Francisco Montebruno, Director de *gli Artigianelli* (aprendices).

A principios de 1857, y según lo acostumbrado, se hizo en el Oratorio el Ejercicio Mensual de la Buena Muerte, al término del cual se rezaba como siempre un *Pater, Ave Maria*

(1) Murió después en "Becchi", el 22 de diciembre de 1862, en los brazos del Santo. Éste supo la tarde anterior que se encontraba en sus últimos momentos y corrió a asistirle. Apenas lo vio José, le preguntó: "Juan, ¿qué me traes de Turín?" Y el Santo le respondió: "Te traigo el reino de Dios."

y *Gloria* por el que de los presentes muriese primero. El jovencito Domingo Savio dijo varias veces aquel día:

—En vez de decir "¡por el que muera el primero", debía decirse así: "un *Pater, Ave Maria* y *Gloria* por Domingo Savio, que de nosotros será el primero en morir!"

Y, efectivamente, cayó enfermo; Don Bosco lo envió a su casa para ver si el aire natal obraba en él alguna mejoría. Savio, aunque a disgusto, obedeció. Poco después volvió al Oratorio; pero el Santo, siguiendo el consejo de los médicos, quiso que volviese otra vez a su casa el primero de marzo. En el momento de salir, dijo a Don Bosco:

—Usted no quiere mis huesos, y así me veo obligado a llevármelos a Mondonio. La molestia sería de pocos días... Después, ¡todo habrá acabado para siempre! ¡Hágase la voluntad de Dios!

Pidió al Santo que se le admitiera entre los llamados a participar de las indulgencias plenarias a la hora de la muerte, que Don Bosco había obtenido del Papa; le besó la mano y se marchó. ¡Fue aquél, en verdad, su último adiós!

El angélico joven expiraba ocho días después en Mondonio de Asti, diciendo con amable sonrisa a su padre, que lo asistía: "Adiós, querido papá, adiós! ¡Ah, qué cosas tan bellas estoy viendo!..."

—“¡Así, en la noche del 9 de marzo de 1857, hubo un ángel menos en la Tierra y un ángel más en el Cielo!”

Tal fue la exclamación de Don Bosco cuando recibió la triste noticia; y tal fue la voz unánime de sus compañeros, al mismo tiempo que llorando y rezando lamentaban aquella dolorosa pérdida.

En la vida que escribió el Santo para memoria de este alumno suyo, se leen muchos hechos extraordinarios con los que quiso Dios premiar las virtudes del angélico joven. El 11 de febrero de 1914, previo Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, el Padre Santo Pío X nombró la comisión encargada de introducir la causa de beatificación de Domingo Savio.

* * *

Obligado por sus apuros económicos, organizó Don Bosco otra gran tómbola. La comisión organizadora fue presidida por el conde Carlos Cays di Giletta y el barón Jacinto Blanco di Barbania y en ella figuraban muchos nombres muy conocidos de la Nobleza de Turín. Se llenaron seis salas de objetos variadísimos.

También el ministro Urbano Rattazzi envió un cuadro al óleo y adquirió cuatrocientos billetes de la lotería, que Don Bosco le ofreció, devolviéndoselos "como un donativo que el Ministro hace a beneficio de dichos Oratorios y en prueba del interés que se toma por el incremento de ellos".

El ministro de la Guerra, Alfonso La Marmora, siguió el ejemplo de Rattazzi, y el ministro de Instrucción Pública, Juan Lanza, declaró que "con complacencia" reconocía en dicha lotería "una de aquellas obras de exquisita caridad evangélica que tanto honran al país y a quienes con solícitos cuidados la han promovido".

El rey Víctor Manuel adquirió mil billetes; también la emperatriz de Rusia, de paso en Turín, dio trescientas liras para la obra de los Oratorios.

La extracción se hizo el 6 de julio, en presencia del alcalde, en una sala del Palacio Municipal. El provecho que se obtuvo fue tal que sacó a Don Bosco de muchos apuros y le dio facilidades para emprender nuevas obras.

En efecto, no tardó en abrir cerca del Oratorio de San Luis una escuela elemental católica, diurna y diaria. Comenzó por alquilar una parcela de terreno e hizo construir en ella un modesto edificio. Y como no disponía en casa de maestros titulados, se procuró en la ciudad algunos de ejemplar conducta, a quienes él mismo asignó el correspondiente sueldo. Adquirió igualmente los premios necesarios para estímulo de los alumnos. Allí acudieron muchos pobres niños de familias católicas que desertaron de las escuelas protes-

tantes, que entonces eran muy numerosas. El celosísimo y piadosísimo teólogo Leonardo Murialdo, con sus generosos donativos y sus trabajos, fue el principal bienhechor de esta empresa.

El año de 1857 señalóse por otra espléndida iniciativa, que era al mismo tiempo una nueva prueba del amor ardiente de Don Bosco al Romano Pontífice: la publicación de las vidas de los Papas, de las cuales dio a la publicidad aquel año cinco fascículos.

El 6 de junio de 1857 fue ordenado de sacerdote Félix Reviglio, primer alumno del Oratorio que recibía aquella dignidad. Pero aquella misma noche se despidió de su bienhechor, porque razonables motivos le obligaban a ejercer el santo ministerio en otra parte de la Archidiócesis.

* * *

Don Bosco se convenció una vez más de que le era indispensable comenzar decididamente a trabajar en la fundación de una sociedad que heredase su espíritu y su apostolado. Desde hacía ya varios años daba de cuando en cuando a sus clérigos y a los mejores de sus jóvenes conferencias a propósito. Don Rúa nos dejó memoria de una de ellas, que tuvo lugar a principios de 1854.

"El 26 de enero de 1854 por la noche —escribe— nos reunimos en la habitación de Don Bosco, éste, Rocchetti, Artiglia, Cagliari y Rúa; y se nos propuso hacer, con la ayuda de Dios y de San Francisco de Sales, un ensayo práctico de caridad con el prójimo, para venir después a una promesa; más adelante, si era posible y conveniente, se haría de ello voto al Señor. Aquella noche se puso el nombre de *Salesianos* a los que se propusieron, y se propusieran en adelante, semejante ejercicio.

El mismo Arzobispo, Monseñor Fransoni, don Cafasso y el teólogo Borel lo animaron para esta gran empresa; pero algunos dignatarios eclesiásticos, aunque benévolos, la des-

aconsejaban. Don Bosco mismo comprendía que el asunto era muy difícil; pero la Divina Providencia, que siempre juega con el mundo, *ludens coram eo omni tēpore, ludens in orbe terrarum*, inspiró al mismo Rattazzi, quien le propuso "fundar una Sociedad que conservase y perpetuase su espíritu y salvase su obra". Y como Don Bosco le objetara el hecho de la reciente supresión de las Corporaciones Religiosas en los Estados Sardos, le contestó Rattazzi:

—Conozco la ley de supresión y conozco su objeto. No le suscitará a usted ninguna dificultad, con tal que instituya una sociedad según las exigencias de los tiempos y conforme a la legislación vigente.

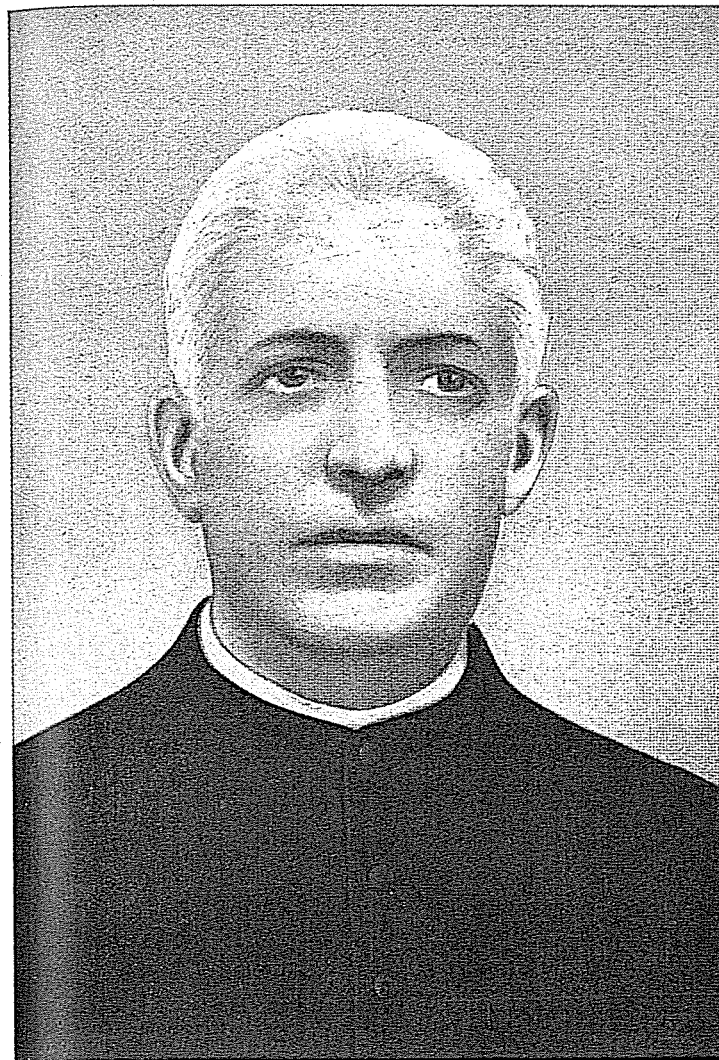
Y prosigió explicándole cómo debía ser aquella Sociedad para no exponerse a ninguna molestia por parte del Gobierno.

Pero si el proyecto de una Sociedad nueva, que perpetuase la obra de los Oratorios, agradaba y entraba en los planes de Dios, no gustaba al enemigo del bien, que desfogaba su rabia contra su autor durante la noche con diabólicos trastornos.

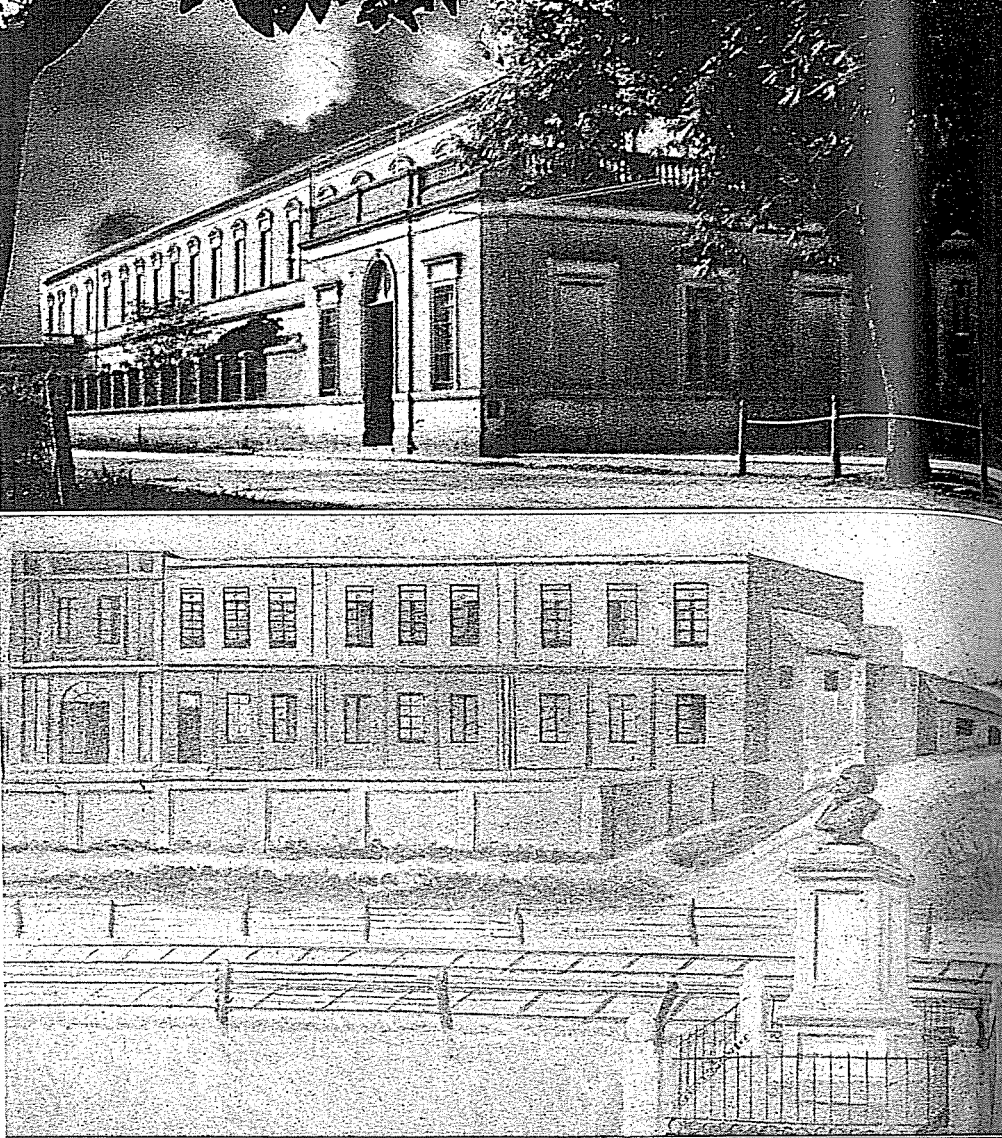
La noche en que acabó de redactar las primeras reglas de la Sociedad Salesiana, fruto de tantas oraciones y de tantos trabajos, mientras escribía la frase de conclusión: *Ad majorem Dei gloriam!*, he aquí que el *inimicus homo* sacude la mesa, vuelca el tintero y embadurna de tinta el manuscrito; éste se eleva en torbellino por el aire, cae con acompañamiento de gritos tan extraños que infundían terror y queda, por último, tan emborronado que no podía leerse. Don Bosco se vio obligado a comenzar de nuevo su trabajo.

II

Antes de emprender una obra de tanta importancia, fue a consultar a Roma. Esto ocurrió el 18 de febrero de 1858. Le acompañaba como secretario el clérigo Miguel Rúa; pero



Rvdo. Don Francisco Boдрato. Nació en Mornese en 1823. Era maestro nacional cuando llegó Don Bosco al pueblo con sus muchachos en una de las excursiones pedagógico-sociales que él inauguró. Quedó prendado y se hizo salesiano. Partió para la República Argentina. Murió en 1880, siendo Inspector.



San Nicolás de los Arroyos (Argentina). ARRIBA: Vista del actual colegio donde están los Salesianos desde el año 1900. ABAJO: Fachada del antiguo colegio donde dieron comienzo a las clases los primeros salesianos, en 1876, bajo la dirección del Padre José Fagnano.

además le seguían con la mente y el corazón todos los alumnos del Oratorio.

El viaje fue bastante fatigoso, porque se mareó mucho; al alba llegó a Liorna, y estaba tan postrado, que no pudo desembarcar. El 21 por la mañana llegó a Civitavecchia; era domingo; desembarcó y, a consecuencia de las molestias sufridas, tuvo que contentarse con oír la Santa Misa. Prosiguió el viaje en coche de postas. En Palo hubo una breve parada, que aprovechó para restablecerse un poco. El dueño de la posada padecía de fiebres malignas; tuvo un largo coloquio con Don Bosco, y éste le dejó una receta con esta recomendación:

—Comience desde hoy a decir un *Pater*, *Ave Maria* y *Gloria*, y esto durante tres meses. El domingo vaya a hacer sus devociones. Si tiene fe, esté seguro de que la fiebre desaparecerá.

Y así sucedió efectivamente.

Entró en Roma aquella misma noche, a las diez y media. Le acompañaron a casa del conde Rodolfo de Maistre, adonde llegó a las once. Allí recibió cuidados y atenciones sólo comparables a la estimación y antigua amistad que le profesaba aquella excelente familia.

El Siervo de Dios ordenó inmediatamente el programa. Tenía gran deseo de adquirir mucha y exacta información sobre Roma para continuar escribiendo las *Lecturas Católicas*, especialmente en lo relativo a la Historia Eclesiástica y a las vidas de los Papas. Ansioso de visitarlo todo y ver las maravillas del arte antiguo y moderno, se decidió a consagrar a todo esto un mes entero sin ocuparse en otra cosa. Su primera visita fue a San Pedro; duró seis horas, desde las once hasta las cinco de la tarde.

* * *

En las primeras semanas de su ausencia de Turín los internos y cierto número de externos no querían confesarse con otros sacerdotes. Fue necesaria una cartita de Don Bosco

para que se resignasen por algún tiempo a dejarse guiar por otros.

El 28 de febrero, por la tarde, lo recibió el Secretario de Estado, Cardenal Antonelli, que le había prometido anunciarlo a Su Santidad y conseguirle una audiencia. El 8 de marzo recibió la fausta invitación. "Esta noticia —escribe—, aunque la había esperado y deseado tanto, me produjo una impresión tan extraordinaria, que durante toda aquella tarde no me fue posible hablar de otra cosa sino del Papa y de la audiencia."

La mañana siguiente, 9 de marzo, juntamente con su joven compañero, fue admitido a la presencia del Vicario de Jesucristo. El clérigo Rúa llevaba un ejemplar, artísticamente encuadrado, de todas las *Lecturas Católicas*. Hechas las genuflexiones de rigor, ambos besaron la mano del Padre Santo; y Rúa, acordándose de una promesa hecha a sus compañeros, la besó dos veces, una por sí y otra por los jóvenes del Oratorio.

El afabilísimo Pontífice los hizo levantar.

—¿Es usted piemontés? —preguntó a Don Bosco.

—¡Sí, Santidad, soy piemontés y en este momento experimento el mayor consuelo de mi vida encontrándome a los pies del Vicario de Jesucristo!

—¿En qué se ocupa?

—Santidad, me ocupo en la instrucción de la juventud y en las *Lecturas Católicas*.

—La instrucción de la juventud ha sido cosa útil en todos los tiempos; pero hoy es más necesaria que nunca. En Turín hay también otro que se dedica a los jóvenes.

Don Bosco sonrió significativamente. El Papa comprendió y se sonrió también. El Prelado que estaba de servicio en la antecámara había anunciado al *abate Bosser* en vez del *abate Bosco*. Conocida la equivocación, Su Santidad tomó un aspecto más jovial y continuó:

—¿Qué hace usted en su Oratorio?

—De todo un poco, Padre Santo: celebro la Misa, predico,

confieso, doy clase; algunas veces me toca barrer la iglesia, o ir a la cocina a enseñar al cocinero.

Sonrió el Papa y le hizo varias preguntas respecto a los chicos, a los clérigos y a los Oratorios; quiso saber el número y nombre de los sacerdotes que le ayudaban y de todos los que colaboraban en las *Lecturas Católicas*; preguntó al clérigo Rúa si era sacerdote, y qué estudiaba, y volviéndose de nuevo a Don Bosco, exclamó con expresión sonriente:

—Me acuerdo de la ofrenda que me enviaron a Gaeta y de los tiernos sentimientos con que la acompañaron.

Don Bosco se aprovechó de aquellas palabras para expresar la adhesión de todos los jóvenes a la sagrada persona de Su Santidad y le rogó que en prueba de ello aceptase un ejemplar de las *Lecturas Católicas*.

—Santidad —dijo—, le ofrezco un ejemplar de los libritos impresos hasta ahora y se lo ofrezco en nombre de la Dirección. La encuadración es trabajo de los jovencitos de nuestra casa.

—¿Cuántos son esos jóvenes?

—Santidad, los de la casa son cerca de doscientos y los encuadradores, quince.

—Bien, deseo enviar a éstos una medalla a cada uno.

Y dirigiéndose a otra sala, volvió poco después con quince medallitas de la Inmaculada, otra más grande para el clérigo Rúa y otra mayor para Don Bosco.

Éstos se habían arrodillado para recibir los preciosos regalos; y el Padre Santo, creyendo que Don Bosco no tenía más que decirle, estaba para despedirle, cuando éste le dijo con gran humildad:

—Santidad, tengo algo de particular que decirle.

—Está bien —respondió Pío IX.

El clérigo Rúa se retiró y el Papa continuó hablando con Don Bosco acerca de los Oratorios y de su espíritu; alabó la publicación de las *Lecturas Católicas*; y después añadió:

—Querido Don Bosco, ha puesto usted muchas cosas en movimiento; si muriese, ¿qué sería de su obra?

El Santo respondió que había ido a Roma precisamente para asegurar el porvenir de los Oratorios. Entonces presentó la carta de recomendación de Monseñor Fransoni y añadió:

—Suplico a Vuestra Santidad que se digne darme las bases de una institución que sea *compatible con los tiempos y los lugares en que vivimos*.

El Vicario de Jesucristo, después de leer la recomendación del intrépido desterrado y de conocer los proyectos e intenciones de Don Bosco, exclamó muy satisfecho.

—Se ve que estamos los tres de acuerdo.

Y lo exhortó a redactar las reglas de la Sociedad, según el fin que había concebido, dándole a este efecto importantes consejos.

En el curso de la conversación, la sagacidad del Padre Santo notó algo de sobrenaturalmente interesante en su interlocutor y sobre ello le hizo algunas preguntas. Para obedecer, Don Bosco narró al Papa algunos de sus "Sueños" y le impresionaron tanto, que le recomendó escribiera lo que de sobrenatural creyera había en su vida.

Al fin llamaron de nuevo al clérigo Rúa y el Papa los bendijo diciendo: *Benedictio Dei omnipotentis, Patris et Filii et Spiritus Sancti descendat super te, super socium tuum, super tuos in sortem Dómini vocatos, super adiutores et benefactores tuos et super omnes púeros tuos, et super ómnia ópera tua et máneat nunc, et semper, et semper, et semper!*

Esta singular bendición de Pío IX produjo su efecto; el clérigo Miguel Rúa tuvo en ella, con todo derecho, una parte importante.

III

El 14 de marzo Pío IX envió recado con Monseñor de Merode a Don Bosco rogándole que diera los Ejercicios Espirituales a las reclusas en Santa María de los Ángeles y en las Termas de Diocleciano; y el domingo, 21 de marzo, lo in-

vitó nuevamente a ir al Vaticano. Lo recibió con señalada benevolencia; le indicó la forma que debía dar a la nueva Sociedad, y añadió:

—En conclusión, estudie usted el modo de que *cada miembro de ella sea para la Iglesia un religioso y en la sociedad civil un ciudadano libre*.

Don Bosco le presentó con humildes palabras el manuscrito de las Constituciones. En aquella misma audiencia quiso el Papa conocer la historia del Oratorio y le ordenó que confiara a la pluma la revelación de los hechos extraordinarios que precedieron a su fundación, para dejarlo como un precioso recuerdo a sus hijos. La conversación después pasó a otros asuntos; entre ellos el siguiente: Pío IX preguntó a Don Bosco:

—Entre las ciencias a que se ha dedicado usted, ¿cuál es la predilecta?

—Padre Santo, no son muchos mis conocimientos; la que más me gusta y cumple a mi deseo es *scire Jesum Christum et hunc crucifixum*.

A esta respuesta permaneció el Papa un poco pensativo, y queriendo quizás poner a prueba aquella declaración, le dijo que pensaba nombrarlo camarero secreto suyo con el título de Monseñor.

El Siervo de Dios rehusó con humildad, no exenta de amabilidad y de gracia, aquel honor y pidió su aprobación y su apoyo para difundir en los Estados Pontificios las *Lecturas Católicas* y obtener, si era posible, franqueo postal gratuito para aquellas publicaciones. Pío IX prometió complacerle, pero quiso que hablara con el Secretario de Estado. Concedióle además la facultad personal de poder confesar *in omni loco Ecclesiae*. Espontáneamente le concedió amplia facultad de dispensarse del Breviario cuando lo creyera necesario por cansancio o desempeño de sus ocupaciones. Y como si no estuviera satisfecha la bondad de su corazón, le otorgó todas las facultades posibles con estas palabras:

—¡Le concedo todo lo que puedo concederle!

* * *

Pero no acabaron aquí las demostraciones de predilección de Pío IX para con él. El Padre Santo le manifestó que se complacería en verle asistir a todas las funciones de la Semana Santa; por eso el Cardenal Marini, uno de los Cardenales diáconos asistentes al trono, lo admitió como caudatario suyo.

IV

El 4 de abril, día de Pascua, hacia las diez, Pío IX bajó a la Basílica en la silla gestatoria, cantó Misa Pontifical y después, precedido del cortejo de Obispos y de Cardenales, subió a la "logia" o terraza de San Pedro para dar la bendición *Urbi et orbi*. Don Bosco, con el Cardenal Marini y un Obispo, permaneció por un instante cerca de la balaustrada, cubierta con un paño magnífico, sobre el cual habían colocado la dorada tiara. El Cardenal le dijo:

—¡Mire qué espectáculo!

El Siervo de Dios fijó en la plaza su mirada atónita. Era una muchedumbre de unas doscientas mil personas apretujadas mirando a la logia.

Absorto en la contemplación de tanta gente como de todas las naciones había acudido, Don Bosco no advirtió en aquel momento que los dos preladados habían desaparecido. Fijóse entonces en las dos barras de la silla gestatoria que casi le tocaban los hombros, las cuales no había visto antes. Obligado a quedarse allí, pues no podía hacer otra cosa, se volvió de lado y tocó con el hombro el extremo de un pie de Pío IX. Al aparecer el Papa reinó en la plaza un silencio solemne, y Don Bosco, cuando vio que el pavimento de la logia estaba cubierto de hojas verdes y de flores, se inclinó y recogió algunas para recuerdo. Al sonido de la voz de Pío IX se arrodilló; la muchedumbre respondía a la bendi-

ción con clamorosas aclamaciones. Cuando Don Bosco se levantó, la silla y el Papa habían desaparecido.

El 6 de abril, por la tarde, fue otra vez recibido en audiencia por el Padre Santo, y éste, apenas lo vio, le dijo en tono serio:

—Abate Bosco, ¿dónde se colocó usted el día de Pascua durante la Bendición Papal? ¡Allí, delante del Papa, y teniendo el hombro bajo su pie, como si el Pontífice tuviera necesidad de ser sostenido por Don Bosco!

—Padre Santo —respondió tranquila y humildemente—, me sorprendieron de improviso, y pido perdón a Su Santidad si le he ofendido en algo.

—¿Y todavía se atreve usted a preguntarme si me ofendió?

El Santo miró al Papa y le pareció que el Pontífice bromeaba; y así era, porque en aquellos labios venerandos apareció una sonrisa. El Pontífice continuó:

—Pero, ¿qué ocurrencia fue la suya de recoger flores en aquel momento? Fue necesaria toda la gravedad de Pío IX para no soltar la risa.

Después le dijo que había leído el manuscrito de las Constituciones, desde el primer capítulo hasta el último, y presentándoselo, añadió:

Entrégueselo al Cardenal Gaude, que tendrá que examinarlo y nos dará cuenta a su hora.

Don Bosco lo abrió y vio que Pío IX se había dignado añadir notas y modificaciones de su propia mano. El Padre Santo proponía que, sin más trámites, se entregase a la Comisión encargada de estos asuntos; pero Don Bosco solicitó permiso para ponerlo en práctica por algún tiempo. Pidió y obtuvo varias indulgencias; finalmente suplicó al Papa que diese alguna máxima para hacerla aprender a sus jóvenes como recuerdo del Vicario de Jesucristo.

—¡La presencia de Dios! —respondió el Papa—. Diga a sus jóvenes, en mi nombre, que ordenen siempre su conducta según este pensamiento!...

Después le dio un paquete de monedas de oro, diciendo:

—Tome y déles una buena merienda a sus muchachos.

Fácil es imaginar la impresión que hizo a Don Bosco este rasgo de amor paternal.

* * *

Durante este primer viaje a Roma trabó amistad con eminentísimos Príncipes de la Iglesia, Obispos e ilustres personajes, entre ellos los Cardenales Antonelli, Patrizi, Josi, Gaude y Marini, que lo trataron con extremada amabilidad.

En una de estas reuniones, un Eminentísimo purpurado le dijo:

—Don Bosco, predíquenos un poco como usted acostumbra hacerlo a sus muchachos.

—Pero, ¿no sería mejor —observó él— que Sus Eminencias Reverendísimas me predicasen y yo los oyese?

—No, no —añadió el Cardenal—; predíquenos como si nosotros fuésemos sus chicos.

Don Bosco, con toda tranquilidad, comenzó, hablando en dialecto:

—Me cari fieui (mis queridos hijitos):

Y continuó durante un rato relatando en piamontés un pasaje de la Historia Eclesiástica, intercalando diálogos llenos de brío, proverbios y frases jocosas, con avisos, reprensiones, promesas, exhortaciones y otros toques semejantes. Los oyentes, impresionados por lo que entendían y por lo que adivinaban, empezaron a reirse con toda el alma, hasta que el Cardenal, no pudiendo más, exclamó con risa entrecortada:

—¡Basta; por hoy ya hay bastante!

Así reconocieron todos el maravilloso poder que la palabra de Don Bosco debía de ejercer sobre el ánimo de los niños.

Fiel a su propósito de conocer todos los recuerdos de la Roma inmortal, el Santo empleó muchos días aún en visitar

lugares insignes por su carácter religioso e histórico. Sus últimas visitas fueron a la Confesión de San Pedro y a las Catacumbas de San Calixto, en donde se entretuvo desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde.

No menos que los monumentos de la Roma clásica y la papal cautivaron a Don Bosco los institutos de beneficencia y los oratorios allí existentes, cuyas ideas y normas recogió para su obra. Visitó, y fue festejadísimo por los jóvenes, el Asilo de "Tata Giovanni" y el de San Miguel de Ripa, los Oratorios de la Virgen de la Encina, de San Juan de los Florentinos y de Santa María del Monte, sostenidos por las Conferencias de San Vieente de Paúl.

Mientras visitaba los grandiosos locales del Asilo de San Miguel, acompañado del Cardenal Tosti y de varios Superiores, alguien dio en silbar y cantar; en una vuelta de la escalera se encontraron con un jovencito, que al verse frente al Cardenal, a su Director y a un sacerdote forastero, se detuvo sorprendido y mortificado, gorra en mano y la cabeza baja.

El Director lo reprendió ásperamente y lo despidió; pero Don Bosco trató de excusar la vivacidad juvenil del muchacho, y pidió ir a hablar con él. El Director fue tan cortés que se avino a su deseo. Cuando estuvieron en el taller, Don Bosco llamó al joven que, humillado y avergonzado, trataba de esconderse, y le dijo:

—Amigo mío, tengo que decirte una cosa. Ven acá, que tu buen Superior te lo permite.

El joven se acercó a Don Bosco, y éste le dijo:

—Lo hemos arreglado todo, ¿sabes?; pero con una condición: que desde ahora en adelante seas siempre bueno y reflexivo. Toma esta medalla y en pago dirás una Avemaría a la Virgen por mí.

El joven, vivamente conmovido, besó la mano que le ofrecía la medalla, diciendo:

—¡Me la pondré al cuello y la conservaré siempre como recuerdo de usted!

Los compañeros, noticiosos de lo ocurrido, sonrieron y

saludaron a Don Bosco, que atravesaba la vasta sala. El Director, aprovechándose del episodio, resolvió ser más parco en sus reprensiones, admirando el arte de Don Bosco para ganarse los corazones.

* * *

Salió de Roma el 14 de abril y volvió a Turín siguiendo el mismo itinerario. En Palo encontró curado al posadero. La curación había sido instantánea. En el vapor conoció a un sacerdote que venía de Constantinopla y que se alegró de conocer a Don Bosco, porque, como decía Don Rúa, había oído referir maravillas del Siervo de Dios en la capital musulmana (1).

El 16 de abril entraba en el Oratorio. El domingo, 18, se festejó su llegada con función religiosa, música, poesías y un himno de ocasión. El gozo de los chicos subió de punto con los regalos que Don Bosco les traía de Roma.

En unas cuantas "Buenas noches" habló Don Bosco de la bondad con que el Papa lo había recibido, de los favores espirituales extraordinarios obtenidos, del recuerdo de la presencia de Dios; dio cuenta de las monedas de oro que le había entregado para costear una merienda a todos los chicos de los tres Oratorios, la cual se efectuó con grande alegría el día 24 de junio.

Entre los favores espirituales que obtuvo de Roma fue uno la indulgencia especial para Don Cafasso.

(1) La curación del posadero de Palo intrigó a médicos y farmacéuticos, que analizaron químicamente las píldoras, y hallaron que sólo contenían harina y azúcar.

CAPÍTULO XXX

Persecuciones políticas

I

¡Quién hubiera dicho que la política seguiría persiguiendo a Don Bosco! Pero así era.

El 10 de enero de 1859, en la apertura de las Cámaras, Víctor Manuel pronunció estas palabras:

"El horizonte en medio del cual aparece el nuevo año no está sereno... Nuestro país, pequeño por su territorio, ha adquirido crédito en los Consejos de Europa, porque es grande por las ideas que representa y por las simpatías que inspira. Esta condición no está exenta de peligros, pues aun respetando nuestros compromisos, no podemos mostrarnos insensibles al grito de dolor que de todas partes de Italia se levanta hasta nosotros."

Los trabajos para llegar a la unidad nacional de la Península estaban para entrar en su última fase.

Esta labor se hizo notoria a todos. El Papa encargó a Don Bosco que hiciera llegar una carta suya secretísima a Víctor Manuel. Por el mismo conducto recibió la respuesta.

Por su parte, también Don Bosco, viendo el cariz que tomaban los acontecimientos, no obstante las advertencias hechas y las promesas recibidas, escribió nuevamente al Rey para disuadirlo de la llamada desamortización y de la anexión de los Estados Pontificios. Esta carta, de la cual no parece que se haya conservado copia, comenzaba así: "*Dicit Dominus:*

Regi nostro, vita brevis"; y anunciaba nuevas desgracias, si continuaba la guerra contra la Iglesia. Contenía pocas frases, pero concisas e imperiosas. El soberano quedó turbado cuando leyó aquella misiva, y la mostró a los ministros. Éstos no la ocultaron a ciertos empleados de sus ministerios. ¡Así se esparció la voz de que Don Bosco había anunciado a Víctor Manuel su muerte! Pero el Siervo de Dios, al exponer a Don Rúa y a otros el texto de esta carta, añadió:

—La frase *Vita brevis* puede explicarse de muchas maneras sin necesidad de atribuirle un sentido tan estrictamente material.

Era una nueva prueba del afecto sincero que el Siervo de Dios sentía por su Rey y por la Casa de Saboya; pero este afecto, mal comprendido, fue quizás causa de las primeras sospechas peligrosas que inspiró su humilde persona.

En aquellos días dio también una prueba elocuente de su singular caridad. Después de las batallas de Montebello, Palestro, Magenta y Melegnano, varias ciudades del Piamonte, y sobre todo Turín, se llenaron de prisioneros y de heridos, a los cuales ciertamente no faltaron los socorros de la religión y de la ciencia. Don Bosco experimentó una gran satisfacción confortando a muchos austríacos, casi todos húngaros, polacos, tirolese, y abrió las puertas a centenares de soldados franceses, muchos de los cuales se acercaron a los Sacramentos con un aspecto tan edificante, que demostraban ser de familia de mucha piedad y religión. Contento sobremanera, invitaba de cuando en cuando a algunos de ellos a comer. Era un gracioso espectáculo verlos fraternizar con los nuestros, balbuceando el francés los unos y los otros mascullando el italiano. Divertíanse algunos oficiales con tanta efusión y contento, que parecían gente de casa.

Cierto día, mientras se dirigía a Colegno a visitar a un enfermo, a cuatro millas de Turín, en el camino de Rívoli, se encontró con una docena de "turcos" que quisieron acompañarle, aunque algunos de ellos se hallaban convalecientes de las heridas que habían recibido. En Colegno no pudo des-

pachar tan pronto como esperaba; cuando salió de la casa del enfermo, el reloj indicaba el mediodía. Entonces ofreció a sus compañeros de viaje una modesta comida en una fonda, sentándose con ellos y haciéndoles pasar un día del que guardaron gratisimo recuerdo. Cuando volvieron a la ciudad refirieron los "turcos" la cosa a su jefe. Experimentó éste tanta admiración, que al día siguiente fue al Oratorio a dar las gracias a Don Bosco con palabras rebosantes de la más viva gratitud.

Dicho se está que "los turcos" eran soldados extranjeros.

Al mismo tiempo recurría a la caridad pública para procurar libros franceses a los soldados franceses y libros en alemán a los austríacos que se hallaban recogidos y custodiados en el Colegio Eclesiástico.

Por todos estos y otros motivos, los soldados franceses, residentes entonces entre nosotros, cobraron tanto afecto al Oratorio, que, cuando recibieron orden de salir de Turín, corrieron a cumplimentar a Don Bosco y a sus maestros, demostrándoles la más profunda gratitud. Algunos continuaron carteándose con el Siervo de Dios y con algunos de la casa, especialmente con Don Rúa, que había sido su maestro de Aritmética.

Con el nuevo año escolar de 1859-1860 tuvo la satisfacción de ver funcionar en el Oratorio las cinco clases del "Gimnasio".

El 9 de noviembre escribió una carta de condolencia al Padre Santo por los hechos que estaban realizándose en daño de la Religión y de la Santa Sede. La carta la firmaron todos los chicos y la enviaron a Pío IX.

El 8 de diciembre se cumplieron dieciocho años del comienzo de la obra de los Oratorios. Don Bosco anunció a toda la Comunidad que al día siguiente por la noche, después que los alumnos se retirasen a descansar, pensaba tener en su aposento una reunión de gran interés para los que le ayudaban en los trabajos del Oratorio.

Éstos respondieron a la invitación. Don Bosco, después

de invocar las luces del Espíritu Santo y la asistencia de la Virgen Santísima, recordó lo que ya había expuesto en anteriores conferencias; y visiblemente conmovido, expuso que había llegado la hora de dar forma a aquella *Sociedad*, desde tanto tiempo atrás meditada, y los invitaba a que manifestasen si querían ingresar en ella bajo la advocación de *San Francisco de Sales*: a la reunión siguiente asistirían, pues, sólo los que se decidieran a ello.

La nueva conferencia se celebró el 18 de diciembre. Solamente faltaron dos de los invitados. Acto seguido se redactó el acta de constitución de la Sociedad; se hicieron las primeras elecciones de cargos. Se rogó a Don Bosco, iniciador y promovedor, que se dignase aceptar el cargo de Superior Mayor".

* * *

A fines de 1859 *Il Galantuomo*, almanaque popular que desde 1853 publicaba Don Bosco y ofrecía como regalo a los suscriptores de las *Lecturas Católicas*, salió con un prólogo bastante singular, en el que, después de dar noticias de la guerra de 1859, anunciaba "tristes presentimientos". No era la primera vez que el almanaque hacía profecías, que al año siguiente cumplidamente se comprobaban. Tales predicciones no pasaron inadvertidas y dieron motivo para llamar a Don Bosco al Ministerio a fin de que diera explicaciones.

Aunque las dio, crecía la sospecha de que él maquinaba algo contra el Estado. Pío IX había respondido con un "Breve" a la carta que le habían enviado del Oratorio, y el "Breve", publicado por Don Bosco en las *Lecturas Católicas* en hoja separada, con el texto latino y la traducción italiana, y grandemente difundido, aumentó los recelos del Gobierno. Se decía que, no obstante las obras que despertaban la admiración y que le habían ganado el favor de muchos, aun entre los liberales, Don Bosco mantenía relaciones secretas con la Santa Sede, con los Jesuitas... y, como suele suceder siempre

en casos parecidos, se dijo además que en el Oratorio de Valdocco había una habitación llena de armas. Por todo esto, el ministro del Interior, Carlos Luis Farini, que repetidas veces había oído asegurar semejante especie, hacía vigilar a Don Bosco.

II

Finalmente ordenó el Gobierno una inspección en el Oratorio. Esta resolución fue tomada con motivo de una carta reservada enviada a Don Bosco por Monseñor Frasoni, en la cual el ilustre desterrado le rogaba se encargase de entregar a los párrocos una pastoral reservada que contenía ciertas normas necesarias para la manera de proceder en medio de las luchas que debían sostener por la justicia. La carta había sido secuestrada y entregada al ministro.

Don Bosco ignorando el incidente de la carta, estaba muy lejos de pensar en una inspección; tres días antes de ella, en la noche del 23 al 24 de mayo, tuvo un sueño. Le pareció que una cuadrilla de esbirros estaba registrando su habitación y que uno de ellos, benévolamente, le indicó algunos papeles que podían comprometerle, aunque eran completamente extraños a la política. Al día siguiente refirió el sueño bromeando e hizo desaparecer dichos papeles.

He aquí en resumen lo que ocurrió:

Eran las dos de la tarde del 26 de mayo, vigilia de Pentecostés; los niños terminaban el recreo; el Siervo de Dios estaba para retirarse a su estancia, cuando se le presentó una pobre mujer con su hijo y una carta de recomendación del Ministerio del Interior.

Mientras estaba leyendo la misiva llegan tres caballeros muy bien vestidos, uno de los cuales le dice:

—Tenemos necesidad de hablar con Don Bosco.

—Heme aquí —respondió—. Tengan paciencia por un momento, mientras atiendo a esta señora.

Pero como no parecían nada dispuestos a ello, preguntóles:

—Pero, ¿quiénes son ustedes y qué quieren de mí?

—Hemos venido para practicar una visita domiciliaria.

Entonces comprendió lo que ya había entrevisto. Eran el abogado Grasso, delegado de Seguridad Pública, y los abogados Túa y Grasselli, representantes del Fisco. Pero no se satisfizo con sus palabras, sino que pidió que le mostrasen la orden. La habían dejado en la oficina del Cuestor; uno de ellos fue allá a recogerla. Entretanto dieciocho guardias de Seguridad Pública, unos de uniforme y otros de paisano, se distribuían por el patio y por las escaleras, mientras los restantes se colocaban de centinela en la puerta del Instituto. El Santo, sereno y tranquilo, aprovechó la pausa para terminar su conversación con la pobre mujer, y volviéndose al muchacho, le dijo:

—Hijo mío, te quedarás aquí conmigo y comerás el pan de Don Bosco.

Sonaron las dos y los educandos se retiraron a sus estudios y talleres; pero la vista de tantos guardias sembró la alarma en toda la casa, y más, porque se dijo que habían venido a detener a Don Bosco. ¡Qué consternación! Nadie quería continuar en las clases ni en los talleres. Unos alborotados y otros llorando, todos pedían que los dejasen salir para defender a su buen padre o ir a la cárcel con él. Durante algunos instantes la escena fue tan conmovedora, que muchos años después los antiguos alumnos, al recordarla, lloraban. Algunos de los mayores corrieron al lado de Don Bosco, y uno, en voz baja, le preguntó:

—¿Nos permite usted que echemos fuera a esta gente?

—No —respondió Don Bosco—; al contrario, os prohíbo que ni de palabra ni de obra molestéis a nadie. No tengáis miedo.

Cuando trajeron la orden, el delegado la dio a leer a Don Bosco. En ella se ordenaba también una visita domiciliaria en casa del canónigo Ortalda, del sacerdote Don José Ca-

fasso y del conde Cays. Esto explicaba “el olvido” de la orden. Después de esto, todos subieron a la habitación de Don Bosco.

En la parte alta de la puerta que daba ingreso a la biblioteca estaban escritas las palabras “Alabados sean siempre los nombres de Jesús y de María”, etc. El abogado Túa las leyó en tono burlón. El Santo se detuvo y añadió:

—¡Por siempre sea alabado...!

Mas antes de terminar la jaculatoria que se acostumbraba cantar entre nosotros, escrita también sobre la puerta contigua, que conducía a su habitación, volvió atrás y ordenó a todos que se quitasen el sombrero.

Viendo que nadie obedecía, replicó con toda seriedad:

—Ustedes han comenzado en son de mofa y ahora deben acabar con el debido respeto; ¡mando a todos que se descubran la cabeza!

Ante estas resueltas palabras, juzgaron conveniente obedecer, y él prosiguió:

—... El nombre de Jesús, Verbo encarnado.

Entró en su habitación con aquellos señores, a los cuales se agregaron dos guardias, y se puso a sus órdenes. ¡Le pusieron las manos encima y le registraron los bolsillos, la cartera, el portamonedas, la sotana, los pantalones, el chaleco, los bordes del hábito y aun la borla del bonete, para encontrar, como ellos decían, “el cuerpo del delito”! ¡Si al menos hubiesen obrado de modo delicado! Pero no, empujaban al pobre Don Bosco en todos sentidos, hasta tal punto que dejó escapar estas palabras:

—*Et cum sceleratis reputatus est!*

—¿Qué dice usted? —preguntó uno.

Y él, con su penetrante mirada, respondió:

—¡Digo que hacen ustedes el mismo servicio que otros hicieron en otro tiempo al Divino Salvador!

* * *

Después del registro de su persona pasaron a las habitaciones, una de las cuales servía de biblioteca. Lo primero que cayó en sus manos fue un cesto lleno de papeles. El abogado Grasselli dirigió la mirada a los papeles y vio un sobre vacío con sello de los Estados Pontificios.

—¡Nadie toque ese cesto! —exclamó.

—¡Guardias, atentos! —añadió el delegado—. Guarden todo eso.

El fiscal en unión de sus colegas, separó uno por uno los sobres y pedazos de papel y todo lo demás, con mucha fatiga y sin ningún resultado.

Dirigiéronse entonces a la mesa y de la mesa a los armarios, a los estantes, a todos los rincones. Todo fue objeto del más detenido y minucioso examen.

En vista de que el registro se prolongaba, el Siervo de Dios puso a escribir cartas, y aun éstas quisieron leerlas los "visitantes".

Encontraron un cajón cerrado con llave y creyeron haber dado con el cuerpo del delito; pero con gran confusión vieron que no contenía sino las cuentas o facturas del pan, del arroz, del aceite y otros comestibles para el Oratorio. "Pan suministrado a Don Bosco por el panadero Magra: liras 7.800. Cuero facilitado al taller de zapatería: liras 2.150..." etc.

—Pero, ¿qué papeles son éstos? —preguntaron.

—¡No han comenzado ustedes? —replicó Don Bosco—. Pues continúen y lo sabrán. ¡Si al menos se decidieran ustedes a pagar alguna de esas deudas...!

Se sonrieron picarescamente.

¡Quién lo creería! La caridad de Don Bosco acabó por triunfar también de la mala disposición de aquellos pesquidores.

Su calma, sus chistes y sobre todo su amabilidad habían desarmado de tal manera a aquellos señores, que acabó por

dirigirles un buen sermoncito, de modo que, vivamente impresionados, terminaron por decirle:

—¡Don Bosco, si continúa predicando así, tendremos que ir a confesarnos todos!

—¡A propósito, a propósito! Hoy es sábado y mañana la solemnísima fiesta de Pentecostés... Y aunque tengo que confesar a mis chicos, me pongo a disposición de ustedes.

—¡Sería digno de transmitirse a la posteridad —observó el abogado Túa—, que el registro acabase en confesión!

Después de cuatro horas, en vista de lo inútil de las diligencias practicadas, ordenaron a los guardias retirarse. Los visitantes iban también a hacerlo; pero el Siervo de Dios exigió que extendieran acta de lo practicado. Obedecieron, y declararon haber efectuado con el concurso del sacerdote Juan Bosco "una diligente visita a todos los rincones, escondrijos, papeles y libros existentes en las dos habitaciones que sirven de morada al mismo" y que, "después de las más minuciosas pesquisas, no se encontró nada que pueda interesar a los fines de la seguridad y sosiego públicos".

Como hacía calor y el trabajo había sido fuerte, Don Bosco mandó traer un par de botellas de vino espumoso y bizcochos y todos brindaron en honor de la visita domiciliaria.

Cuando se marcharon los visitantes, Don Bosco fue objeto de las más afectuosas atenciones de sus jóvenes, que se le acercaron al punto, como los ángeles al Divino Salvador después que Satanás se retiró maltrecho cuando, por tres veces, le tentó en el monte de la "Cuarentena".

La noticia de la visita domiciliaria se había difundido por las cercanías del Oratorio mientras se efectuaba aquélla. El canónigo Anglesio, Padre de la Pequeña Casa de la Divina Providencia y sucesor del canónigo Cottolengo, fue inmediatamente allí para consolar a Don Bosco, y como los guardias del patio le prohibieran la entrada, dijo a un clérigo:

—Vea a Don Bosco y dígame de mi parte que cobre ánimo y tenga confianza. El Señor ha puesto a prueba el Oratorio

de San Francisco de Sales, pero hoy lo bendice, y quedará con tal firmeza consolidado y logrará tanto incremento y desarrollo, que irradiará su benéfica influencia fuera de Turín para penetrar en muchas otras partes del mundo.

Y ocurrió entonces que, al oriente del Oratorio, donde había un edificio que varias veces el Santo había intentado comprar, aunque en vano, ahora, después de aquella visita, su propietario, Filippi, le preguntó si todavía pensaba adquirirlo. La contestación fue la firma del contrato de esta compraventa.

III

Pero el resultado de aquella pesquisa domiciliaria no había satisfecho a los enemigos de Don Bosco. Quince días después, el 10 de junio por la mañana, juntamente con muchos guardias, fueron al Oratorio el señor Malusardi, secretario del ministro Farini, el caballero Gatti, Inspector General en el Ministerio de Instrucción Pública, y el profesor Pettiti, para practicar otra inspección.

El Santo había ido a la ciudad. Inmediatamente se enviaron varios jóvenes a buscarlo, pero no lo encontraron. Los tres enviados se presentaron entonces a Don Alasonatti, al cual explicaron el objeto de su visita. Malusardi pidió el libro de las cuentas. Se les había metido en la cabeza que Don Bosco había recibido grandes cantidades de dinero del Papa y de los príncipes destronados, con el pretexto de proveer a las necesidades de los jóvenes, pero en realidad para reclutar soldados y hacer la guerra al Gobierno. Por eso querían dar con el tesoro y no con las deudas; y así Malusardi, con voz imponente, dijo a Don Alasonatti:

—¡Usted nos engaña! ¡Usted tiene dinero y quiere ocultárnoslo! ¡Usted es un jesuíta; pero tendrá que habérselas con nosotros!

Así diciendo lo agarraron por los brazos, lo sacudieron y

lo zarandearon innoblemente. Con este tratamiento bárbaro, el hombre de Dios, debilitado por sus ocupaciones y poca salud, sintió faltarle las fuerzas.

—Pero yo, señores, no les hago ningún mal —exclamó.

Y cayó desvanecido.

Comprendieron que habían abusado de su poder y trataron de remediarlo sosteniendo al accidentado y acomodándolo en una silla.

En aquellos momentos, traído por la Divina Providencia, entró Don Bosco. Cuando vio el deplorable estado en que se encontraba su digno ayudante, con gran pena lo tomó por la mano y lo llamó. Don Alasonatti, a la palabra de Don Bosco, pareció volver en sí y con débil voz respondió:

—Don Bosco... *vim patior* (padezco violencia).

—Lo veo. No se inquiete; ahora que estoy aquí, me encargaré de todo; tenga ánimo.

Dichas estas palabras de consuelo al pobre paciente, se volvió a los visitantes preguntándoles qué deseaban. Como parecía que Don Alasonatti estaba para sufrir un nuevo accidente, exclamó:

—Ustedes abusan de su poder; debían ser jueces y se convierten en verdugos. ¡Con semejante proceder no lograrán ni las bendiciones de Dios ni la estima de los hombres, sino una página infame en su historia!

Al mismo tiempo los hizo pasar a la habitación contigua, donde dijeron que tenían encargo de registrar la casa y visitar las clases, practicando aquellas diligencias decorosa y amistosamente.

—Si tenían ustedes el encargo de hacer las cosas amigable y cortésmente —les advirtió—, no había necesidad de venir acompañados de una cuadrilla de polizontes ni de espantar a mis pobres niños.

Y añadió otras palabras de enérgica protesta contra aquella vejación.

Su hablar franco y decidido desconcertó no poco a los visitantes, que dejaron entrever en sus contestaciones que re-

conocían había obrado arbitrariamente y trataron de enmendarse ordenando a los guardias que se retirasen a unos terrenos cercanos al Oratorio.

La conversación se prolongó durante media hora. Al fin solicitaron ver las clases. Don Bosco accedió y los acompañó el mismo Don Alasonatti, ya repuesto.

Quisieron examinar todos los libros de texto; preguntaron a Don Bosco su opinión sobre el Estatuto, el Ejército e Italia. El mismo Catecismo les sirvió de pretexto para hacer extrañas y maliciosas preguntas a los niños, que nunca hubieran imaginado, y arrancarles respuestas inesperadas.

Al mediodía los maestros y los jóvenes fueron a comer. Los visitantes, acompañados por Don Bosco, aprovecharon el tiempo para registrar la casa. Metieron la nariz en todas partes, hasta en los dormitorios, donde manosearon las almohadas y revolviéron los colchones.

Los pobres muchachos llegaron a darse cuenta de lo que pasaba.

A las dos, acabado aquel angustioso recreo, los artesanos entraron en sus talleres y los estudiantes en las clases, y al momento continuó el examen de los alumnos, a quienes agobiaron a preguntas sin tacto ni medida.

Después de casi siete horas de inútiles trabajos, los pesquisadores dieron por terminada la empresa y decidieron marcharse. Secuestraron un paquete de cuadernos de varias clases y una "Vida" del joven Domingo Savio. Don Bosco añadió a esto el Reglamento de la casa, que entonces estaba solamente manuscrito, para que llevasen la documentación completa.

—En este Reglamento —dijo— verán los señores ministros en qué principios y máximas morales se apoya la educación que yo doy a mis jóvenes; y podrán convencerse de que este Instituto, en vez de suscitar dificultades al Gobierno, coopera al bienestar de las familias y de la sociedad, formando buenos hijos y honrados ciudadanos. Espero, pues, que nos dejarán en paz a mí y a mis pobres niños.

* * *

Cuando se vio libre de la visita, invitó a los alumnos a ir a la iglesia para dar gracias a Dios. Pronto tuvo dos consuelos: el primero, que dos de los principales instigadores de esta doble visita fueron a verlo pocos días después para asuntos de conciencia. Pero el consuelo mayor fue que al día siguiente de la segunda visita fiscal que hemos narrado, los miembros de la naciente Sociedad Salesiana prometían, de común acuerdo, no dejarse desalentar por los tristes acontecimientos de aquellos días.

"El 11 de junio —dice la crónica del clérigo Ruffino— suscribimos las reglas de la Congregación de San Francisco de Sales para enviarlas al Arzobispo Fransoni; e hicimos entre nosotros la promesa solemne de que, si por desgracia, a causa de las dificultades y de los aciagos días presentes, no se pudieran emitir los votos, cada uno de nosotros, dondequiera que se encontrase, y aunque todos estuviéramos dispersos o no hubiera más que dos, y aun uno solo, se esforzaría en promover la Sociedad y observar siempre, en cuanto le fuera posible, las reglas."

Por la bondad de Dios, las vejaciones ya mencionadas ganaron para Don Bosco y el Oratorio las simpatías de la gente de bien y aun de aquellos que discrepaban de él en materia de religión, pero que pasaban por personas honradas y amantes de la verdadera libertad. Urbano Rattazzi, que entonces ya no era ministro, sino simple diputado, se indignó sobremanera y calificó de inicuas aquellas vejaciones, añadiendo que merecían ser denunciadas a toda Europa.

Don Bosco, para quitar todo pretexto a ulteriores atropellos, envió al ministro del Interior, Luis Farini, y al ministro de Instrucción Pública, Terencio Mamiani, una breve exposición de la Obra de los Oratorios, y pidió a Farini una entrevista, cuya fecha se determinó, pero que tardó en celebrarse. La tormenta no se había disipado todavía, aunque

de la Quinta División del mismo Ministerio le llegaron varias recomendaciones, para que aceptase en el Asilo a jóvenes pobres y abandonados. En poco tiempo recibió ocho peticiones de esta clase.

IV

Una amargura mayor aún esperaba en aquel mes a Don Bosco: la muerte de su amigo y bienhechor don José Cafasso, ocurrida en la mañana del 23.

En la comitiva fúnebre tomó parte una representación del Oratorio de Valdocco, y entre doscientos sacerdotes, también asistió Don Bosco. La capilla del camposanto no pudo contener a los acompañantes de aquellos venerandos despojos; en los días siguientes continuaron visitando su sepulcro las personas por él beneficiadas.

El testamento de Don Cafasso contenía un importante legado para Don Bosco. Por éste y por tantos otros beneficios, en el Oratorio se rezó mucho por el alma de Don Cafasso. El 10 de julio quiso Don Bosco tributarle un acto de pública gratitud con un funeral, suntuoso en cuanto lo permitía su pobreza. Antes de las exequias leyó, llorando muy conmovido, a modo de elogio fúnebre, una breve biografía del sacerdote difunto, acondicionada al deseo y capacidad de sus oyentes.

El 30 de agosto pronunció la oración fúnebre en alabanza de Don Cafasso en los solemnes funerales celebrados en San Francisco de Asís. De su profunda gratitud dio elocuente prueba haciendo imprimir ambos discursos.

* * *

Pero las sospechas que inspiraba el Oratorio al Gobierno no habían desaparecido. Como Don Bosco no había logrado una audiencia de Farini, se dirigió al caballero Silvio Spaventa, Secretario General del Ministerio del Interior. Este tam-

poco quiso recibirlo entonces. Pero como siguió insistiendo, fue citado, por fin, para una audiencia el 14 de julio, a las once horas; mas, olvidadizo o arrepentido de la palabra dada, le mandó a decir que no era posible recibirle a causa de los graves negocios que tenía entre manos. Al oír aquella salida, respondió Don Bosco:

—¡Esperaré hasta que el señor secretario pueda recibirme!

Y estuvo esperando ; desde las once de la mañana hasta las seis de la tarde!

Durante aquel tiempo se llenó la sala de personas de toda clase y condición; todas pasaron, pero el turno de Don Bosco no llegaba nunca. Finalmente, el caballero Spaventa, avergonzado quizás de tan inconsiderada demora, que no debía imponerse ni siquiera a un barrendero, se presentó y preguntó a Don Bosco qué deseaba.

—Tengo necesidad de hablar con Su Señoría... Deseo una entrevista confidencial.

—Hable aquí; todos los presentes son personas de confianza.

El Santo, sin cuidarse de aquella descortesía, con voz tranquila le contestó:

—Caballero, estoy manteniendo y educando a quinientos niños pobres; desde este momento los pongo en sus manos. Le ruego que se cuide de su porvenir.

El pavoroso problema que entrañaba esta inesperada réplica hizo un efecto fulminante en el ánimo de todos los presentes en el salón. Ansiosos de ver cómo acabaría aquel diálogo, se acercaron a los interlocutores. El secretario introdujo entonces cortésmente a Don Bosco en su despacho y volvió a repetir las acostumbradas acusaciones; pero al fin trató de conseguirle aquella misma tarde una audiencia del ministro, que no pudo efectuarse, aunque le aseguró que le notificaría el día y la hora en que el ministro lo recibiría sin falta.

Terminada la conversación, el secretario lo acompañó

hasta la escalera. Los ujieres, al ver aquel rasgo de cortesía, se inclinaron también ante el humilde sacerdote; más de uno le besó la mano y aun no faltó quien le acompañó hasta el pórtico.

Don Bosco regresó al Oratorio a las ocho de la noche; aún no había almorzado.

* * *

El 16 de julio, a las once de la mañana, fue recibido en audiencia por Farini. Éste, apenas lo vio, le estrechó la mano saludándole cortésmente; después lo condujo al salón y, cambiadas algunas palabras, lo acusó de haberse mezclado en política y de comprometerse en maquinaciones con los enemigos de la patria. Don Bosco protestó serena, pero enérgicamente.

Farini, admirado y resentido, con tono autocrático y frunciendo las cejas de modo amenazador, le advirtió que no se dejase llevar de excesivo ardor y de celo importuno y que recordase que estaba hablando con el ministro. El Santo respondió que no tenía miedo. El ministro le amenazó con mandarlo a la cárcel; pero no por esto el Siervo de Dios perdió su imperturbable serenidad.

Farini volvió a sus acusaciones y Don Bosco insistió serenamente en rebatirlas, hasta que el ministro dijo:

—¡Pero es que tenemos cartas... poseemos testimonios!

—Pero, ¿por qué no se me presenta alguna? Tocante a eso, yo no pido gracia, sino justicia. A usted y al Gobierno pido justicia, no para mí, que no temo nada, sino para los pobrecitos de mis niños, que viven en continua consternación por los frecuentes registros que se hacen en el Oratorio; para aquellos mismos niños que me han enviado el Gobierno y Su Excelencia mismo.

A estas palabras Farini pareció turbarse y aun conmovirse; y poniéndose de pie se puso a pasear silenciosamente por la sala. En su poder obraba la carta secuestrada del

Arzobispo Fransoni y podía habérsela mostrado a Don Bosco; quizás se lo impidió la vergüenza de haber violado el secreto postal.

Después de algunos minutos se abrió la puerta y apareció el conde Camilo de Cavour, entonces ministro de Relaciones Exteriores y Presidente del Consejo. Con aire sonriente y frotándose las manos, preguntó, como si lo ignorase todo:

—¿Qué sucede? ¡Oh, téngase un poco de consideración con este pobre Don Bosco y arreglemos las cosas amistosamente. Yo siempre he querido bien a Don Bosco y continué queriéndolo... ¿De qué se trata, pues? —repitió tomando por la mano al Santo e invitándolo a sentarse—. ¿Qué pleitos son éstos?

* * *

La conversación se prolongó un rato. Cavour repitió a Don Bosco que había hecho mal en intervenir en la política y sobre todo en ponerse de parte del Papa contra el Gobierno. El Siervo de Dios respondió que, como sacerdote y en cuanto a la Religión, estaba con el Papa y con él pensaba continuar, como buen católico, hasta la muerte; sin que por eso dejara de ser buen ciudadano. Y añadió:

—Hace veinte años que vivo en Turín; he escrito, he hablado, he obrado públicamente, como Su Señoría sabe, y desafío a todos a que presenten una línea, una palabra o un acto que pueda merecer censura de la autoridad gubernativa. Si no es como digo, que se pruebe; si soy culpable, castíguense; pero si no lo soy, déjenme atender en paz a mi obra.

Los dos ministros le hicieron nuevas objeciones, a las que el Santo respondió cumplidamente. Farini iba conmoviéndose. Cavour acabó diciendo:

—Siempre he visto en usted el tipo del hombre de bien; por eso opino que deben acabarse todas las dificultades que contra usted se intenten suscitar y que se le deje en paz.

—Sí —reptó Farini—; acábase todo eso.

Y concluyó recomendándole que fuese prudente.

Levantáronse todos y los dos ministros le estrecharon la mano.

—¡De modo que estamos de acuerdo! —dijo Cavour—. Seremos amigos en lo futuro también; y usted... rezará por nosotros.

—¡Oh, sí, pediré a Dios que les ayude en la vida y en la muerte!

Y regresó a Valdocco lleno el corazón de gratitud al Señor, porque tan visiblemente le había asistido.

V

Aquel mismo día se extendía el contrato de compra de la casa Filippi. El valor del inmueble y el importe de los gastos de escritura importaron unas cien mil liras. ¿De dónde salieron? De las arcas de la Providencia.

El Oratorio prosperaba cada vez más. Otros tres alumnos habían llegado al sacerdocio y entre ellos el que tanto debía ayudar al Santo y que, como nuevo Eliseo, heredaría la misión y el espíritu de Don Bosco, es decir, Don Miguel Rúa.

La justicia de Dios parecía intervenir. El comendador Farini, que amenazó a Don Bosco con encarcelarlo, se volvió loco y acabó por ser recluso en un manicomio. El mismo funesto fin tuvieron tres de aquellos que más decididamente intervinieron en inspirar y llevar a cabo las vejatorias investigaciones.

En el mismo mes de julio aceptaba Don Bosco, a petición del Arzobispo Frasoni, la dirección del Seminario de Giaveno, que por las pasadas persecuciones había venido muy a menos. Se reservó la dirección suprema: propuso para Rector al sacerdote Juan Gassino, envió como maestros y asistentes a varios de los clérigos pertenecientes a la incipiente Sociedad Salesiana y para reforzar el alumnado mandó a casi todos los alumnos del Oratorio que podían pagar algo de pensión.

En el año escolar de 1860-61 hizo dos visitas al pequeño Seminario en calidad de Superior. Le hicieron el recibimiento que se merecía como a Padre amadísimo. Las dos visitas fueron dos triunfos.

El Pro-Vicario, canónigo Vogliotti, y todo el clero de Giaveno y el pueblo entero se maravillaron del rápido florecimiento de aquel instituto. El canónigo Don Inocencio Arduino declaró que "¡no ya un retrato, sino una estatua se merecía Don Bosco!"

En efecto, a fines de 1861 el pequeño Seminario estaba floreciente: los alumnos habían llegado a doscientos dieciséis y en los meses siguientes alcanzaron la cifra de doscientos cuarenta. Satisfecho de haber encaminado bien aquel Instituto, se retiró prudentemente Don Bosco después del segundo año, llamando al Oratorio a los clérigos que deseaban continuar formando parte de su Sociedad. Fue aquél el primer ensayo de la bondad de su sistema educativo, practicado fuera del Oratorio.

El mismo año de 1860 obtuvo de Monseñor Calabiana, Obispo entonces de Casale, el permiso para erigir un pequeño Seminario en Mirabello, y en octubre del mismo año abrió las puertas del Oratorio a veinte clérigos de la diócesis de Asti, hallándose vacante esta sede episcopal y el Seminario ocupado por el Gobierno.

Los miembros de la naciente Sociedad de San Francisco de Sales procuraban imitar los ejemplos de su buen Padre atrayéndose a los jóvenes del Oratorio con la dulzura y el amor.

CAPÍTULO XXXI

La Edad de Oro del Oratorio

I

Un medio singular con el que hizo Don Bosco gran bien y del cual dejó en muchas partes del Piamonte y de la Liguria grata memoria, y a la Pedagogía una obra precursora, fue el de los paseos y excursiones. En ellas sembró mucho bien. En ellas pescó vocaciones excelentes. Más de una vez hemos indicado las jiras que se hicieron a "Becchi"; pero deberíamos hablar del desarrollo que dio, durante más de diez años consecutivos, a las excursiones pedagógico-apostólicas en grande estilo, por todo el Monferrato y todo el Piamonte y Liguria, por montes y costas marítimas.

Adquirieron en 1859 una orientación de original apostolado. Villa San Secondo, Motiglio, Primerano, Marmorito, Pica, Moncucco, Albugnano, Montafia, Primeglio, Cortazzone, Pino de Asti y otros pueblos recibían, festejándolos, a los jóvenes excursionistas que iban a divertirlos con la gimnasia y las representaciones teatrales; a enfervorizarlos con sus funciones litúrgicas y su frecuencia devota de los Sacramentos; a darles conciertos de buena música, clásica o popular, a cuyo efecto llevaban su banda y sus atuendos escenográficos y a veces sus tiendas de campaña.

Según refiere el canónigo Anfossi, "su llegada a aquellos pueblecitos y pequeñas ciudades era un triunfo. Los párrocos de los contornos salían a su encuentro y generalmente tam-

bién las autoridades civiles. Los habitantes se asomaban a las ventanas o se situaban en las puertas de sus casas; otros muchos salían al paso de los excursionistas; los campesinos dejaban sus trabajos para ver a Don Bosco; las madres se le acercaban presentándole sus hijos y, arrodilladas, le pedían la bendición. Parecía el espectáculo que se lee en el Evangelio, de las turbas apresurándose a seguir al Divino Maestro. Como era costumbre de Don Bosco ir directamente a la iglesia parroquial para adorar a Jesús Sacramentado, en breve aquélla se llenaba de gente, a la cual él, desde el púlpito, dirigía una plática recomendándoles la devoción a la Virgen e invitándolos a frecuentar los Sacramentos. Después se cantaba solemnísimamente el *Tantum ergo* y se daba la Bendición". Al día siguiente la Misa cantada o armonizada, en la cual había comuniones numerosas y llenas de fervor.

Estas excursiones comenzaban después del domingo del Rosario. La primera visita era a Castelnuevo, donde el Siervo de Dios contaba con muchos queridos amigos de la juventud. El párroco, Don Antonio Cinzano, todos los años convidaba a comer en su casa a "su" Don Bosco y a toda su comitiva. El buen párroco no cabía en sí de gozo cuando el Santo se hallaba en su casa.

La última y más larga de las excursiones fue la de 1864. Llegaron hasta "la Riviera", disfrutaron del mar; en Génova visitaron la celeberrima villa Palavicini, servidos a la mesa por los mismos marqueses, a quienes obsequiaron, a su vez, con una representación en el teatro, al aire libre, de la misma villa. ¡Dios sabe el bien que todas ellas produjeron! La alegría y piedad de aquellos muchachos, el fervor con que oían la Misa y recibían los Sacramentos, la confianza que reinaba entre ellos y sus superiores, su amor por el canto, la música y la gimnasia, el entusiasmo con que representaban dramas y comedias y con que oían explicaciones sobre las obras de arte que atesoraban las iglesias y los castillos, impresionaban a la gente y llamaban la atención de los maestros de escuela.

¡Cuántos jovencitos ingresaron en el Oratorio, que des-

pués se hicieron celosos sacerdotes! ;A cuántas familias les devolvió la paz e infundió una serena resignación en las contrariedades de la vida! ;Cuántos, que antes eran enemigos de los eclesiásticos, cambiaron de opinión, después del paso de Don Bosco! Por la ardiente y eficaz palabra del Santo, ;en cuántos de estos pueblos no recobró Dios su puesto! Estas excursiones tuvieron su cronista-cantor en la persona de Don Juan B. Francesia, que las narra en dos interesantes volúmenes.

Después del 64, la multiplicidad de los compromisos y su creciente trabajo le impidieron continuar esos paseos; únicamente se conservaron los que se hacían a "Becchi" y a la tumba de Domingo Savio en Mondonio, adonde todavía hoy va, con ocasión de la fiesta del Rosario, la banda de música del Oratorio de Turín-Valdocco.

Un eco, sin embargo, vivo y potente queda: "las colonias veraniegas", los "campings" —hoy de dominio común— a que la Pedagogía moderna da, con razón, tanta importancia.

II

Don Bosco fue siempre un extraordinario propagador de los Ejercicios Espirituales.

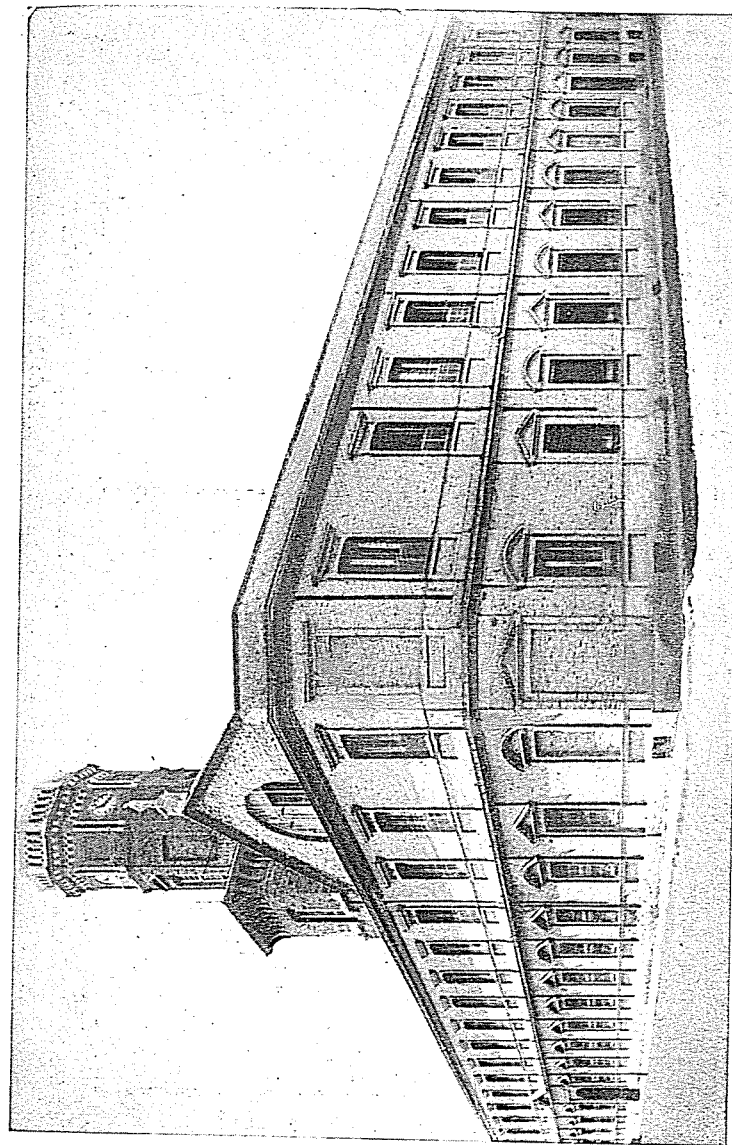
Los daba en parroquias, en colegios, en seminarios.

Leemos en la Crónica:

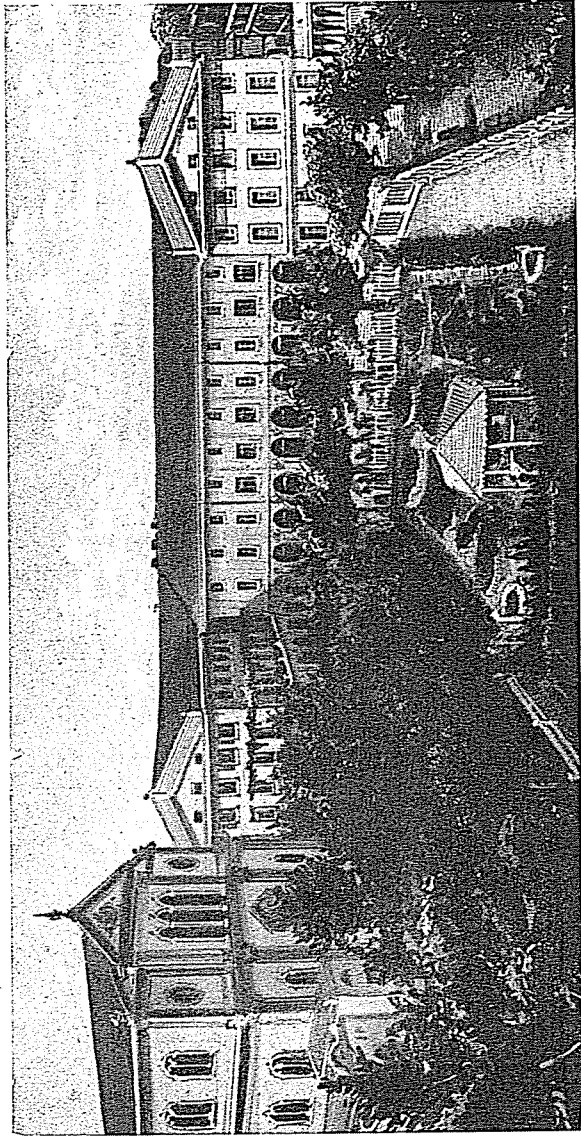
"El 4 de febrero de 1861 salió de Turín y fue a dar Ejercicios Espirituales al Seminario de Bérgamo, adonde el año antes había ido, y volvió otras veces por motivos de caridad."

Uno de aquellos días, encontrándose con los Superiores del Seminario y sintiéndose con ganas de reír y hacer reír, les dijo:

—Esta tarde, mientras yo escribía a casa, vi en el Oratorio a dos de mis muchachos que estaban escribiéndome a mí. Y mañana llegará su carta.



Casa salesiana de Viedma (República Argentina).



Collegio de Borgo San Martino, que sustituyó al de Mirabello, el primero que fundó Don Bosco fuerte de Turín, dándole como Director a Don Eñá, a quien entregó un Reglamento del Director, que es uno de los más bellos y prácticos documentos en la historia de la Sociedad Salesiana.

—¡Oh! ¿Cómo puede ser eso? —exclamaron riendo aquellos señores.

—¡Mañana verán si es o no verdad!

Al día siguiente, jueves, día en que Don Alasonatti recibió la carta, mientras todos en el Seminario de Bérgamo estaban comiendo, entró un criado con el correo para Don Bosco.

—¡He ahí —dicen— una carta para Don Bosco, que viene de Turín!

Don Bosco abre y saca del sobre dos billetes escritos por Jarach y por Párizi. Entonces aquellos Superiores se miraron el uno al otro llenos de asombro, mientras Don Bosco se reía de su extrañeza. ¡Telepatías singulares!

Grande fue el bien que el Santo hizo a los seminaristas con su predicación y con la afabilidad y llaneza, cosa que, a decir verdad, hacía refunfunar un poco al Rector.

Monseñor Ángelo Cattáneo, Vicario Apostólico del Honán Meridional, alumno de aquel Seminario, escribía a Don Rúa, años después:

“Cuando me presenté a él para hacerle mi confesión general (tenía yo entonces dieciséis años), empecé por leerle mis pecadillos (escritos en un pedazo de papel). Me atrajo, me tomó el papel de la mano y lo arrojó a la chimenea. Ante acto tan inesperado me quedé mudo y confuso sin poder pronunciar una palabra; pero con afectuoso acento, me dijo inmediatamente:

—Yo te diré tus pecados.

Y, en efecto, con gran estupor de mi parte, me los dijo uno por uno exactamente como yo los había escrito. Fácil es imaginar cuáles fueron mi sorpresa y conmoción. Rompí en llanto de verdadero dolor y de consuelo.”

* * *

El 9 de marzo de 1861 regresó Don Bosco de Bérgamo a casa.

Don Bonetti refiere lo siguiente en su crónica:

"10 de Marzo. Domingo. Esta noche nos encontrábamos cuatro o cinco en la habitación de Don Bosco, mientras la Comunidad estaba en el teatro. Yo (Don Bonetti) le pregunté cómo se arreglaba para ver las cosas lejanas, y me dijo:

—¡Pues sí! Parece como si un hilo telegráfico saliera de mi cabeza. Para establecer la comunicación basta que yo ponga mi pensamiento en el punto que deseo y en el acto veo lo que allí se hace. Por ejemplo, ahora estoy en mi habitación; pues bien, si yo quiero, veo a un joven en el pórtico.

—Pero, ¿cómo se entiende esto? —le preguntamos nosotros.

Y él respondió:

—¡Ah, si vosotros conocierais mi astucia y supieseis algo de gimnasia y juego de cubiletes, ya lo entenderíais!

Con estas palabras salía del paso haciéndonos reír de lo lindo. Nos echaba una mirada cariñosa de complacencia y afecto, y estrechándonos las manos, nos decía:

—Dichosos vosotros, porque todavía sois jóvenes y aún tenéis tiempo para hacer por Dios muchas y buenas obras, y para adquirir méritos para el Paraíso; en cambio yo (y lo decía conmovido) soy ya viejo, y pronto iré a la tumba, y me presentaré al Señor con las manos vacías.

Entonces uno de nosotros le dijo:

—No diga eso; usted trabaja día y noche y no tiene un momento de reposo; así es que no puede decir que tenga las manos vacías.

Mas él respondía:

—¡Ah, sí, pero lo que hago es por obligación sacerdotal; y aunque diese la vida, no haría más que cumplir con mi deber!

—Si eso fuera así, sería mejor no hacerse sacerdote —se le replicó.

—¡Eh, poco a poco! ¿Y si el Señor da a entender que lo quiere así? No es posible resistir, y hay que obedecer. Además, me consuelo pensando que el Señor es rico en misericordia y que cuando comparezcamos delante de Él le podremos decir: *Fecimus quod jussisti*, y no podrá menos de dirigirnos aquellas gratas palabras: *Euge, serve bone et fidelis, quia in pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam; intra in gaudium Domini tui.*"

Quizás advirtió que, en su humildad, había dado una nota un poquitín pesimista; porque poco después, en una conferencia, comentando unas palabras de San Pablo, les dijo: "Mucho hace (para el Cielo y para la tierra) quien hace lo que debe, aunque sea poco; y hace poco quien, aunque mucho haga, no hace lo que debe."

* * *

Éstas y muchas otras más admirables eran las maravillas que realizaban la vida de Don Bosco. Por eso en 1861 nació la idea de formar una comisión para anotar las cosas más salientes.

En la primera reunión se nombró a tres con este encargo; y fueron los clérigos Ghivarello, Bonetti y Ruffino.

En la segunda fueron elegidos: Presidente, Don Rúa; vicepresidente, don Turchi; y secretario, Ruffino.

Los documentos reunidos han llegado a constituir un verdadero tesoro.

¡Aquella, realmente, fue la Edad de Oro del Oratorio! Entre los alumnos había algunos tan buenos y virtuosos —escribe Don Bonetti—, "que reproducían la vida de Domingo Savio y renovaban entre nosotros las obras maravillosas y sobrenaturales de aquel angelical compañero y amigo nuestro. Los chicos se amaban como hermanos; entre ellos no había riñas ni discordias, ni disgustos, sino que todos formaban un solo corazón y una sola alma para amar a Dios y consolar a Don Bosco.

Era en todos tan grande el empeño en observar buena conducta moral y religiosa, que al fin de la semana, cuando se leían públicamente las notas entregadas por los maestros y los asistentes, rara vez ocurría oír un "nueve", porque todos merecían "diez"; es decir, ninguno daba motivo a la más leve queja, ni en lo tocante a la piedad, ni al estudio, ni a la clase, ni al dormitorio; y así de lo demás. El "nueve", esto es, la calificación que indicaba conducta "casi óptima", se consideraba como nota tan deficiente, que cuando un joven alumno, más por ligereza que por malicia, lo había merecido, lloraba amargamente, y de ordinario no se lo daban más en todo el año".

* * *

En 1867 se amplió el Oratorio con nuevas edificaciones. Los trabajos se contrataron con el maestro de obras Carlos Buzzetti el 15 de mayo. En las oraciones hizo rezar Don Bosco tres "Avemarías" para que no ocurriesen desgracias durante la noche. El clérigo Juan Bonetti, que estaba encargado de un dormitorio, hizo rezar tres "Avemarías" más con el mismo fin, a impulsos de no sabemos qué presentimientos.

III

Poco después de medianoche estalló una gran tormenta; al cabo de un cuarto de hora una formídate detonación sacudió los cimientos de la casa, que pareció como rodeada de llamas. ¡Había caído un rayo en el Oratorio! Por la boca de una chimenea entró la exhalación en el cuarto de Don Bosco y le levantó la cama más de un metro del suelo, transportándola al lado opuesto, rodeada de brillantísima luz. ¡Fue un instante! Después se apagaron todas las luces y la cama cayó con tal fuerza, que el Santo fue arrojado sobre el pavimento. A trompicones, entre piedras, ladrillos y escombros, consiguió llegar hasta la campanilla y llamó.

Rossi y Reano, que dormían en la habitación contigua y ya se habían levantado y estaban a punto de llamar a la puerta de Don Bosco, entraron. El Siervo de Dios los recibió con su acostumbrada jovialidad, y dijo:

—¡Qué rayo tan mal educado! Se ha entrado sin permiso en mi cuarto, lo ha revuelto todo y se ha llevado la cama de una parte a otra...

En aquellos momentos llegó un joven gritando:

—Reano, avise a Don Bosco que venga pronto a nuestro dormitorio; ha caído un rayo... el techo se ha derrumbado sobre nosotros y ha matado a muchos!

Al oír el Santo estas palabras exclamó:

—¡Oh, Dios mío! ¡Si Vos lo queréis así, Señor, adoro vuestros designios!

Por fortuna la noticia era exagerada. La presencia de Don Bosco fue como la de un ángel consolador. Los que se habían levantado, le rodearon y Don Bosco, acercándose al lecho de los que parecían malparados, mandó traer agua y vinagre y con sus propias manos les curó las heridas y las contusiones.

Este trabajo de atender a los heridos duró cerca de una hora. Cuando Don Bosco se convenció de que la vida de todos estaba en salvo, dio expansión a su alegría con un afectuoso *Deo gratias*, y añadió:

—¡Demos gracias de corazón a Dios y a su Santísima Madre! ¡Nos hemos librado de un gran peligro! ¡Ay, si el fuego hubiera prendido en la casa! ¡Quién se hubiera salvado?

Y ante el altarcito del dormitorio se rezaron las Letanías de la Santísima Virgen.

El día de Pentecostés, 19 de mayo, después de las Vísperas y del sermón, se cantó un solemne Tedéum, en el que tomaron parte también los jóvenes externos y muchos bienhechores. Pero esto no bastó para los protegidos de María Santísima. La caída del rayo despertó en algunos el deseo de que Don Bosco hiciese colocar un pararrayos en la casa, y se lo dijeron.

—Sí —respondió—, colocaremos una estatua de la Virgen María. Nos libró tan bien del rayo, que cometeríamos una ingratitud si confiásemos en otro que no fuese Ella.

Dispuesta la estatua, la bendijo él mismo y la colocó en lo más alto de la casa; después, desde el andamio construido a este efecto, que fue ciertamente el púlpito más alto del mundo, exhortó a los jóvenes a confiar siempre en la Virgen. Años más tarde se puso también el pararrayos.

Aquel año los alumnos del Oratorio hicieron otra demostración pública de fervorosa piedad. La procesión del "Corpus Christi" siempre se había celebrado en Turín de un

modo majestuoso y espléndido, con la intervención del Rey, de los ministros, de los senadores, de los diputados y de todos los dignatarios civiles y militares; pero en 1861 cesaron de rendir este homenaje al Santísimo Sacramento. "En vez de los senadores y los diputados —escribe el canónigo Ballesio— iban en filas detrás del Santísimo Sacramento centenares de jóvenes del Oratorio. Don Bosco pudo conseguir que sus hijos figurasen en la procesión, y preparados por él, marcharon cantando en actitud devota. Dios bendijo aquella manifestación y aquel piadoso ejemplo. En los años sucesivos cortejaron a Jesucristo en el Santísimo Sacramento la aristocracia y las sociedades católicas de Turín."

Después de Navidad cayó enfermo de erisipela el Siervo de Dios, viéndose obligado a guardar cama algunos días. Se levantó el 31 de Diciembre por la tarde y contra el parecer de todos bajó al locutorio para saludar a los chicos y darles el aguinaldo, o sea, una buena máxima que habían de tener presente todo el año siguiente. Al mismo tiempo prometió a cada uno en particular una máxima extraordinaria, maravillosa.

IV

Despuntó el primero de enero de 1862 y he aquí lo que, según la crónica de Don Ruffino y Don Bonetti, ocurrió:

"Al toque de diana, esto es, al "Ave María", recibió Don Bosco la orden (él mismo lo aseguró, pero no quiso decir de quién) de ir inmediatamente a la iglesia para celebrar la Santa Misa. Así lo hizo. Después fue al refectorio a tomar el café; almorzó también con los demás y, seguro de su curación, prescindió de todas las medicinas y despidió al médico.

No es fácil describir la conmoción que agitaba a todos los jóvenes por la promesa de Don Bosco. ¡Con qué impaciencia pasaron la noche del 31 de diciembre al primero de enero y el día siguiente! ¡Con cuánta ansiedad esperaron hasta la noche para oír lo que su cariñoso Padre les había anunciado!

Finalmente, después de las oraciones, los jóvenes, en profundo silencio, esperaron a Don Bosco, el cual subió al pequeño púlpito y les reveló el misterio diciéndoles:

—El "Aguinaldo" que os doy no es mío. ¿Qué diríais si la Virgen en persona viniese a deciros una palabra a cada uno de vosotros, si hubiese preparado un billete para cada uno, indicándole lo que necesita o lo que Ella quiere de él? Pues bien, la cosa es así precisamente. ¡La Virgen da a cada uno un aguinaldo!... Alguno preguntará: ¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Ha escrito la Virgen los billetes? ¿La Virgen en persona ha hablado a Don Bosco? ¿Es Don Bosco el secretario de la Virgen? Pues bien, os respondo: no os diré más de lo que os he dicho ya. Los billetes los he escrito yo; pero Ella los ha dictado; no puedo decir cómo ha ocurrido eso porque me embrollaría. Conténtese cada cual con saber que el billete viene de la Virgen. ¡Es una gracia singular! ¡Hace ya muchos años que vengo pidiendo esta gracia y al fin la he obtenido!

Después hizo algunas advertencias respecto de los billetes, y acabó diciendo:

—Como el asunto es muy largo, pasarán por mi habitación esta noche todos los sacerdotes, los clérigos y también los filósofos. Los demás, mañana. Dormid tranquilos."

Los clérigos, los sacerdotes y los hermanos acompañaron a Don Bosco a su habitación y, en parte, recibieron las primicias de aquel precioso aguinaldo. Al día siguiente los chicos se apresuraron con gran ansiedad a reunirse en la habitación de Don Bosco y recibieron su billete. Unos parecían fuera de sí por la alegría, otros se quedaban pensativos; quién lloraba, quién se retiraba a un rincón; éste lo mostraba a los compañeros; el otro lo guardaba cuidadosamente.

La crónica de Don Bonetti nos da otras gratas noticias sobre el celo del hombre de Dios por la conversión de los protestantes y los auxilios, aun materiales, que daba a los convertidos pobres.

Rabioso por estas derrotas, quiso el demonio desfogar su ira contra el Santo. Fue ésta la persecución más terrible que padeció de parte del diablo; fue una guerra a fondo, que comenzó en los primeros días de febrero. No podía dormir por la noche, ya porque las voces, los ruidos, los golpes frecuentes y prolongados no cesaban, ya por el continuo

moverse de la ropa de la cama, que se corría a los pies dejándolo descubierto, ya por la aparición de monstruos horribles, que a la señal de la cruz se desvanecían al instante, pero para volver al poco rato.

Algunos quisieron ayudarle, pero lo pagaron caro. El clérigo Bonetti fue una vez con su compañero Ruffino a la biblioteca contigua para pasar la noche; pero a los pocos minutos debieron retirarse presa de gran espanto, y así otros.

Don Juan Bonetti escribió lo que podríamos llamar el boletín oficial de esta guerra, que duró varios meses.

El caballero Oreglia preguntó una vez a Don Bosco si no tenía miedo de verse atormentado de esta manera por el demonio. Él respondió:

—Disgusto, sí; miedo, no. Como no temo a los ángeles del Cielo, siendo, como creo, amigo de Dios; tampoco temo a los demonios del infierno, porque soy enemigo de estos enemigos de Dios. que sabrá defenderme. Haga Satanás lo que quiera; ahora le toca a él, pero después me tocará a mí...

Una tarde de 1865 refería Don Bosco a un grupo de jóvenes las noches terribles que pasaba por aquellos días. Nosotros estábamos presentes.

—¡Ah, yo no tengo miedo al diablo! —exclamó un joven.

—¡Calla!, no digas eso —respondió el Santo con acento tan enérgico que nos extrañó a todos—. Tú no conoces el poder del demonio cuando el Señor le da licencia para obrar.

—¡Ya, ya! Si lo viese lo agarraría por el pescuezo y se las vería conmigo.

—No digas boberías, amiguito; si lo vieras, te morirías de miedo.

—Pero yo haría la señal de la cruz.

—Eso no valdría más que por un momento.

—Pero usted, ¿cómo hacía para ahuyentarlo?

—¡Oh!, ya he encontrado el medio para hacer que huya y no comparezca por mucho tiempo... ¡Lo he encontrado! ¡Vaya si es eficaz!...

Calló y no quiso pronunciar una palabra más; después acabó diciendo:

—Lo que hay de cierto es que no deseo que nadie se encuentre en trances tan terribles como me he hallado yo. Es necesario pedir a Dios que no permita nunca a nuestro enemigo que nos gaste semejantes bromas."

* * *

Pero esta guerra tan extraña que el enemigo del bien le hacía, no disminuyó su ardor en sostener e impulsar su proyectada obra. En 1862 organizó otra lotería, para la cual la Prefectura o Gobernación de Turín autorizaba la emisión de ciento cuarenta mil noventa y dos billetes al precio de cincuenta céntimos cada uno. Una selección de la Nobleza se interesó y formó la comisión organizadora bajo la presidencia del alcalde, marqués Manuel Lucerna de Rorá.

Don Bosco escribió al príncipe Tomás, duque de Génova, al príncipe Eugenio de Carignano y a la princesa María Pía, próxima a gozar "la dicha de sus bodas", y que, deferente, correspondió a los deseos del Santo. También escribió al Rey y éste aceptó mil billetes.

Lleno de confianza en la Divina Providencia comenzó y concluyó un nuevo local a lo largo de la vía "della Giardiniera".

El 14 de mayo de aquel año (1862) señalóse con otro hecho memorable para la Sociedad Salesiana.

"Aquella tarde —escribe Don Bonetti—, después de ardientes deseos, hicieron formalmente por primera vez los votos de pobreza, castidad y obediencia los miembros de la Sociedad recientemente constituida, que habían cumplido el año de noviciado y que a ella se sentían llamados. ¡Oh, qué hermoso sería describir de qué humilde manera se realizó este acto memorable! Apenas cabíamos en la habitacioncita, donde no había ni sillas para sentarse... Formábamos un pequeño rebaño, desconocido para el mundo y para la mayor parte de los de casa. Pero estos humildes principios no nos desalentaron y abrimos el corazón a las más grandes esperanzas.

Éramos veintidós, sin contar a Don Bosco, los que, rodeándolo, hicimos los votos según el Reglamento.

Después de esto, Don Bosco se puso en pie, se volvió hacia nosotros, que todavía estábamos arrodillados, y nos dirigió algunas palabras para tranquilizarnos e infundirnos valor para lo por venir. Entre otras cosas nos dijo:

—El voto que habéis hecho no os impone otra obligación que la de cumplir lo que hasta ahora habéis practicado, esto es, las reglas de la

casa. Es mi deseo que nadie se deje llevar de temor alguno ni dé cabida en su corazón a ninguna inquietud. En cualquier caso vengan todos inmediatamente a verme, ábrame el corazón y expónganme sus dudas y sus penas. Os digo esto porque podría ocurrir que el demonio, al ver el bien que podéis hacer formando esta Sociedad, os tiente y trate de alejaros de ella contra la voluntad de Dios. Si se me informa pronto de todo, podré examinar debidamente el asunto y devolveros la paz, y aun desligaros de los votos cuando comprenda que ésa es la voluntad de Dios y el bien de las almas. Pero alguno me preguntará: "¿Ha hecho Don Bosco también los votos?" Ciertamente; mientras vosotros me hacíais estos votos, yo también los hacía ante este crucifijo por toda la vida; ofreciéndome en sacrificio al Señor y dispuesto a todo, a fin de procurar su mayor gloria y la salud de las almas, especialmente para el bien de la juventud. Ayúdenos el Señor a mantener fielmente nuestras promesas.

Después que hubo pronunciado estas memorables palabras nos pusimos en pie y continuó:

—Queridos hijos, vivimos en tiempos revueltos. Parece fuera de lugar, en estos momentos desfavorables, tratar de constituir una nueva comunidad religiosa, mientras el mundo y el infierno se aprestan con todo su poder a arrancar de la Tierra las que existen. Pero no importa; yo tengo, no sólo probables, sino seguros motivos para que nuestra Sociedad comience y prosiga. Muchos han sido los esfuerzos que se hacen para impedir que nazca; mas todos serán vanos, y aun algunos de los que más obstinadamente se oponen, serán severamente castigados. Pero no son ahora éstos los argumentos que me hacen esperar mucho bueno de nuestra Sociedad; hay otros mayores, entre los cuales está el fin único que nos hemos propuesto, que es la mayor gloria de Dios y el bien de las almas. ¡Quién sabe si el Señor querrá servirse de nuestra Sociedad para hacer mucho bien en su Iglesia! De aquí a veinticinco o treinta años, si el Señor continúa ayudándonos, como hasta ahora, nuestra Sociedad, esparcida por diversas partes del mundo, podrá contar los socios por millares...

Pudimos observar que aquella tarde Don Bosco mostraba un contento indescriptible; no sabía alejarse de nosotros, habiendo pasado todo el tiempo en piadosa conversación. Nos refirió además muchas cosas bellas, relacionadas especialmente con los comienzos del Oratorio."

* * *

Presentáronse aquellos días nuevas contradicciones. Los enemigos ya no tomaron por pretexto la política, sino la legalidad de la enseñanza; porque Don Bosco no tenía profesores

con título oficial, pues hasta entonces no se exigían. El Siervo de Dios envió una súplica al ministro de Instrucción Pública; después solicitó una audiencia, pero en vano, y por eso iba siempre repitiendo:

—¡El Oratorio de San Francisco de Sales nació a palos, creció a palos y continúa su vida apaleado!

Cambiaron al Director General de estudios; repitió las súplicas e interpuso buenas influencias; pero inútilmente: ¡O se tienen profesores titulares o se cierran las clases!

No era posible que Dios desamparase su obra. Don Bosco obtuvo una audiencia del nuevo Director, el comendador Francisco Selmi, y éste, después de haberlo recibido casi con desdén, tuvo que abdicar de sus prejuicios. Admirado de su paciencia y caridad, convencido de la bondad de su obra, conmovido por las circunstancias excepcionales en que se encontraba, le prometió su protección y aprobar por aquel año a los maestros del Oratorio.

—Se lo agradezco de corazón, señor comendador —le dijo El Santo— y le guardaré gratitud eterna por el gran favor que nos hace. Pero antes de despedirme tengo que hacerle otra súplica: que se digne usted tomar a mis niños bajo su protección y que venga usted algún día a honrarnos con su presencia. Estoy persuadido de que, amante como es usted del pobre pueblo, experimentará una gran satisfacción al ver recogidos allí a un millar de los más necesitados de sus hijos.

A estas palabras, el señor Selmi se conmovió profundamente y mirándolo complacido, le dijo:

—¡Querido Don Bosco, usted es un ángel en la Tierra! ¡Le aseguro que en adelante haré todo lo que pueda en favor de sus jovencitos y cuanto antes haré con mi familia una visita amistosa a su Instituto!

Esto ocurría a principios de diciembre. La fiesta de la Inmaculada se celebró con gran júbilo, porque se había resuelto, aunque momentáneamente, el asunto de las clases. Habían transcurrido veintiún años de la solemnidad de la Inmaculada de 1841; y el 8 de diciembre, escribe Don Bo-

netti en la crónica, “encontrándose Don Bosco con algunos jóvenes y clérigos, se puso a tratar de varias cosas relacionadas con el Oratorio. Hay que advertir que desde el principio de la fundación de éste, Don Bosco, el día de la Inmaculada, reunía siempre en conferencia a sus colaboradores. Al recaer la conversación sobre el colegio que el año siguiente debía abrirse en Mirabello, *si Deus déderit*, preguntando el clérigo Provera si veía alguna persona de mérito y extraña a la Sociedad que pudiera agregarse a sus ayudantes y a la Congregación, Don Bosco respondió que el Señor lo haría todo por medio de los jóvenes alumnos del Oratorio y al mismo tiempo nos dijo que él, viviendo todavía en el Refugio, había visto una casa fabricada del mismo aspecto que la presente y que sobre ella aparecían escritas con caracteres cubitales estas dos frases: HIC NOMEN MEUM! HINC INDE EXIBIT GLORIA MEA!

Como alguno le preguntase de quién eran esas palabras, nos respondió que del Señor, y que las habría hecho escribir en esta casa si no fuese por no dar pretexto a que nos tachasen de soberbios.”

* * *

Al final de 1862 el Oratorio tenía casa, iglesia, todas las clases de segunda enseñanza, las escuelas profesionales de zapateros, sastres, encuadernadores, carpinteros, herreros, tipógrafos e impresores; y además las de música vocal e instrumental, con cerca de seiscientos alumnos internos, otros tantos externos, escuelas dominicales, diurnas y nocturnas para otros jóvenes obreros; y, en fin, una Sociedad que aseguraba su porvenir. El Oratorio de San Francisco de Sales, Casa Madre de la Congregación Salesiana en el mundo, modelo de los numerosos Institutos de la misma, podía decir que se hallaba constituido sobre sólidas bases. Empieza a irradiar de él una nueva y providencial actividad, cuya marcha, mundial, no la podrá detener ya ningún poder contrario de la Tierra.

CAPÍTULO XXXII

Tres flores del Oratorio

Muchos chicos buenos tenía entonces el Oratorio; algunos, y bastantes, de tan alta virtud, que —según las palabras del mismo Don Bosco— “emulaban la vida de San Luis Gonzaga”. Puede decirse que la masa entera la componían chicos buenos, lo que se suele llamar “buenos” en los colegios y escuelas.

Como era natural, no faltaban tampoco algunos menos buenos y hasta malejos; pero eran pocos, y además la vida era allí de tal naturaleza que quedaban aislados, fácilmente se los conocía y, o se enmendaban, o se alejaban. Los equipos de selectos y la Compañía de San Luis, y sobre todo la de la Inmaculada, apenas llegaba un alumno nuevo le ponían a su lado, sin que se diera cuenta, un “ángel de la guarda” que lo acompañaba, lo instruía, lo ponía en relación con los Superiores. Y sobre todo, el absoluto dominio que Don Bosco ejercía sobre todos los corazones, comunicaba a su mirada, a su palabra, una eficacia tal, que el ambiente quedaba como impregnado de vida elevada y de un equilibrio que casi no se alteraba nunca, y las pocas tormentas que pudieran sacudirlo se calmaban pronto y con gran facilidad.

De entre todos los chicos que vivieron entonces en el Oratorio, tres hay que merecieron el honor de que Don Bosco transmitiera sus nombres a la posteridad, escribiendo sus biografías. Tres chicos, tres tipos diversísimos en temperamento, en carácter, en cualidades intelectuales y físicas. Las

biografías resultan, sin que el autor lo pretendiera, tres estudios, tres modelos para educadores y para educandos. Diríase que el autor se proponía dar "ideales". Y así es, si por "ideal" entendemos modelos vivos, de carne y hueso, reales; mas no en el sentido en que se toman, por ejemplo, el "Emilio" de Rousseau o el "Leonardo y Gertrudis" de Pestalozzi. Domingo Savio, Miguel Magone y Francisco Besucco fueron muchachos que vivieron entre los compañeros, que entre ellos y a vista de ellos, de todos ellos, estudiaron, jugaron, se santificaron. La importancia que para nosotros tienen es que además de conocerlos y conocer el ambiente, se descubre la magistral manera que tenía Don Bosco de dirigir las almas y dirigir su colegio. No aplicó a cada tipo un método diverso, sino que a cada uno le aplicó su único Sistema, el "preventivo", pero según la modalidad de cada uno: lo que hoy se llama adaptación a la medida. Como para garantizar su objetividad, a cada paso recuerda el biógrafo a sus lectores que narra lo que todos han visto —que lo eran los alumnos todos— y palpado.

DOMINGO SAVIO

El primero es Domingo Savio, hoy Santo Domingo Savio. Desde el momento en que se lo presentaron, descubre en él su ojo perspicaz de educador un alma en quien el Espíritu Santo ha realizado ya con su gracia cosas extraordinarias y entrevé lo que puede hacer con una educación y formación adecuada.

Tenía doce años. Era hijo de un herrero y una costurera. Ojos vivísimos, carácter jovial, rostro inteligente e inocente (no ingenuo).

—Me parece que hay buena tela —dícele el educador.

—¿Y para qué puede servir esta tela? —replica el hijo de la costurera.

—Para hacer un buen traje que regalarle al Señor.

—Bueno; pues yo soy la tela, usted el sastre; vamos a hacer ese traje.

En el frontis del aposento-despacho ve un letrado: *Da mihi ánimas, cóetera tolle*. Se esfuerza en traducirlo, utilizando el poco latín que ya sabe. Sólo con la ayuda de Don Bosco lo descifra. Y penetra inmediatamente su alcance, aplicándose a sí mismo la frase: "Es un negocio de Cielo, no de la Tierra; quiero entrar en él."

A los pocos días de su ingreso en el Oratorio, oye una plática en que Don Bosco explica a sus muchachos las tres normas que siempre da para ser virtuoso, vivir contentos y salvar el alma, a saber: "Confesarse con frecuencia, comulgar a menudo, escogerse un confesor fijo."

Domingo resuelve en el acto atenerse a ellas exactamente.

Escogió como confesor y director de espíritu a Don Bosco mismo y no lo dejó hasta que salió para morir en su pueblo (desde 1854 a 1857).

Al principio se confesaba cada quince días y comulgaba con la misma frecuencia. Después cada ocho días y comunión semanal al principio, y luego cada tres días. Y viendo su correspondencia a la gracia y a la dirección, antes del año se le autoriza la comunión diaria.

Como todas las almas verdaderamente generosas, Domingo experimenta deseos tan intensos de purificación interior, que quisiera confesarse todos los días. Su director lo ataja para preservarlo del peligro de los escrúpulos y le ordena atenerse a la confesión semanal.

Un impulso prepotente impele a ese adolescente hacia las alturas de la santidad. Pero tiene de ella una idea falsa, por más que sea la vulgar: que está tan alta, tan alta, que es casi inaccesible. Don Bosco acude al remedio. Un domingo hace la plática sobre este tema: "*Es voluntad de Dios que todos nos hagamos santos*. Y si es voluntad de Dios, que no manda hacer cosas imposibles, *es fácil hacerse santo*; y en el Cielo hay un gran premio para quien se hace santo." Savio bebía ávidamente las palabras; al final estaba casi extático.

Al salir de la iglesia parecía otro. Estaba ensimismado, paseaba taciturno, esquivaba la compañía de sus condiscípulos. Así pasó dos o tres días, hasta que Don Bosco lo llamó y le preguntó:

—¿Sufres algún mal?

—Por el contrario —contestó—, sufro de un gran bien.

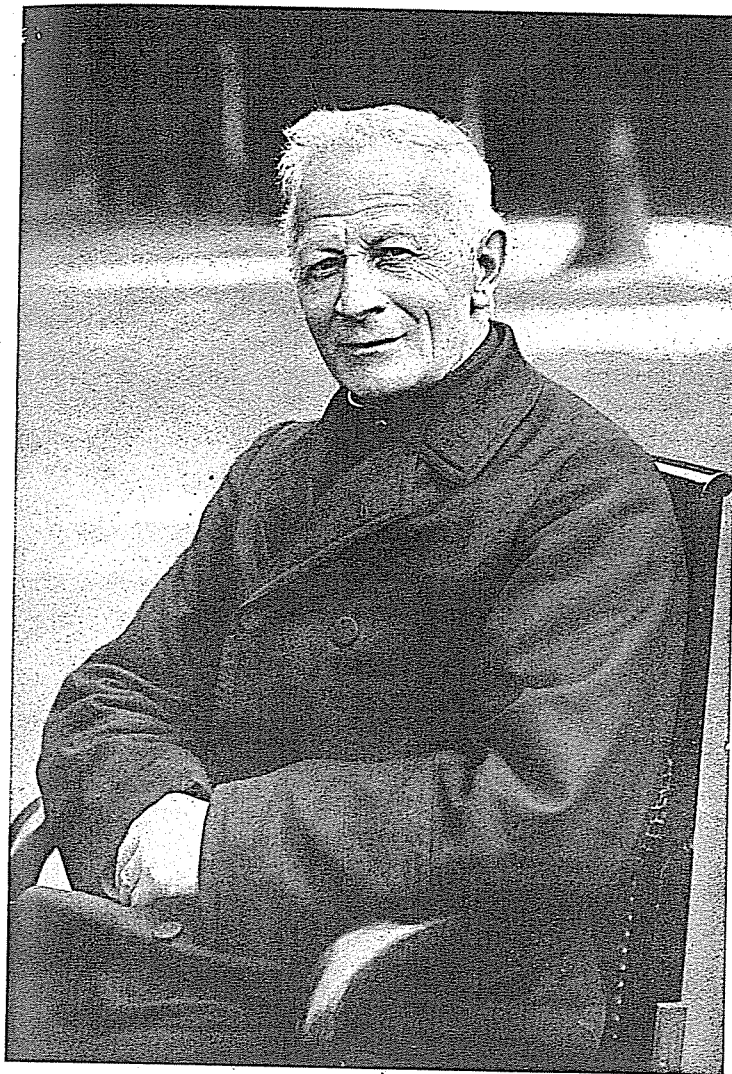
Inconsciente lenguaje místico, como pudiera emplearlo Santa Teresa de Jesús o San Juan de la Cruz, y que indica el interno trabajo de un espíritu ya afinado en el amor de Dios y deseoso de un grado mayor de perfección y de unión con Dios, objeto de su amor.

—Explícate —le dice Don Bosco.

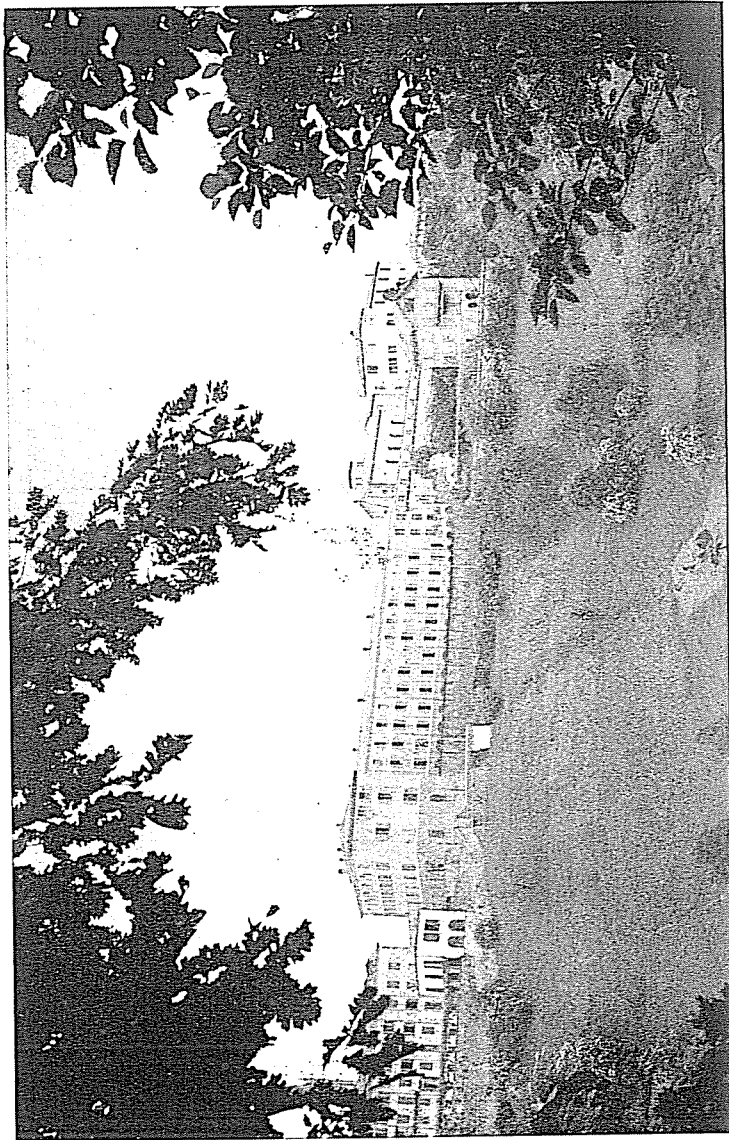
—Siento un gran deseo, una necesidad de hacerme santo. Dígame por dónde debo empezar.

Don Bosco alabó su propósito y lo exhortó a no inquietarse, porque “en medio de la turbación del ánimo no se puede oír a Dios ni conocer su voluntad”. Y le imparte la primera lección de santidad, cual a él le corresponde: “Mantener una constante y serena alegría; perseverar en el exacto cumplimiento de los deberes de piedad y estudio; participar siempre en los recreos de los compañeros, porque también el recreo se puede santificar y él puede santificarnos.”

Días después se le presentó la ocasión de darle una segunda lección. Notando que a este deseo de ser santo se unía en Savio el de rigurosísimas penitencias y largas horas de oración, como había leído que hacía San Luis, cosas excelentes, pero que no se conciliaban con la vida de estudiante que necesariamente debía llevar; le enseñó a sustituirlas por el empeño en ganar para Dios las almas de sus compañeros. Tan bien comprendió Savio la lección, que desde ese momento se consagró en alma y cuerpo al apostolado, de modo que en dondequiera, y especialmente en los patios de recreo y en el Oratorio Festivo, en que era catequista, se convirtió en un pequeño apóstol, con todas las cualidades de tal: prudencia, acuciosidad, celo, amabilidad, sonrisa. Recordando más tarde el apostolado de su discípulo, decía Don Bosco que



Rvdmo. Don Pablo Albera, doctor en Letras y Sagrada Teología; 2.º Sucesor de Don Bosco. Nació en None en 1845. Fue el primer Director de Sampierdarena y el primer Inspector de las casas de Francia, luego Director Espiritual. En 1910 fue elegido Rector Mayor, como Don Bosco había previsto cuarenta años antes.



Es el mismo San Juan Bosco. Es el segundo fundado fuera de Turín por el mismo San Juan Bosco. Es uno de los de más gloriosa historia en la Congregación.

Savio le llevaba más almas al confesonario con sus recreos que los predicadores con sus sermones.

¿Puede darse ejemplar más vivo del apostolado juvenil y del apostolado en su propio ambiente?

* * *

Sin embargo, el jovencito no acertaba a renunciar a algunas penitencias favoritas para afligir su cuerpo, hasta que Don Bosco le dijo que no hiciera ninguna sin su aprobación. Y como el jovencito le objetara que entonces cómo podía salvarse, el Santo le da la tercera lección:

—La penitencia que el Señor quiere de ti es la OBEDIENCIA. Obedece, y esto te basta a ti. Y otras penitencias te permito y te mando: soportar pacientemente las injurias, sufrir con paciencia las molestias de la temperatura: el frío, el calor, el viento, la lluvia, el cansancio y las incomodidades de salud que plazca a Dios mandarte. Lo que debes sufrir por necesidad, súfrelo por amor y con amor, ofréceselo al Señor y te será virtud y mérito.

A la palabra del director se plegó Savio dócil y tranquilo.

* * *

Don Bosco inspiraba en las almas de sus hijos una devoción filial a la Madre de Dios. Durante la novena que precede a la fiesta de la Inmaculada (que como se sabe, aún no estaba definida como dogma de fe, pero que todo el pueblo cristiano festejaba), todas las noches la paterna palabra del Director enfervorizaba a los alumnos en el amor y servicio de la Santísima Virgen. Eran los días en que Roma preparaba la definición dogmática de la Inmaculada Concepción. Domingo, lleno de entusiasmo, se preparó a la novena con una confesión general. Y durante el día de la fiesta estuvo rumiando en su interior algún acto especial para honrar a su Madre y Señora. Don Bosco vino en su ayuda. Y el mu-